

ITINERARIUM

ANTONI PICAZO
MUNTANER



ΕΠΙΣΤΗΜΟΝΙΚΕΣ
ΕΚΔΟΣΕΙΣ

Itinerarium

Antoni Picazo Muntaner

EDICIONES HADES

“Novela”

© Antoni Picazo Muntaner
© Ediciones Hades
12163 Culla (Castelló)
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-948506-5-3
Depósito Legal – CS 699-2018

Imagen Portada – @frankie's
Montaje Portada – Javier Blázquez Murillo

Itinerarium

Nota preliminar

Antes de iniciar este relato el autor estima oportuno matizar algunos puntos. Entre 1660 y 1700 el tribunal de la Inquisición del reino de Mallorca vio un gran número de procesos por hechicería. Procesos, guardados en el Archivo Histórico Nacional, que evidenciaron que determinadas prácticas, comportamientos heréticos y creencias ancestrales fueron usados por amplias capas de la población. Estas prácticas iban desde conjuros y sortilegios de carácter presuntamente mágico, a la utilización de la flora autóctona como método para alcanzar ciertas alucinaciones. Ello precipitó que se dieran momentos de histeria colectiva y de terror que no hicieron sino aumentar cuando empezaron a darse casos de posesión demoníaca entre varias mujeres. Los exorcismos se tornaron cotidianos y las habladurías no hacían más que incrementar el miedo. El relato que aquí iniciamos está basado en esos juicios. Los nombres y acusaciones de los principales reos los hemos conservado, al igual que el contenido del libro de Salomón y los diversos pentáculos que reproduce. Tenga en cuenta el lector que cuando halle una descripción que parezca exagerada, salida de tono o increíble, la realidad siempre supera la ficción. Y, por ello, considérela cierta. En todo caso recuerde que la labor del autor ha sido la de tamizar la narración para evitar que fuera excesivamente cruel. Y contradiciendo las palabras de un afamado político hispano, acabamos estas líneas afirmando que todo lo que contienen es cierto, salvo alguna cosa.

Introductio in penumbra

Las campanas, aún puede oír su suave repicar... pero se aleja... poco a poco ese bello sonido se aleja. Ya no tiene fuerzas para hablar, todo le abandona, incluso el recuerdo se ha ido. Pero aún puede ejecutar una última llamada, una última petición...

Aleja de mí cualquier problema, Abdw, demonio de las tormentas, tú que anegaste con aguas fétidas los verdes campos de Ur, tú que con tu pestilencia arruinaste la vida en Eridu y en Uruk, la elegante. Avisad a Fegat y a Sirachi, gran duque de Lucifer, decidles que estoy en camino. También a ti Aini, el de las tres cabezas, el hermoso, el de las alas negras y a ti, Fabariel, del que tanto se habla en la Ars Theurgia, y del que se cuenta que guarda las puertas del segundo círculo por la noche, puesto que de día deambula por los caminos devorando almas. A todos vosotros invoco para que me dejéis pasar.

Voy.

1

Lérida, convento del Carmen, abril de 1676

La noche siempre encierra misterios, la luna los potencian, las sombras lo permiten y el cielo los encubre. Y casi siempre es por la noche cuando la muerte sobrevuela las camas de los mortales para buscar su tributo diario. Un tributo de sangre y de vida que la gente, temerosa, prefiere olvidar, como si nunca tuvieran que pasar por ese trance. Como ahora. Por eso alguien corre por las oscuras galerías del convento del Carmen. Un monje asustado que pide auxilio y advierte que el diablo ha entrado en el monasterio. El mismo mal personificado. Nadie está a salvo, todo el mundo corre peligro. Nunca más conocerán la paz, hay que defenderse. Los gritos cada vez son más fuertes. Las celdas empiezan a entreabrirse y el miedo emerge de ellas como un torrente avasallador. Por el resquicio de las viejas y carcomidas puertas asoman jóvenes novicios que nunca habían oído nada semejante. Sienten temor, pero a la vez curiosidad. El hermano que corre desesperado pidiendo ayuda afirma que los demonios los han invadido. Todos se protegen con la señal de la cruz. Alguien reza fuerte “Per signum crucis de inimicis nostris libera nos, Deus noster”. Todos tiemblan, están hablando del peor de los enemigos, del ángel caído. Del Señor de las Tinieblas. Del Colérico, del Iracundo, del Gran Devorador.

—¡Padre prior, padre prior! ¡Sangre, mucha sangre! ¡Es el demonio! ¡El diablo ha entrado! ¡Ayuda!

Fray Marcos de Alcántara, el prior, es un hombre ya mayor, delgado, con un rostro surcado por mil arrugas forjadas por el tiempo, como si el viento se hubiera llevado fragmentos de su cuerpo. Fray Marcos, con un paso lento que evidencia una mente adormecida, sale al corredor con una candela, mira a su alrededor y puede ver como los miembros de la orden lo observan con ojos atónitos, aunque sin alejarse mucho de sus respectivas habitaciones. Por cautela. Frente a él se para fray Anselmo. Apenas puede hablar. Pero se le entiende. Lo suficiente para preocuparlo. Teme que alguna catástrofe los haya golpeado. Pero lo intuía. Hacía unos meses que la monotonía se alteró por completo. La paz de la que gozaban se fue y del fondo de sus corazones emergió la preocupación por el futuro. El desasosiego se instaló en su corazón y ahora está convencido que su temor no era infundado.

—¡En la celda de fray Antonio Ozones! Venga rápido, afirma con la voz débil y algo entrecortada. ¡Algo terrible ha ocurrido! ¡El diablo ha entrado y lo ha matado! ¡Se ha llevado su alma en un carro negro!

—Bien, tranquilidad hermano, tranquilidad. Vaya a buscar a fray Domingo y traiga una antorcha, rápido.

Al cabo de unos segundos llega fray Domingo Sierra, un carmelita alto, grueso, con hoyuelos de viruela que le cubren la cara, con cejas arqueadas y muy pobladas, valenciano por más señas. Sierra presenta un rostro serio, preocupado. Ha oído gritos y cuando salía se ha topado de bruces con fray Anselmo que requería su presencia ante el prior.

—¿Qué pasa? ¿Qué locura es esta? ¿Qué es eso de que el demonio ha entrado en el convento? ¿Acaso todo el mundo ha perdido el juicio de repente? —se gira y se dirige a los novicios— ¡Venga, todos a dormir! —pero nadie le hace el menor caso. La ansiedad provoca que todos desobedezcan. Están a la espera, en tensión, listos para huir al menor indicio de peligro.

—No sé mucho más de lo que sabe usted, hermano. Solo lo que he podido entender. Fray Anselmo afirma que el diablo anda suelto y que ha dado muerte a fray Ozones. Acompañadme. Los demás que entren en sus celdas y que no salgan hasta nuevo aviso. Que recen el rosario mientras nosotros intentamos averiguar qué ha pasado —ordena el prior.

La comitiva de carmelitas inicia su recorrido por el largo pasillo, flaqueado por una columnata que delimita un gran claustro poblado por cipreses que ahora, en la sombra, parecen centinelas del averno. El aposento de fray Antonio Ozones se encuentra al otro lado, apartado. Es una habitación especial, no como las otras. Una para un penitente, para un religioso que ha pecado. Sus muros son gruesos, sólidos, viejos, sin ninguna ventana. Yerma y huérfana de muebles, tan solo se le permite un pequeño catre para dormir. Es un rincón para mortificarse, no necesita nada más. Un retiro para purgar el alma y el cuerpo, para que pueda entrar en comunión con el Todopoderoso y para que el Espíritu Santo lo guíe por el recto camino, por el de un buen cristiano. Como debe ser. Es la única forma de mantenerlo alejado del mundo y de sus tentaciones.

La luz de la antorcha ilumina los rincones, crea sombras y despierta las imaginaciones de los jóvenes novicios que creen ver demonios subiendo por las paredes, buscando el caos universal. Lucifer y los dos mil diablos que forman su Legión Negra han llegado al convento. Están perdidos. Alguien grita que ha visto la cola de Satán detrás de una columna. De repente todo el mundo se encierra en sus celdas. Esperando, temblando y rezando.

Llegan ante la puerta de fray Ozones. El prior la abre pero sin entrar, con precaución, casi tímidamente puesto que no sabe que hallará, que

sorpresas les deparará aquel hermano tan rebelde que tienen en custodia. Desde el umbral ven lo que ha pasado. Fray Antonio Ozones está muerto. La sangre cubre parte de las paredes y todo el suelo. Se fijan en el cadáver. Sin duda es obra del mismo diablo. Pero esto no es todo. Está tumbado, plácidamente, como si esperase a alguien. O algo mucho peor y terrible de lo que sus pensamientos pueden alcanzar. Entonces lo ven. Fray Ozones yace en medio de un doble círculo. Uno de esos dibujos para poder convocar al mismo Belcebú. Una blasfemia para la iglesia, una herejía.

—¡Por Dios! ¿Alguien sabe qué símbolos son estos? ¿Realmente es una obra del maligno o es otra de las constantes aberraciones de Ozones? ¿Cabe pedir ayuda a las autoridades?

—Ya lo creo —responde categórico fray Sierra—. No es la primera vez que lo veo. Cuando estábamos estudiando en Pavía fray Ozones lo dibujaba de forma continua. Lo llamaba el “pentáculo del poder”. Decía que era una oración creada por el mismo Salomón para poder hablar con los ángeles. En ese sentido siempre defendió y vinculó los dibujos con la misma divinidad. Y ese fue uno de los motivos, no el único por supuesto, que provocó que la Inquisición lo procesase y lo castigase. En su locura quiso experimentar con lo oculto, jugar con el diablo pensando que le ganaría la partida. Y no fue así. Esto acaba de confirmar lo que los inquisidores ya sabían y lo que muchos intuíamos. Estaba perdido del todo. Era un hereje sin remedio. En Pavía no solo llevó una vida disoluta y pecaminosa, también vendió su alma al diablo y ahora se ha cobrado lo que era suyo.

—Rápido, traigan agua bendita, una Biblia y un crucifijo —ordena el prior. Fray Anselmo se lanza a la carrera. Su ausencia es aprovechada para que fray Marcos y fray Sierra susurren entre ellos palabras imposibles. Murmuran algo que nadie más puede oír, que nadie nunca sabrá. Jamás. Ni ahora ni en el futuro. Son los secretos que guarda todo convento. Palabras mudas que ocultan severidad, ambiciones y deseos de poder.

A los pocos minutos fray Anselmo retorna con todo el material. Fray Marcos bendice la habitación, lee algunos párrafos del evangelio de Mateo y coloca una pequeña cruz de madera sobre el cadáver. A continuación todos se arrodillan y empiezan a rezar. Oran todo lo que queda de la noche, hasta que el alba emerge y las sombras desaparecen. La noche se fue, y con ella los temores, las inseguridades, los miedos que nacen en la oscuridad. Y con el nuevo día florece la esperanza. No se ha producido otro incidente que les pueda preocupar. Ahora vendrá el turno de calmar a los novicios y a los otros

hermanos para que recobren la serenidad y el sosiego. La paz de espíritu, en definitiva. Inventarán una mentira piadosa que en el fondo no creerán pero que los tranquilizará y olvidarán lo ocurrido, como tantas otras cosas. Fray Ozones cayó, se golpeó la cabeza y murió. Esa será la versión que defenderán.

Fray Marcos ordena a fray Domingo y fray Anselmo que limpien a fondo toda la habitación y que entierren a fray Antonio Ozones en el descampado, lejos del cementerio y de la tierra sagrada destinada a los hermanos. A los buenos cristianos. Quiere olvidar aquella noche de insomnio y de locura. Después emprende, pausadamente, el regreso a su celda. Necesita meditar, pero sobre todo implorar a Dios por el alma de todos. Aquello lo ha traspuesto totalmente y tardará en recuperarse. Debe pensar cómo solucionar lo que ha pasado. Hay que evitar que el Santo Oficio actúe. Hay que quedar al margen de cualquier investigación, cueste lo que cueste.

Fray Domingo Sierra manda a fray Anselmo que ejecute lo ordenado, mientras él efectúa un registro. Medita. ¿Tal vez Ozones había podido guardar algún documento? Lo duda. Se dirige al lecho donde yacía, lo levanta, mira debajo, en cada rincón. Pero no halla nada. Luego revisa todas las paredes, por si hubiera algún hueco. Pero tampoco lo hay. Poco a poco recobra la tranquilidad, no ha encontrado nada que los pueda alarmar ni mucho menos comprometer. Mejor así. Piensa que ese maldito Ozones ha acabado pero no como se merecía. Él le hubiera impuesto penitencias más duras. Al final se ha librado de ellas, pero espera que se consuma en el fuego del infierno por toda la eternidad.

Al cabo de media hora fray Anselmo ha terminado con sus tareas de limpieza. Luego, entre los dos, cogen el cuerpo sin vida y se lo llevan. Lo sacan y van hacia un descampado. Caminan lentamente, por el peso de la carga. Andan unos cien metros y se paran en una pequeña hondonada rodeada de encinas milenarias, por donde nunca pasa nadie. Alejada de las puertas del convento y de los caminos de los transeúntes. Olvidada de la mano de Dios, de los quehaceres cotidianos de los novicios, e incluso de los jornaleros que buscan en el bosque algo para alimentar a sus familias y leña para pasar el invierno.

Dejan caer el cadáver y respiran hondo, el traslado los ha agotado. Ozones estaba delgado, pero los pecados que tenía en su alma eran tantos que su cuerpo pesaba más de lo normal.

—Fray Anselmo, vaya a buscar algo para cavar, una pala —ordena fray Sierra a su compañero. Al cabo de cinco minutos el enviado regresa con el

instrumento y empiezan su labor.

—Que no sea muy profundo —afirma Sierra—, a ver si se lo comen las alimañas. Es el justo final que merece —añade.

Fray Anselmo acaba, sale de la zanja y entre los dos depositan los despojos de Ozones en esa precaria tumba. Apenas cabe. Luego lo tapan con tierra y algunas piedras. Es un trabajo que realizan deprisa, sin demasiados miramientos. Tampoco lo pretendían.

—¿Qué rezamos fray Domingo?

—Nada, absolutamente nada. No hace falta. Era un pecador y los pecadores van derechos al infierno. Y este, sin duda alguna, era de los peores. No creo que hubiera otro igual. Se pudrirá aquí como una bestia cualquiera, además no murió como un buen cristiano, sino como un acólito del mismo Lucifer. Como el maldito cobarde que era.

Los dos religiosos abandonan el pequeño claro donde han enterrado a Ozones. Y regresan al convento. A partir de ahora vivirán en paz, sosegados y tranquilos como antes de la llegada de ese malvado. Detrás, a su espalda, se puede ver el lugar donde alguien ha excavado una tumba, y de ella surgen, como pequeñas flores que anuncian la incipiente primavera, los dedos de los pies del difunto. Es el único rastro que la muerte ha dejado. Nadie jamás recordará a Ozones. Su memoria se perderá para siempre, como si no hubiera existido. No lo llorará nadie.

Domingo Sierra entra en su celda. Se dirige a una pequeña alacena cerrada con una robusta portezuela de madera. La abre y de ella saca una botella de vino y un vaso de madera tosca. Se sirve un largo trago y alza la copa al tiempo que murmura entre dientes: “¡Espero que estés en el infierno, hijo de puta!”. Después bebe. Solo él sabe el odio que profesaba a fray Antonio Ozones. Solo él conoce el secreto de lo sucedido en Pavía. Y nunca nadie lo sabrá.

Sobre el convento del Carmen, extramuros de la ciudad de Lérida, sale el sol, con majestuosidad, con esa luminosidad propia de los días de primavera. Sus primeros rayos iluminan el edificio, ubicado sobre un pequeño promontorio, rodeado de encinares, con la gran cúpula de color marrón que lo caracteriza. Una cúpula que recuerda al devoto cristiano que siempre volvemos a la tierra y que formamos parte de ella. Es inevitable. El constructor, cuando la proyectaba, pensó en aquella frase del Eclesiastés, la tierra siempre permanece. Siempre. Y de ahí ese color rojizo, cobrizo. El mismo color que tiene la tierra de las fincas y heredades de cultivo de la

comarca. Sobre el portal principal una divisa marca la línea que rige el convento. Es una advertencia dirigida a todo el mundo que entra en la iglesia y que no está en paz ni con su conciencia ni con su alma: Deus autem Omnia videt.

La sala de la audiencia del Santo Oficio de Mallorca está casi desnuda. Solo dos mesas mueblan aquel espacio frío y tenebroso. La central, la más importante, la preside el inquisidor del reino, Baltasar de Prado, un religioso foráneo, bajito y regordete, pero muy práctico en materias de fe, teólogo afamado y doctor en ambos derechos, autor de la obra “De censuras y licencias”, pero más conocido y especialmente criticado por su “Contra tortura”. Junto a él un notario le asiste en la confección de las actas, Jaime Perelló, del reino de Mallorca, muy experimentado y fiel reflejo de lo que se espera de un buen escribano; silencioso, discreto y cauto. Perelló ocupó el cargo cuando desterraron del reino a su antecesor, Miguel Puigdorfilá, al haber dilapidado en el juego el diezmo que había cobrado en los pueblos de Algaida y Porreras. Diezmo que había sido avalado por la hacienda inquisitorial. La lateral está ocupada por el fiscal, el temido doctor Juan de Fontamar, alto y delgado, casi esquelético, como si un odio intenso contra todo y contra todos le devorara las entrañas, un hombre duro, vengativo, conspirador nato, pero también muy dado a recibir mercedes de algunos acusados. Tema este por el que fue amonestado cuando era inquisidor del tribunal de Logroño y posteriormente degradado y enviado a Mallorca como leve castigo de todas sus faltas. No hay nadie más. Solo soledad. Soledad y silencio. Un crucifijo y el escudo de la Inquisición presiden toda la habitación, el símbolo de la garantía procesal, de la búsqueda de la verdad. De la única verdad. De la suya. A parte de esto no hay nada más. Ningún detalle que pueda distraer ni a las autoridades ni al reo. No es una sala para el deleite. Lo es para la inquisitio, para las averiguaciones de los hechos perseguidos, para la depuración de responsabilidades, para curar el alma. Su sola visión provoca el desasosiego, la intranquilidad, la desesperanza. Cualquiera que entre allí para ser juzgado se siente solo, abandonado. Ni siquiera se oyen las voces de las calles adyacentes, la carrera de los niños, los gritos de las comadres, el discurso de todos los vendedores, el murmullo del viento que silba en las esquinas. Solo se nota el silencio, un silencio cortante, amenazador.

Afuera, en el pasillo central que precede a la gran sala de la audiencia, un carmelita aguarda a que le llamen, pero no está solo, junto a él se hallan dos guardianes siempre vigilantes y atentos, son el cuerpo armado de la Inquisición que llaman “familiares”. No le pierden de vista y están con las manos sobre la empuñadura de sus espadas. Listos para cualquier emergencia.

—¡Que hagan pasar al reo! —se oye desde el pasillo.

Se abre la puerta principal y los dos familiares del Santo Oficio hacen entrar al prisionero, el carmelita, sin miramientos, a empujones. El acusado se coloca en el centro, frente al inquisidor, de pie, solo. Espera la acusación. Aunque intuye el motivo de estar allí. Sabe a ciencia cierta quién lo ha denunciado. Su única esperanza, al menos momentáneamente, es negarlo todo. Después ya se verá. Intentará salir del paso como buenamente pueda.

—Fray Antonio Ozones. ¿Cumple usted con todas las prescripciones de un buen cristiano, respetando las leyes de la Santa Madre Iglesia?

—Sí, por supuesto.

—¿Sabe o conoce el motivo por el que ha sido detenido?

—No, no lo sé —responde Ozones.

—La denuncia ha sido formulada por el prior de su convento, y refrendada por autoinculpación de su compañero de orden fray Antonio Seguí. ¿Tiene usted algo que decir ahora? —interroga el inquisidor.

—No sé qué falsedades habrá lanzado el prior. Lo cierto es que estoy enemistado con él. Desde que regresé al convento del Carmen ha demostrado una gran aversión hacia mi persona, con descalificaciones continuas y ataques constantes totalmente inmerecidos. En cuanto a fray Seguí todo el mundo en la ciudad sabe que es un borracho empedernido capaz de inventar cualquier desatino por una jarra de vino. Merece menos crédito que los libros de Lutero.

—Bien —responde el inquisidor—. Tiene la palabra el señor fiscal.

—Excelencia, se imputa al reo de múltiples y variados delitos contra la Santa Fe, todos ellos gravísimos. El acusado ha realizado sortilegios, pactos explícitos e implícitos con el demonio, lo ha convocado en diversas ocasiones para fines deshonestos, ha mantenido una actitud indecorosa para un religioso, realizando conjuros amatorios para obtener el favor de las mujeres, pecando continuamente como un pagano descreído, así como otras faltas que hieren la sensibilidad de cualquier cristiano y la de este fiscal en particular. Y como todo el mundo sabe en esta ciudad, sedujo a dos jóvenes para que le acompañaran fuera del reino, careciendo de cualquier permiso, solo acatando las órdenes que le daba el mismo Satanás en persona. Por todo ello el fiscal pide las más severas penas, que se siga su causa hasta la completa averiguación de la verdad y que se le dé tormento todas las veces que fueran menester, hasta que colabore con este Santo Oficio y delate a todos los cómplices.

—Bien, este tribunal rechaza de momento la petición de tormento

formulada por el fiscal. En cuanto a la acusación, que se proceda a las declaraciones de los acusados, junto con la de los testigos de la causa, y después se proveerá. Recuerde doctor Fontamar la condición de religioso del reo y absténgase en lo sucesivo de demandar semejantes actos.

—Que el acusado haga relación de su genealogía y posterior discurso de su vida —reclama el inquisidor.

Fray Antonio Ozones queda un momento pensativo, duda. Es una pregunta que no se esperaba. La genealogía, vaya por Dios. Es el primer problema que tendrá puesto que nunca prestó demasiada atención a las historias que contaban sus padres. Ahora no sabe cómo contestar a aquella requisitoria tan simple. La acusación y petición de tortura del fiscal le preocupó, el rostro empalideció e intento tragar saliva, pero su boca había quedado reseca al instante y no pudo. La réplica del inquisidor le sosegó un momento, pero su angustia perdura.

—Mi padre se llamaba Juan Ozones, difunto, nacido en esta ciudad, fue cordelero. Mis abuelos paternos, ambos fallecidos, fueron Antonio Ozones, natural de Campos y María Company de esta capital del reino. Mi padre solo tuvo un hermano, Gabriel, que se alistó como soldado en las guerras de Flandes para combatir por el rey y por Dios, y nunca más se supo de él. No me acuerdo ni del oficio de mi abuelo ni demás circunstancias de esa rama de la familia. Mi madre, que vive en la calle del convento del Carmen, era hija de Andrés Company, de esta ciudad, y de María Salvá, de Lloseta, ambos en la gloria de Dios. De ellos no sé muchas cosas, solo que mi abuela tenía una hermana soltera que siempre residió en su pueblo. Todos mis antepasados fueron cristianos viejos, sin mácula ni contaminación de sangre, y jamás fueron condenados por tribunal alguno.

En esos momentos el fiscal se levanta airado de su mesa, alza los brazos hacia el cielo y grita visiblemente contrariado.

—¿Cómo es posible que el acusado afirme que tiene la sangre limpia, sin mácula y es incapaz de relatar su genealogía con un discurso lógico? ¡Cualquier hereje está capacitado para ello! Sin duda no es más que una burda mentira para ocultar su presunta sangre contaminada. ¡Quiero que en el acta quede reflejado que no se ha acreditado en ningún momento, ni en forma alguna, la limpieza de sangre del acusado, ni por supuesto la catadura moral de su linaje!

—Es que no me acuerdo, jamás presté atención a estos temas —intenta defenderse Ozones.

—Excusas, continúe con el discurso de su vida, si se acuerda de algo —
añade burlón el fiscal.

—Nací en la calle del Carmen, en el mismo domicilio donde hoy continúa viviendo mi madre, en el año de gracia del señor de 1648 y soy hijo único, aunque con anterioridad a mi nacimiento tuve dos hermanos que murieron tempranamente, a los pocos meses.

»Aprendí las primeras letras, junto con otros muchos niños de mi misma edad, con el maestro Pons, que vivió en la calle de la iglesia de San Miguel y del que conservo un grato recuerdo. Cuando tenía doce años...

Antonio Ozones, un joven de doce años, regresa corriendo hasta su casa, situada a escasos metros del convento del Carmen. Entra rápido, reclamando la atención de su madre y la recompensa de una merienda frugal. Un trozo de pan bañado con un poco de aceite y una pizca de sal. Se sienta en una vieja silla y devora ese manjar que le han servido. Acaba pronto. Tiene prisa. Ha quedado con sus amigos para ir hasta la plaza de Santa Eulalia donde quieren ajusticiar a un preso. Sale del domicilio paterno tan rápido como ha entrado. Sus compañeros lo esperan en Cort, frente a las mismas puertas de la prisión real.

Una vez que están todos reunidos en el lugar previamente acordado se van a la cercana plaza, a unos treinta pasos de distancia. La ejecución está preparada. Es un ritual de muerte para recordar a todo el mundo que la justicia del virrey es implacable y que cualquier pecado contra la sociedad debe ser purgado. Severamente. Ejemplarmente.

El reo condenado se llama Amet, un infiel de nación de moros, y lo van a matar. El tal Amet, capturado por corsarios mallorquines mientras apacentaba sus cabras en las costas de Argel, violó a una cristiana, una joven criada que trabajaba para uno de los señores más poderosos de Ciutat: Santacilia. La mujer tuvo tanta vergüenza que no lo denunció hasta que supo que estaba embarazada. Los alguaciles detuvieron a Amet cuando estaba en el barrio de Santa Cruz visitando las putas que trabajan por las pequeñas callejuelas aledañas al puerto, e inmediatamente lo condujeron ante las autoridades para ser juzgado. Cuentan que no quería confesar, aunque la víctima lo había identificado plenamente. Así que le dieron tormento. Lo pusieron en el potro y estiraron sus miembros, pero ni aun así quiso admitir su espantoso crimen. Hasta que le pusieron plomo fundido sobre su piel, y entonces lo contó todo. Después de la confesión se determinó que lo ajusticiarían públicamente, como escarmiento, para ejemplo de jóvenes y viejos. Una lección que nadie olvidaría. Se presentaba un espectáculo aleccionador para muchos. Sin embargo, los rumores eran otros. La historia que clandestinamente se contaba a media voz por las tabernas era muy diferente. Al parecer fue Santacilia el que dejó preñada a la criada, pero para salvar el honor familiar y evitar un bastardo en la familia buscaron a uno que cargara con toda la culpa.

Se oye el redoble de tambores. Las puertas de la cárcel se abren y los

alguaciles reales sacan al preso encadenado. A empujones. De repente un silencio penetrante invade cada rincón de la plaza. Todo el mundo ha enmudecido. Miran al reo. Luego, de repente, un grito unánime, de venganza, de ira, surge de todas las bocas al unísono. Como si la masa ingente de personas reunidas tuvieran un solo pensamiento, un solo deseo, una sola voz. Ver sangre. Que corra la sangre y se haga justicia. Los alguaciles lo conducen hasta al patíbulo, donde se alza una silla de hierro con un gran número de afiladas púas de metal repartidas por igual. La multitud le insulta y apedrea, alguien le tira verduras podridas. Nadie está tranquilo, todo el mundo tiene los nervios a flor de piel. Ozones y sus amigos están asustados, pero al mismo tiempo asombrados y ansiosos. Solo habían visto algún que otro ahorcamiento, pero nunca aquella silla. No saben que harán con él. Imaginan que lo van a sentar sobre ella, es lo más lógico, pero no saben cómo funciona aquel artilugio. Inquietos, trémulos, esperan en silencio. Un silencio frío.

Los alguaciles toman al preso y lo desnudan en público. Después lo atan a la silla y se oyen los primeros gritos de dolor cuando las púas se clavan en la espalda, en las posaderas y en los testículos. Grita, grita muy fuerte y reniega de los cristianos. Que Alá el Misericordioso, el Justo, el Clemente, el Creador, los castigue en el infierno de las alimañas. Afirma que es inocente, que es un complot de su señor, maldice a todos los rum. Los guardias lo dejan en esa postura unos diez minutos dejando que la muchedumbre le lance objetos y lo denigre. Debe perder cualquier rastro de humanidad. Es un esclavo. Un violador. Debe morir entre los tormentos más atroces.

Más tarde entra el verdugo. Vestido de negro, con la cara tapada por un gran pañuelo que le cubre toda la cabeza, con dos pequeñas aberturas para los ojos. El verdugo se dirige a la silla y coloca leña debajo de ella. Un montón de ramas secas y de troncos. Suficientes para quemar a un hombre. El reo debe sentir el miedo, el dolor infinito antes de ser eliminado. Después con unos garfios le arranca partes de su piel. Lo hace poco a poco. Lentamente. Tiene que sentirse morir. Debe sentir como el alma se le escapa por momentos. Al cabo de un rato, también de una forma lenta y pausada, cubre con sal las partes despellejadas.

Luego prende fuego, que calienta rápidamente el metal. Segundos más tarde se empieza a sentir el olor a carne quemada. Ni él ni sus amigos habían oído gritar nunca así. El reo se contorsiona, aúlla, pide misericordia, pero nadie responde a sus alaridos. Al revés, la gente ríe, la multitud está contenta, se ha hecho justicia. El honor ha sido lavado y la afrenta castigada. Toda la

plaza huele a carne asada, a carne quemada. Es como estar en el mismo infierno. Salvo que aquí nadie protesta, todo el mundo parece feliz.

El verdugo mantiene en esa postura al esclavo hasta que, al cabo de una larga hora de gritos, silencios y aullidos desenfrenados, fallece. Pero no lo apartan de la silla, continúan avivando el fuego un buen rato. Al cabo de tres horas las autoridades quitan lo que queda del cadáver, y se lo llevan. La fiesta ha terminado. Lo van a tirar al hoyo de los animales muertos, fuera de las murallas, más allá de la puerta del Camp, para que su peste no contamine la larga y tranquila noche ciudadana, el sosiego de los prohombres.

Cuando la ejecución ha concluido unos religiosos, que estaban frente al portal de Santa Eulalia, empiezan a regalar dulces a los niños allí presentes. Unos veinte chiquillos se sitúan en la pequeña escalinata que da acceso a esa iglesia. Las peladillas vuelan por los aires, se depositan en las manos de los más pequeños que celebran con aquella dadiva la justicia del virrey. La justicia divina del padre celestial. Aleluya, Aleluya, gritan mientras reciben su pequeña recompensa que engullen rápidamente.

Después, ese gran grupo de mozuelos se dispersa, cada uno retorna a su barrio. Pero Antonio y sus amigos no. Aún no ha anochecido del todo. Sus padres los han advertido mil veces. Al caer la noche, todos a casa. Lo malo siempre acontece en la oscuridad, cuando las tinieblas se apoderan de las viejas y estrechas calles del centro, por donde apenas pueden pasar dos personas a la vez.

Tienen tiempo. El sol ha caído, pero aún no han salido las estrellas, una semioscuridad lo cubre todo, el cielo conserva esa tonalidad azul oscura, pero no negra. Por tanto, pueden llegar hasta la muralla para otear los barcos de la bahía. Salen corriendo, pasan por la plaza de Cort y se dirigen raudos a la catedral, desde allí miran la lejanía, hacia un horizonte que parece infinito. Y quedan en silencio. Cada uno con su propio sueño. Todos, pero, imaginando mundos mejores, mundos de leche y pan, de riquezas ingentes. De gentes extrañas y animales monstruosos. Algunos afirman que cuando sean mayores marcharán a las Indias, a emular los grandes conquistadores de antaño. Matarán infieles a docenas y así glorificarán a Dios en las alturas.

Cuentan que en las Indias aún existen miles de tesoros enterrados. Cuando llegaron las tropas de Cristo a aquellas extrañas tierras los reyezuelos que gobernaban esos lejanos reinos de salvajes idólatras ocultaron el oro. Y ahí sigue. Esperando que alguien con el valor suficiente vaya a desenterrarlo. Uno oyó a alguien decir que en el Nuevo Mundo hay unos animales

monstruosos que llaman bisontes; lanudos, mitad camello mitad toro. Eso ha oído. Y todos se imaginan un cuerpo de toro cubierto por un gran y denso pelaje, con dos jorobas enormes y un largo cuello con dos cuernos en la cabeza. El mundo está lleno de maravillas, y solo cabe entrar en ese mar y cruzarlo. Alguien añade que en el mar Tenebroso, donde viven los piratas, hay islas encantadas. Existe, cuenta uno, la isla de las Mujeres, que todos llaman Amazonas, solo poblada por ellas. Una vez al año surcan las aguas del mundo para capturar hombres, a los que esclavizan en su ínsula durante una larga e interminable semana. Los utilizan como sementales. Los hacen fornicar a todas horas, con cientos de ellas, hasta que mueren de placer. Luego lanzan su cuerpo inútil al mar, para que lo devoren los peces. Si quedan preñadas y dan a luz a una niña se la quedan, si es un niño se lo comen asado.

Todos se miran, asustados. El océano conduce a la libertad, a la gloria y a la fama, pero también a la muerte. Y hay millones de muertes diferentes. Pero la peor de todas, la muerte que los asusta más es lo que se cuenta en las plazas y tabernas de la ciudad. Que en Ultramar existen unos indios, que llaman caníbales, que se comen a los cristianos. Los cuecen en grandes ollas y luego se los meriendan, los cortan a pedazos y los reparten, los hombres se comen las piernas, las mujeres los dedos y los niños se tragan los ojos como si fueran dulces. Esta historia les ha puesto la piel de gallina a todos. Su imaginación vuela. La imagen que les ocupa la mente es la de un indio alto y fornido con una enorme cabeza de perro con grandes ojos rojos y dientes afilados. Ahora miran el mar con temor. Algunos han perdido ese deseo de ir a las Indias a buscar fama y gloria. Mejor ser sensatos.

Oscurece, de repente todos los niños miran al infinito, giran en redondo y salen corriendo, como si en el horizonte hubieran podido ver aquellas mandíbulas hambrientas que les producían tanto terror.

Corren hasta la puerta Pintada, allí se separan. Cada uno retorna a su casa, sus padres les esperan. Cuando Antonio entra en su calle puede ver como su madre le aguarda en el portal, inquieta.

—No debes llegar tan tarde, ya ha oscurecido. Pasa, tu padre quiere hablar contigo a solas.

Siente un poco de temor. ¿Lo va a castigar? No. Entra y lo ve, está sentado en medio de la sala, pensativo. Es hora de tomar decisiones. Se acerca a él y toma asiento a su vera.

—Antonio, te estás haciendo mayor, has crecido, ya conoces las primeras letras y es hora de que elijas qué futuro quieres para ti. ¿Qué quieres

ser cuando seas un hombre hecho y derecho? Ya sabes, nuestra familia no tiene padrinos en la Corte, así que debes optar. ¿Quieres enrolarte en los ejércitos de Su Majestad y correr mundo? ¿Ganar la gloria en mil batallas? La paga del tercio no es muy alta, pero sin duda podrás conocer países y ciudades que ni de lejos hubieras imaginado nunca contemplar. ¿Prefieres navegar todos los mares, como marinero o como mercader? ¿Adentrarse en el gran azul y recalar en todos los puertos del mundo? Conocerías gentes de toda clase y condición, lugares donde no llueve nunca y otros en los que siempre cae la lluvia. Lugares muy fríos, y otros muy secos. ¿Quieres aprender un oficio, ser un artesano famoso? ¿Cordelero? ¿Tonelero? ¿Albañil, tal vez? ¿Te gustaría ser carmelita, como nuestros vecinos? ¿Honrar a Dios sobre todas las cosas? ¿Tal vez llegar a ser un hombre santo?

El niño queda pensativo. Un rato. No le apetece ir a la guerra. Pocos regresan, casi nadie ha vuelto. La artillería mata a los hombres a centenares. No pretende ser carne de cañón, que le vuelen la cabeza o que lo destripen en los campos de Flandes. Y teme el mar. No sabe nadar. Además, con las historias de terror que han contando sus amigos cualquiera se decide ahora a embarcarse y cruzar los mares. No le gustaría que unos caníbales se lo comiesen. Aún tiene el olor de la carne quemada dentro de su cabeza y su ropa huele a morisco asado. Ni de lejos se embarcará. Tampoco pretende trabajar de sol a sol para morir lentamente de hambre. Prefiere la buena vida. Los religiosos no trabajan, solo rezan. No van a la guerra, no van en barco. Están todo el día en el convento, rezando y haciendo dulces. Así que lo tiene claro. Sabe lo que quiere.

—Sí, padre. Lo sé.

—¿Estás seguro?

—Quiero ser carmelita. Quiero entregar mi vida entera al convento y convertirme en un santo.

—Estupendo hijo, para unos padres devotos como nosotros será una gran alegría tener un hijo que consagre la vida a Dios.

—Así será padre, seré un fiel servidor del Todopoderoso.

—Amén, hijo, Amén, responde su padre con clara alegría.

Su madre, que escuchaba la conversación desde la cocina, sonrío, se santigua. El niño ha tenido una buena idea. Temía que tuviera una elección distinta y no lo pudiese volver a ver.

Dios ha sido misericordioso.

4

Nápoles, 1670

Un joven atlético, de unos veinte años, alto, rubio y bien formado baja de una nave en el puerto de Nápoles. Todo el mundo sabe qué es, puesto que lleva un traje de estudiante, de color negro, con una gran cinta blanca que le rodea la cintura. Sobre la cabeza un gorro azul con una pluma morada indica hacia donde se dirige, pues así visten los estudiantes de Teología de la Universidad de Pavía. El joven, recién llegado a la ciudad, se aleja del barco que abordó en el viejo y caduco Cáller y empieza a andar por las populosas y abarrotadas calles del Nápoles hispano. Un frenético devenir de mercaderes y compradores de todo tipo de géneros van y vienen por doquier, dando voces, repetitivas y constantes, invitando al transeúnte a comprar sus artículos. A sus espaldas, frente a los muelles, el imponente Castel dell'Ovo, una fortificación espectacular, recia y poderosa, construida por el mismo Ulises, contempla silencioso las risas de las gentes.

Ozones se siente maravillado por lo que le rodea. Es todo tan diferente a la vida del convento del Carmen de Cáller. Casi se había olvidado de cómo era la vida, de los colores y de los aromas que invaden los rincones de todas las ciudades del Mediterráneo. Le gusta. Se siente bien. El mundo es suyo, está en la cima. Sigue caminando y, de tanto en tanto, ralentiza el paso para ver los productos que están a la venta: especias de las Indias Orientales, pimienta, clavo, nuez moscada, canela fina de la enigmática Ceilán que antaño llamaban Trapobana; seda de la lejana China, de colores tan vivos y relucientes que casi dañan los ojos con su brillo; gorros de piel de la fría Moscovia; verduras de las huertas que rodean la ciudad; lana de las montañas, cuerdas, lino para los barcos y vino para los marineros. En una calle encuentra unas tablas donde cambian monedas extranjeras, donde se amontonan mercaderes histéricos, como locos, en busca de reales de a ocho castellanos, mientras los cambistas intentan calmarlos con buenas palabras, sin conseguirlo. No hay reales para todos. El cambio sube, la gente grita. Maldita plata, la demanda es muy fuerte, pero la oferta escasa. La plata, en ocasiones, desaparece del mercado, se pierde, se evade. Cuentan que los ingleses acarrearán ingentes cantidades de reales y se los llevan a la India y a la China, donde compran hierbas aromáticas y especias que luego revenden a precios mucho más altos.

Las calles están inundadas por aromas de lo más diverso. Era la gran añoranza que tenía en el convento. Sentir la variedad de aromas de la calle y de los colores que tiñen las rúas. La vida es color y alegría, mientras que en el

convento casi todo es negro, oscuro y triste.

Se oye conversar en muchos idiomas, en castellano, pero también en italiano, en turco, en alemán. Es como estar en una Babel multicolor, con fragancias de sándalo y corros de marchantes. Se diría que el mundo entero se ha reunido en las calles de Nápoles para darle la bienvenida. Tras doblar una esquina empieza a subir una cuesta muy pronunciada, en ella se abren pequeñas boticas, locales que sirven comida y bebida a precios muy módicos, y vino a raudales. No tiene hambre, sigue su camino. Mira, observa, se deleita con lo que ve, con lo que respira. Al fondo puede ver la gran montaña que escupe fuego, el gran volcán que silenciosamente amenaza la urbe. En 1660, despertó con su aliento devorador, con sus vapores malsanos y con sus cenizas, que lo cubrieron todo. Causó muchos daños y destrucción y mató a más de dos mil personas. Siempre hay que estar precavido frente al mal. El Vesubio es la puerta del mismo infierno. Seguro. En Cáller oyó narrar que el conde de Foggia, Raimondo di Torremaggiore, famoso alquimista, recibió de manos de Satanás, en la misma boca de la montaña, las claves para poder interpretar los sueños de los mortales y conocer el futuro. Anunció que Nápoles yacería enterrada bajo metros de ceniza ardiente, y por eso los napolitanos siempre miran de reojo al Vesubio, como si fuera un enemigo al que no pueden perder de vista, ni tan solo un minuto, pues en ello va la vida.

Sigue camino, no para. Justo en la mitad de la cuesta una joven le corta el paso. Una morena, de grandes ojos, muy bajita, todo en ella es pequeño, incluso los pechos, que luce con un gran escote, se los intuye minúsculos. La mujer le ofrece una carta que le leerá el porvenir a cambio de una moneda. Ozones no quiere, la rehúsa. La chica continúa, lo sigue unas yardas.

—Mira, te lo regalo —le sonríe. De una bolsa saca un papel, al azar. Lo abre y lee—: Tendrás buenaventura, todas las mujeres se postrarán a tus pies, y ganarás fama y gloria. Serás honrado entre todos los hombres y el nombre de tu familia quedará escrito para siempre con letras de oro en la Historia. Es un regalo de Nápoles, estudiante.

—Gracias. No tengo mucho dinero, pero toma —y Ozones le da un real castellano. La joven, ante un pago tan elevado enmudece. No sabe que decir. Ozones continúa caminando calle arriba pero la chica lo sigue y le coge de un brazo.

—Eh tú. ¿Dónde vas? Me has dado mucho dinero. Yo te había regalado el futuro. No importaba.

—Gracias por todo, te lo agradezco, pero tengo que buscar alojamiento

antes de que caiga la noche —responde Ozones.

—Esto sí que es bueno. Tengo una habitación para alquilar. Anteayer se fue un mercader genovés que alojé durante un mes. Es muy barata. Cuatro reales de a ocho al mes, incluida comida y bebida. ¿Qué te parece?

—Bueno, habría que verla.

—Ven conmigo. No está lejos, a tan solo dos calles. En un lateral.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Magdalena, soy siciliana y hace diez años que estoy en Nápoles. Vine con mi padre pero murió y me quedé aquí. ¿Y tú?

—Me llamo Antonio, de Mallorca, estudiante y me dirijo a Pavía.

—Ya, lo de estudiante se veía, lo de Pavía, mal asunto. Dicen que la guerra en Milán es inminente. Los franceses andan revueltos, como casi siempre. Tienen un apetito inmenso, quieren comerse Europa entera. Me temo que ese rey Luis que tienen, y que dicen que se asemeja a un pavo real, tiene cierta ojeriza a los españoles.

—Bueno, Dios proveerá.

—Puede, pero de momento no provee nada.

Ozones acompaña a la joven hasta su morada. La casa está casi vacía, no hay muebles, solo tres sillas y algunos utensilios de cocina. Un puchero y un par de cucharas de madera. Nada más. La habitación está limpia. Desnuda, como la del convento, quizás más porque aquí no hay ningún crucifijo, nada que recuerde la religión. Solo un camastro con un colchón de paja y una manta vieja.

—Bueno, me gusta, es tranquila y limpia, me la quedo.

—¿Me pagas por adelantado?

—Toma, los cuatro reales —y se los lanza, la joven reacciona rápido, ágilmente, y los atrapa en pleno vuelo.

—Gracias. Esta noche cocinaré para ti.

—No hace falta, de verdad.

—Es el retorno del presente que me has hecho antes.

Los días pasan, las noches solitarias terminan pronto. Entre Ozones y la joven siciliana empiezan una estrecha relación, mitad amorosa, mitad económica. Ozones deja su habitación y se traslada a la de Magdalena, donde aprende cómo hacer el amor a una mujer, cómo satisfacerla. Ahora sabe qué espera una mujer de un hombre, y las demandas de un hombre a una mujer. Ha aprendido a beberse los pechos con pasión, a comer el sexo de la mujer con

deleite, con parsimonia. También ha aprendido como frenar en el momento justo, antes de que su simiente salga apresuradamente. En el sexo es comedido, tranquilo. Y con su gran miembro, del que puede presumir, provoca que las mujeres se vuelvan completamente locas y griten como condenadas del infierno.

Magdalena y él tienen un pacto sin firmar, sin considerarlo, extraño. Ambos también tienen una vida al margen del sexo desenfrenado, casi diario, que comparten. Ozones aprende rápido. Y las relaciones con otras mujeres se van multiplicando. María, la romana, morena y pequeña, a la que le encanta cabalgarlo como una Amazona de la antigüedad; Juana, de Nápoles, pecosa, pelo rojizo, pecadora incansable que se deleita con la sodomía; María del Ponte, esposa de un mercader que siempre anda de viaje, lujuriosa como ninguna, siempre insatisfecha, siempre desesperada, siempre en demanda de más y más...

Una tarde Magdalena se dirige veloz hacia Ozones, lo coge del brazo y tira de él. Ven conmigo, te voy a presentar a dos personas que quiero que conozcas. Salen de la casa, suben la empinada cuesta por donde circulan las gentes, la mayoría religiosos y soldados. De hecho en Cáller unos viajeros le dijeron que Nápoles era la ciudad del mundo en la que había más mercenarios, y la más pecadora. No importa. Pasan frente al torreón de los Anjou, con su pequeña puerta flanqueada por dos imponentes torres, reliquia de un tiempo ido. Caminan deprisa, hasta que alcanzan el portal de una gran bodega. En la puerta les recibe un hombre, Filippo Customo, el bodeguero. Les da la bienvenida y les invita a pasar. Penetran en el local, bajan por las escaleras de madera hasta que llegan al gran salón, cercado por grandes toneles. En el centro un par de mesas con tertulianos que comparten vino e historias dan vida y alegría al local. Se dirigen a una de ellas donde dos hombres discuten y gesticulan con las manos. Son mayores, de unos setenta años. Uno tiene el pelo blanco, con una poblada barba que le llega hasta la mitad del pecho. El otro, también de edad avanzada, es más pequeño, muy moreno, con ojos saltones, calvo y con una pequeña cicatriz que le cruza la mejilla izquierda.

—¡Dichosos los ojos, Magdalena! ¡Mi musa preferida! ¡Mi pequeña Venus! Ven siéntate, sentaos aquí con nosotros. ¡Alúmbranos con tu belleza! ¡Acércanos otra vez al Paraíso!

—Mirad, este es Antonio Ozones, un mallorquín. Pretender irse a Pavía a completar sus estudios de Teología.

—Antonio, este bribón de barba blanca es Andrea Vaccaro, el pintor

más famoso de Nápoles, vive de la Iglesia, como un buen católico, pero en realidad se deleita pintando jovencitas desnudas en su taller. Es un viejo bribón. En una ocasión pintó al Papa volando sobre una escoba, por poco no termina en la hoguera como un perro luterano. Menos mal que se le ocurrió afirmar que el parecido fue pura casualidad y que la pintura representaba a Calvino. Esto lo salvó. Como buen pintor presume de guapo pero en realidad es el más feo de todo Nápoles. Este otro, aún es peor. Figúrate, es un escritor. Pero lo peor es que se ha dado al vicio peor de todos, el de escribir Historia. Se llama Pablo Antonio de Arsia, pero antaño fue un afamado condotiero, un mercenario que hizo sus lides con el tercio español en mi querida Sicilia. Aunque tampoco es tan fiero como lo pintan. Un secreto a voces que corre por toda Italia es que el furibundo y feroz Antonio de Arsia tiene un miedo atroz a los gatos. Es superior a él. Estos son los secretos de las tabernas napolitanas.

—Sentaos y bebed con nosotros —invita Vaccaro.

—¿Estás seguro que quieres estudiar Teología? —interroga Arsia al joven Ozones mientras le mira fijamente a los ojos.

—Oh, claro. Espero ampliar mi formación y regresar a Mallorca.

—Bueno, pues que sea leve y la vida te depare buenos momentos, joven. Pero recuerda que la Teología es a la Filosofía lo que una mosca a la miel.

—No comprendo —contesta Ozones.

—Sí hombre, es en la Ciencia donde encontrarás las respuestas que buscas, no en Dios, ni mucho menos en los teólogos. La Teología es el camino de los vagos, los que buscan el todo y nunca encontrarán nada porque nunca se mueven del mismo sitio, de la ortodoxia.

Ozones no quiere continuar con una conversación arriesgada con unos desconocidos, así que cambia rápidamente de tema.

—¿De verdad estuvo usted en los tercios de Sicilia? ¿En combate?

—Sí, sí, por supuesto. Pero no fue agradable, ni mucho menos. Me reclutaron con una buena paga. De esto hará unos veinte años, creo que era en el 47, cuando Masaniello, el líder de los llamados malcontentos al que después tacharon de loco y el presbítero Giulio Genoino se levantaron contra los nuevos impuestos de la fruta, la comida por excelencia de los pobres de Sicilia, en una rebelión que duró poco. Por cierto mallorquín, Genoino murió desterrado en Mahón, en Menorca, junto a tu isla. Pero ese fue un levantamiento muy fugaz, un instante en el Tiempo. Al año siguiente imponíamos, a la fuerza, la paz en la isla, la Pax Hispánica. Ya lo he dicho, no fue agradable. La guerra nunca lo es. Cometimos demasiadas barbaridades y

los pecados de la sangre siempre atormentan a los hombres de buena voluntad. Aunque afortunadamente las negociaciones para conseguir la paz fueron rápidas y los atropellos que realizamos quedaron en el profundo pozo de los secretos. Los pasados sangrientos hacen que las noches se tornen interminables e infinitas. Recuérdalo. El ayer siempre sale al encuentro de uno, siempre se cobra sus deudas. Bienaventurados los que no tienen memoria porque ellos no sufren el mal de la historia, el mal de la evocación continua.

—A Pablo le gusta atormentarse con malos recuerdos —afirma Andrea—. Hasta el punto que ahora ha empezado a escribir esa historia. Pretende lavar su conciencia mediante la épica.

—Hago lo que puedo, quiero que las gentes del futuro tengan a bien comprender los desastres de la guerra. Pretendo que las personas del mañana aprendan de los errores del hoy y del ayer.

—¿Y tú, Andrea, pintas? —interroga Ozones.

—Oh, yo siempre pinto, hasta que me alcance la misma muerte estaré con el pincel en la mano. Pinto el pecado de esta ciudad, a escondidas, con modelos como nuestra amada Magdalena. Pinto las tinieblas de Nápoles, su lado más oscuro. Dicen que Nápoles es la ciudad más viciosa del mundo. Bueno, no es la ciudad la que es pecaminosa, es la gente que vive en ella. Tú, yo, nosotros. Todos conformamos esos deseos de lujuria. Es la vida. Y yo la pinto. Aunque para vivir debo plegarme a las invitaciones que los muchos conventos que hay aquí me hacen. Ya sabes, vírgenes de toda clase y condición. Cristos, santos y todas esas sandeces. Ahora mismo la basílica de San Francisco de Paula me ha encargado un cuadro de los milagros de San Buenaventura. Ello me proporciona los dividendos necesarios para continuar dibujando las catacumbas de Nápoles.

—¿Catacumbas? —interroga desconcertado Ozones.

—Sí, bajo Nápoles existe otra ciudad, la del ayer, la de antaño, la clandestina, donde se esconden los perseguidos, los tullidos, los miserables. Túneles, catacumbas, calles olvidadas por el tiempo...

—No lo sabía, es todo un descubrimiento.

—Tienen una larga historia, en un tiempo dieron refugio a cristianos perseguidos por las autoridades romanas, en otras épocas fue cuna de delincuentes, pero hubo una serie de años que se convirtieron en el terror de toda la ciudad. Al parecer una docena de niños entraron en ellas para jugar, ya sabes chiquilladas. Llegó el anochecer y no salieron. Al día siguiente las familias y las autoridades iniciaron la búsqueda pero no hallaron nada. Al

tercer día, cuando un pelotón iba a entrar para continuar el registro por la boca de la entrada salió un niño, completamente ensangrentado, con la mirada perdida y el juicio ido. Los demás nunca aparecieron. Jamás se supo lo que había pasado. El chiquillo murió a los dos años sin que hubiera recuperado el entendimiento. Antes de morir pronunció unas palabras que añadieron más misterio al asunto. Sus últimas palabras fueron “las sombras se mueven”, luego falleció. Algunos se atrevieron a pronosticar que habían dado con las mismas puertas del infierno y que Belcebú, el poderoso, los había devorado. Otros, en cambio, juraban que habían sido sacrificados en un ritual demoníaco.

—Bueno, olvidemos las malas historias y brindemos por Nápoles, por todos nuestros ayeres —replica Magdalena al tiempo que levanta su copa.

Brindan por la ciudad, por las mujeres y beben rápido, una vez tras otra. Sin pararse. Hasta que quedan totalmente ebrios, cantando viejas canciones napolitanas y recordando gestas inenarrables, jóvenes vencidas, amores idos, amigos desaparecidos y futuros por venir.

Es entonces cuando Vaccaro pone la mano sobre el hombro de Ozones y a media voz le dice unas palabras al oído.

—La Teología no te acercará a la verdad, ni mucho menos. Busca en la naturaleza las hierbas que abren todas las puertas del conocimiento, del verdadero saber. Ellas te conducirán por sendas intransitables para la mayoría de los hombres, por caminos que muy pocos han recorrido. Recuerda siempre que el láudano da la suprema lucidez. Ten siempre presente que para poder contemplar la vida misma tienes que huir de la realidad que te aprisiona, de tu pequeño mundo inútil y despreciable. Estramonio, beleño, amapola, en ellos hallarás las respuestas de orbes y razas desconocidas. Te lo puede asegurar un vividor de estrellas lejanas. El presente es demasiado breve, pero se puede expandir todo lo que quieras.

Palabras que llaman poderosamente la atención de Ozones. Palabras que jamás podrá olvidar. Pero no dice nada. Se las guarda en la memoria. Más adelante las recuperará y desarrollará esa cuestión hasta las últimas consecuencias. Y sí, será entonces cuando vea la infinitud del Universo y sus diferentes orbes, cuando pueda utilizar el pensamiento de forma más libre, sin cadenas, sin coerciones.

El tiempo transcurre deprisa, sale volando de manos de la vida, como pájaros de invierno en busca de nuevas primaveras. Ozones ya lleva más de un mes en Nápoles y se ha retrasado más de lo conveniente. Su meta está más lejos, por eso tiene que seguir su camino hasta alcanzarla.

—Tengo que irme, debo llegar a Pavía y proseguir con mi destino.

—Tengo un regalo para ti —responde Magdalena. Se gira y se dirige hacia la repisa de la chimenea sobre la que hay un pequeño cajetín de color negro, con una cruz roja en su tapa. Lo toma y se lo da a Ozones.

—Toma, esto te protegerá. Contiene un conjuro napolitano contra los males que acechan en los caminos.

—¿Y funciona?

—Siempre. Nunca falla. ¿Irás directamente a Pavía?

—No, quiero pararme en Roma una temporada. Tal vez unos meses, quiero conocer la ciudad. Corren noticias que esta semana llegarán las galeras de Fabrique Álvarez de Toledo, el virrey de Sicilia, de camino para entrevistarse con el Santo Padre. Creo que me será fácil viajar con ellos hasta allí. Solo será cuestión de fijar los detalles con algún capitán.

—Cuídate en Roma, sus calles son muy peligrosas, y sus religiosos mucho más. Ándate con mucho ojo. La Inquisición romana no para de quemar herejes, y no herejes. Es una mala época para visitarla. Vigílate a ti mismo de una mala tarde y cuida tus palabras. Procura ser todo lo precavido que puedas.

—Descuida, seré cauto. No pretendo que mi visita a la ciudad papal sea la última que realice en esta vida. Extremaré las precauciones, seré un buen chico y nadie nunca podrá decir algo malo de mí.

—Mejor así, Antonio. Roma no es sana para mentes inquietas.

5
Roma, 1670

Roma, Roma. La capital del mundo entero. A tus pies se colocan todas las otras ciudades. La urbe eterna, la que enseñoorea el Papa ante quien los príncipes, reyes y emperadores se postran demandando el perdón de sus pecados; Roma, el emporio de las ramera, de los sicarios y de los mercenarios que buscan paga y señor. La pagana, la que honra a Isis y a Mitra bajo otros nombres; la de los condotieros que buscaban en la muerte la expiación que nunca llega y en la vida la riqueza mundana. Ozones está maravillado. Nunca creía que vería algo semejante. Ha podido contemplar las ruinas de viejos imperios. Arcos de triunfo que se desmoronan al haber perdido la batalla del tiempo; columnas rotas que no sujetan nada y que parecen desafiar al mismo cielo; templos paganos de dioses muertos, aniquilados y postergados al olvido, donde ahora solo crecen hierbajos... Todo está aquí. En el mismo centro del mundo donde convergen los deseos de los cristianos.

Ha podido contemplar el semblante del Santo Padre, un rostro viejo, de una persona cansada. El abril pasado proclamaron Papa al cardenal Altieri con un nombre repetitivo, como el anterior, en este caso regirá los destinos del mundo con el apelativo de Clemente X. Sí, el mismo y recién nombrado cardenal Emilio Bonaventura Altieri, descendiente de dos de las familias patricias más poderosas de Roma, los Colonna y los Orsini. A los que todos temieron. El Papa anterior, Clemente IX, le nombró cardenal apenas dos semanas antes de su muerte, aunque no tuvo tiempo de realizar todos los trámites. En realidad, y si nos atenemos a la estricta jurisprudencia de los tribunales de fe romanos, Altieri aún no podría ser investido Papa ya que, de hecho, cuando fue elevado a esa dignidad no era, aún, cardenal. Pero la política del Vaticano pudo más. Todo el mundo conocía ese detalle. Ya llevaban cuatro meses sin que se hubiera elegido un nuevo pontífice. Las alianzas del colegio cardenalicio habían paralizado cualquier elección y, por si fuera poco, las presiones de los reyes también se dejaban sentir. Todos en la ciudad sabían que no se pudo llegar a un acuerdo. Tres pretendientes para una tiara más política que religiosa. Giannicoló Conti, el cardenal de Ancona, disoluto y extravagante, amante de la moda, de las mujeres y, como el mismo César, también de los hombres; Giacomo Rospigliosi, el sobrino del difunto Clemente IX vendido a los deseos de Francia por un puñado de plata, dispuesto siempre a cualquier salvajada o traición siempre y cuando le reportara beneficios; y Carlo Cerri, el pecador desenfrenado y maestro en los

usos de todos los venenos y del que se afirmaba que ya no tenía enemigos. Ciertamente, los había asesinado a todos. Estos tres candidatos peleaban por obtener los votos necesarios para ser investidos. Pero no hubo acuerdo, bueno sí. Uno. Uno transitorio. El catolicismo no podía seguir sin Papa. Así que eligieron a un personaje ya mayor, Altieri, que acababa de cumplir los ochenta años. A esa edad no duraría mucho ni crearía demasiados problemas. Mientras tanto le dejaban que solucionase las cuestiones que tenía pendientes relativas a su linaje, (estaba empeñado en adoptar a la familia Paluzzi para que el apellido Altieri no desapareciera), ellos buscarían los pactos necesarios para poder alcanzar el pontificado. Esos eran los entresijos de la política vaticana. Aunque en las tabernas se contaba otra historia, la real. Mucho más divertida. Se nombró Papa a Altieri, pero este no quería serlo. De hecho lo tuvieron que sacar a la fuerza de la cama, resistiéndose hasta el último momento. Lo arrastraron por los suelos hasta que lo sentaron en la silla dorada del nuevo señor de toda la Cristiandad. Cualquier historia, por descabellada que parezca, se halla en Roma. Lo más desatinado, todas las sinrazones e idioteces del mundo se desarrollan en el Vaticano. Siempre ha sido así. Siempre será así.

Ozones camina por la calle, tranquilo pero alerta, deambula de aquí para allá, y pasa frente al palacio fortaleza de los Colonna, algo imponente, refleja majestad, pero también soberbia. Viejos condotieros que reclamaban un origen casi mítico, descendientes de Rómulo, Homero, Ulises y del mismo Zeus. Allá ellos con su genealogía inventada. Camina por calles de sombra, peligrosas. Sabe que en cualquier esquina puede tener un problema. La ciudad se está empobreciendo, y con ella sus gentes. Hay noticias preocupantes. Los tambores de la guerra resuenan de nuevo puesto que el rey Luis XIV de Francia ha enviado sus tropas a Lorena y la ha tomado a la fuerza. Este monarca francés solo crea problemas, a todo el mundo. Está convencido que es un nuevo César redivivo y que su misión es la de ser el amo de toda Europa. Alguien debería colocarlo en su sitio. La guerra genera pobreza, y las mercancías no pueden llegar con la debida frecuencia a Roma. A diario la supervivencia se convierte en algo difícil, y las putas, vagabundos y sicarios cada vez son más numerosos.

Hace dos meses que ha llegado a la ciudad y cada semana ha podido ver asesinatos ante sus propios ojos. Reyertas, robos y venganzas de forma continua. Jamás hubiera creído que la ciudad donde vive el Santo Padre

estuviera rendida al caos mundano. Y él participa de ello, puesto que hace más de un mes que vive con una ramera francesa, Margareta. Margareta, la de los pechos firmes y torneados, de miel que diría el sabio Salomón. Margareta que vive en parte de la prostitución y en parte de realizar conjuros y hechizos para calmar dolores, sanar hernias y elaborar filtros amorosos. Para ello utiliza alguna que otra hierba y oraciones. Recuerda cuando la conoció. Hace poco, pero el tiempo pasa deprisa, uno tiene la sensación que de ello hace una eternidad. Se la encontró en una taberna junto al río, bebieron juntos y después de manosearse uno a otro salieron para buscar el desenfreno. Allí mismo la tomó, en la misma puerta del local. La conoció como mujer mientras divisaba la cúpula de San Pedro. La cogió por debajo de los brazos, la levantó y la enclavó al vuelo. Allí empezó todo. Y desde entonces viven Roma juntos, la dirigieren con una rabia incomprensible, con locura, con ansiedad casi infinita. Pero no solo de mujeres se alimenta el alma del hombre. Su estancia en la capital del catolicismo le ha reportado muchos amigos, y también amigas. A parte de algún que otro enemigo. Que también los hay.

Ya hace tiempo que Ozones está en Roma y anda corto de monedas. Necesita realizar algún trabajo para aprovisionarse para los días futuros. Hace algunos días acudió a la taberna del puente. Allí siempre hay alguna compañía que busca refuerzos para realizar algún que otro encargo, la mayoría fuera de la ley. Dejó la petición de trabajo y hoy lo han avisado, discretamente. Hay una demanda. Entra en el local y se dirige hasta el dueño.

—Hola mallorquín. Ven conmigo a la trastienda, debes conocer a alguien que te está esperando.

Ozones penetra en una pequeña habitación repleta de jarras, toneles y cajas y se encuentra con algunos hombres que están hablando. Cuando lo ven callan. El dueño los presenta a todos, para que reine la tranquilidad.

—Este es Ozones, un mallorquín de confianza que necesita ganar algo de dinero. Mira mallorquín, todos son buenas personas, dentro de lo que cabe, aunque sean franceses. El más alto con bigotillo es Pierre de Savignon. El bajito y feo Jean Pascale, y el de la barba canosa y algo vejete Charles de Lyon.

—Bienvenido a esta pequeña compañía —responde Pierre de Savignon.

—Gracias por ofrecerme esta oportunidad.

Cuando el dueño sale del cuarto los hombres se sientan en una pequeña mesa y Pierre de Savignon les expone el encargo.

—Tenemos una oferta, hay doscientas monedas de oro, 50 por cabeza. No entraña muchos riesgos y es moralmente aceptable. Os cuento. En la otra punta de la ciudad vive un rico mercader, Antonino Jacometti, casado con una napolitana, Catarina Ascolti. Al parecer Catarina tenía un amante que se veía con ella de forma bastante asidua, especialmente cuando su marido salía de la ciudad. Pero en una de sus expediciones regresó mucho antes de lo previsto y halló a los dos amantes. En principio solo puso el grito en el cielo, no hizo nada más. Pero su venganza no se dejó esperar. Mandó asesinar al amante, aunque la mujer se llevó la peor parte. Encargó a un grupo de mozalbetes que la violasen y la entregasen a un burdel donde la obligaron a trabajar durante una semana. Al final la mujer se pudo escapar y avisar a su familia. Esta nos ha contratado para dar una lección al mercader. Esta noche, sobre las ocho, saldrá de casa con sus hombres, unos seis. Se dirigirá hacia el centro donde un compañero lo ha invitado a cenar. A eso de medianoche regresará a su palacete, para ello deberá pasar por la plazuela de la iglesia de Santa Maria della Victoria. Allí lo esperaremos. La mujer no quiere que le matemos, simplemente que le dejemos imposibilitado para el resto de su vida. Ozones, Jean y tú Charles os encargaráis de la escolta. Tocan a dos por cabeza, pero la sorpresa juega a nuestro favor. Yo me encargaré del mercader.

—¿Cómo piensas reducirlo? —pregunta Ozones.

—Será fácil. Después de desarmarlo le cortaré los músculos y tendones de las manos, los pies y las piernas. Esto debería dejarlo inválido para siempre.

—Entendido, afirman todos.

Esa misma noche los cuatro camaradas salen, embozados con capas y sombreros, preparados para dar una sorpresa a sus rivales que, aunque prevenidos por habitar una ciudad peligrosa, no esperan un ataque directo contra sus personas. El asalto es un éxito, los pillan despreocupados. Antes de que se den cuenta cuatro de los escoltas caen heridos y los otros dos son rápidamente reducidos. Pierre de Savignon desarma al mercader, lo derriba de un puñetazo y rápidamente le corta tendones y músculos de todas sus extremidades. Luego salen corriendo mientras los dos sirvientes atienden apresuradamente a su señor. Al día siguiente Savignon cobra lo estipulado y se reúne con sus compañeros en la taberna. Les da su parte y lo celebran con un par de jarras de vino. Es la fórmula para que se entable una buena amistad entre los franceses y Ozones, pero especialmente con Pierre de Savignon.

Ozones sigue por las estrechas calles hasta llegar al río, va directo a la taberna donde le espera un buen amigo, un colega de borracheras, armas, canciones y mujeres. Se asoma a la barandilla y a su derecha puede ver la imponente fortaleza de Sant Angelo. Su forma le recuerda al de una corona. Circular, con unas almenas desproporcionadas en su parte superior y, en el centro, un gran mástil del que ondea el estandarte del Papa. La vista, desde aquel rincón, es gratificante. Ante él un pequeño navío está anclando, tal vez aguardando unos pasajeros que ya no vendrán, tal vez esperando alguna mercancía que se ha perdido y que nunca será hallada. Dos pequeñas barcas de remo también están amarradas en medio del río, que por cierto apesta. Ve el puente que lo cruza, robusto, de cinco arcos con grandes refuerzos que conducen a las puertas mismas del castillo de Sant Angelo, fortificación y prisión, refugio y lugar de llantos y gritos. De almas rotas y saberes quemados. Al fondo, sobre el horizonte no muy lejano, la inmensa cúpula de San Pedro se erige majestuosa, dominando toda la ciudad, recordando a todo el mundo a quién deben pleitesía, quién gobierna el mundo, quién otorga el perdón o quita la vida.

Entra en la taberna y halla a su amigo Pierre de Savignon, el francés que le enseñó el arte de la esgrima, con el que compartió noches de juego y borracheras. Juntos cataron todos los vinos que se puedan hallar en la ciudad. Y de tanto en tanto tuvieron alguna riña de la que, afortunadamente, salieron ilesos. Pero en este mundo todo acaba, tarde o temprano todo fenece. El debe continuar su camino, aunque aún es pronto para ello. Y su amigo Pierre el suyo. Savignon se ha alistado como mercenario para un príncipe italiano.

Savignon es un hombre complejo, curtido en mil batallas, perseguido por la justicia de numerosas ciudades. Su historia es la misma que otros franceses de la época. Descendiente de una familia de hugonotes perseguida hasta la muerte por los católicos galos. Nació en La Rochella hacia 1630, en aquellos fatídicos años en que el diabólico cardenal Richelieu la sometió a sangre y fuego. Savignon pudo huir con su madre, mientras que su padre se llenó de gloria defendiendo las murallas de la ciudad donde sucumbió junto a sus amigos. Más tarde alquiló sus servicios como soldado de fortuna en los últimos combates en Alemania, allá hacia 1648, antes de la paz. Después se enroló en varias embarcaciones que saqueaban los puertos del Caribe. Incluso corrieron rumores que Savignon salvó a Morgan, el pirata, de una muerte

cierta en la trágica jornada de Cartagena de Indias. Pero son solo eso, rumores. También se cuenta que formó parte de la liga secreta napolitana conocida como “La mano negra” que se dedicaba al asesinato político por encargo, la misma que atentó contra el duque de Uceda cuando era virrey de Sicilia.

Cuando Ozones conoció a Savignon la amistad surgió entre ellos rápidamente. Eran compañeros, amigos, socios y las confianzas entre los dos les unían cada día más. Fue tanta la confianza que Ozones no dudó en explicar a Savignon sus deseos más íntimos. Incluso los más profundos. Entre ellos uno que, sin duda, a ojos de la Iglesia era una herejía. Se sentía muy atraído por los sortilegios, por los conjuros, por las artes oscuras. Ozones le explicó que estaba convencido que la realidad era mucho más compleja de lo que los hombres podían ver, que iba más allá de la simple apariencia. También le explicó que quería ampliar los estudios de Teología y Filosofía para buscar respuestas. Y fue aquí cuando Savignon le narró algunas historias que había visto y oído. Le contó que en una ocasión se unió a una tripulación de corsarios de Marsella. Las presas que capturaban las vendían en el mercado de Argel y fue aquí, en esta ciudad, donde oyó hablar de un libro mágico que había sido escrito en el norte de África. Se llamaba “El libro de Thot” y decían que escondía los secretos de los faraones y del mismísimo Moisés. Al parecer unos ulemas lo tenían oculto en Argel pero lo sacaron de su escondrijo porque querían trasladarlo a un lugar más seguro, a la gran biblioteca de Tombuctú. A las afueras de la ciudad unos compañeros de Sauvignon los asaltaron, les dieron muerte y saquearon sus pertenencias. Uno de ellos encontró el libro y, sin saber que era, lo abrió. En ese mismo momento el libro empezó a arder y todos aquellos hombres quedaron ciegos al momento. Nunca más se supo nada de ese ejemplar, ni de aquellos infelices que lo habían hallado.

—Ozones, hermano, siéntate y bebe. Hay que celebrar mi despedida. Me marcho a la guerra. La fortuna, la fama y la gloria me esperan. Y de paso algunas monedas que me permitan calmar mi sed.

—¿Dónde vas?

—No lo sabemos con exactitud. Pero he sido contratado por Jacobo d’Este, de la antigua casa de los duques de Ferrara. El Vaticano ocupó su ducado y si no me equivoco todos estos movimientos se encuadran en el deseo de Jacobo de recuperar lo que cree que es suyo.

—Venga pues, querido Pierre, bebamos a la salud de todos los males, para que se espanten y no vengan nunca.

—¡Bebamos pues!

»Tengo un presente para ti. Un recuerdo que quiero que conserves. Vendrán, sin duda, días tormentosos. La guerra está a punto de extenderse por doquier. La ambición del rey Luis no tiene límites, nadie lo parará. Así que debemos prepararnos para lo peor —Pierre se mete la mano en el bolsillo, saca una pequeña bolsa y se la entrega a Ozones.

»Esto te va a proteger de cualquier enemigo —es un amuleto. Una gran medalla con una cinta de seda de color encarnado. La cinta simboliza el corazón, el valor, la sangre. Las imágenes de la medalla, un león en una cara, y un cruz en la otra, el emblema del valor y el de la protección divina—. Átataela en un brazo, bajo la ropa, pero en contacto con la piel. Así nadie te podrá herir con ningún tipo de arma. Ni siquiera con las de fuego. Y aunque te disparen jamás te alcanzarán. Te convertirás en un “ensalmado”.

—Pero, ¿Y tú? ¿Quedarás desprotegido? —interroga Ozones.

—No te preocupes por mí. Tengo otras cosas que velan por mi integridad. Un papel que brinda la protección de los arcángeles y el amor de las mujeres. Mano de santo, te lo digo —beben hasta la entrada misma de las tinieblas y luego se separan. Como amigos, como hermanos.

Savignon parte y abandona Roma. Ozones jamás sabrá nada más de él, como de todos los otros que un día formaron parte de su vida, con los que compartió risas y pesares y después marcharon de ella tan rápido como habían venido. La vida es breve y el tiempo es largo. Quizás algún día se vuelvan a encontrar. En algún rincón, en alguna taberna. ¿Quién sabe?

Ozones queda en Roma. Se reúne asiduamente con su amante y algunos amigos en la taberna que Giovanni, un siciliano de Messina, tiene en la ciudad. Allí se enteran de que un nuevo embajador español tiene que presentarse en breve ante el Vaticano. Por lo que se comenta es un personaje muy engreído, un pavo real más preocupado por su indumentaria palaciega que por su quehacer diplomático. Se trata de Francisco de Maura Corterreal, II marqués de Castelrodrigo y conde de Linares, conocido vulgarmente como “El Estirado”.

Margaretta tiene una solución perfecta. Tiene un papel que le dio una vieja bruja saboyana que sirve para atraer la lluvia. Donde uno quiera, con la intensidad que se desee. Se ponen de acuerdo. Hay que dar una lección al

emplumado protagonista español.

La casa de Margareta reúne a toda la compañía. Sobre una gran sábana pintan dos círculos rodeados de números. Y en el centro una cruz con unas palabras en hebreo, Aleph, Vau, Kaf y Taf. Luego encienden una candela, nueva, de cera virgen. Derraman un poco de cera sobre la sábana y rezan dos credos. Luego ruegan a Dios que reciba al embajador con una fuerte lluvia.

Al día siguiente el rico vestido del embajador español queda del todo empapado por una gran tormenta que ha caído sobre Roma. Nadie se esperaba que aquello funcionase. Estaban demasiado borrachos, y ahora están muy asustados. Temen que esa broma termine mal. Han realizado un conjuro mágico, tal vez diabólico. Ozones sale de casa y se dirige a la primera iglesia que encuentra. Necesita confesarse. Explicar y limpiar su alma de aquella tropelía, de aquel pacto demoníaco que, seguramente, han hecho todos con Belcebú. Y no quiere perder su alma, ni que la Inquisición romana lo arreste y lo haga desaparecer.

Al día siguiente se marcha de Roma y emprende el largo camino a Pavía, pero antes de llegar a la ciudad universitaria quiere conocer algo más de esa Italia tan hermosa y pecaminosa. Irá hacia Liorna, el puerto de refugio de los judíos mallorquines. ¿Cómo es la frase que se dice en la isla? *Qui va a Liorna no torna*. Algo así. Liorna, Livorno, el puerto de una de las ciudades más espectaculares del mundo: Florencia.

6

Livorno, 1670

Desde la proa del “Catalina” Ozones otea a lo lejos el perfil de Livorno. Se siente alegre, pero un poco desconcertado. No conoce a nadie en la ciudad y tiene poco dinero. Tendrá que buscar algo para hacerse con algunas monedas y poder seguir el camino hasta llegar a Pavía. El barco del capitán Tomasi le ha acercado desde Roma al gran puerto que los Médici tienen habilitado en el Mediterráneo. Desembarca al lado del viejo fuerte, robusto, con unas murallas rojizas que parecen emerger de las aguas, como si el mar las levantase en señal de respeto y protección hacia las personas que viven en su interior. ¿Dónde mejor para buscar información que dirigirse a una de las tabernas del puerto? Empieza a buscar hasta que encuentra una bodega, justo en las afueras de los muelles. Una bodega repleta de marineros que brindan continuamente para agradecer la bienaventurada llegada a tierra. Alzan las copas, suenan canciones de alegría. Todo el mundo parece estar contento. Ozones entra. Hay demasiado jolgorio para que solo sea una fiesta de bienvenida a los compañeros que faenaban el mar. Entra y se sienta en una mesa. Interroga a los comensales sobre lo que se celebra. El viejo Ferdinando II de Médici ha muerto y le ha sucedido Cosimo III. Ferdinando era una buena persona, amable, no era un tirano como otros monarcas, era simpático, el pueblo lo adoraba pero sus últimos años de gobierno fueron un poco catastróficos. Digamos que su bondad lo había convertido en un personaje un poco lelo, un poquito corto. El poder se debe manipular con osadía, con inteligencia, mintiendo a todo el mundo si es necesario. No se pueden dar flores al enemigo, a no ser que quieras que te devore. Ferdinando era así. Buena persona, pero flojo. Simpático, pero poco atrevido. En cambio Cosimo es diferente, ambicioso, sin escrúpulos. Un Médici en toda regla. Desde el primer momento impulsó algunos movimientos que auguran nuevas épocas para Livorno y para Florencia. Casi al final del reinado de Ferdinando, Cosimo inició conversaciones con Luis XIV y realizó un acercamiento a Francia, alejándose de la influencia española. El pacto se selló con una boda. El que sería nuevo Gran Duque de la Toscana se casaría con una prima del rey Luis, con Margarita Luisa de Orleáns. Esto daría un nuevo empuje a Livorno, ahora un tanto decaído. El puerto franco, que abrió Ferdinando I en 1590, dio muy buenos resultados para la economía de la Toscana y para Florencia en particular durante años, pero en la última década cayó notablemente y esto se dejaba sentir en la economía de la ciudad. Ahora se espera un nuevo resurgir,

un nuevo porvenir con la alianza francesa.

Ozones no quiere ser menos y brinda con los hombres de la taberna por el nuevo destino de Livorno, de sus gentes y de su gobernante. Luego pide información. Necesita una habitación donde reposar un par de días mientras encuentra un trabajo momentáneo. No tiene ningún problema. En los alrededores del puerto hay muchas viudas que alquilan camas a las gentes de paso. Prácticamente es su única fuente de ingresos.

Deambula por las pequeñas callejuelas de una ciudad minúscula, que huele a mar en todos sus rincones. Huele a sal, a alga, a humedad. Las comadres del barrio de pescadores lo observan, y él pide información. No tarda mucho en realizar el negocio con una viuda, ya mayor. Sin hijos, sin familia. Sobrevive de alquilar un cuarto y de la solidaridad de sus vecinos. No tiene nada más. No tiene a nadie más. Ozones sella el pacto. Solo estará en Livorno quince días. Después se marchará hacia el interior. Hacia otros destinos, hacia otros parajes.

Sale del cuarto que tiene alquilado y entra en la ciudad, busca un pequeño trabajo en un entorno de libertad. En Mallorca ha oído como muchos descendientes de judíos se refugian aquí porque los Médici han establecido una especie de libertad religiosa, de gran tolerancia. Camina por los callejones y pronto se da cuenta de ello. Se topa de bruces con una sinagoga, y un poco más adelante, en una de las calles que dan a la gran plaza central de Liorna, como la llaman en Mallorca, descubre un pequeño templo de luteranos ingleses. Lo deja todo atrás y empieza a buscar trabajo, el que sea. No tiene mucha suerte, en esta época la oferta es más bien escasa. Además, le cuesta entenderse con los lugareños puesto que no hablan un italiano puro, sino un dialecto, una lengua local a la que ellos mismos denominan vernacolo. Pero al final encuentra lo que andaba buscando. Por las mañanas trabajará de estibador en el puerto, durante una semana. Desembarcando los productos que los mercaderes almacenan en las afueras de la ciudad, y después los reenvían hacia el interior, a Florencia.

Los primeros días en Livorno han sido duros. No estaba acostumbrado a levantar tanto peso. En menos de una semana han descargado hasta tres naves inglesas que portaban pimienta. Bajaban los grandes sacos y los amontonaban en unas carretas que posteriormente los sacaban de la ciudad. Durante estos días entabla amistad con un joven marinero portugués, Joao Barroso, de uno de esos navíos, el “Osiander”, un buque inglés de más de mil toneladas, recio, de bello porte, recién llegado de los puertos de la India.

—Venga, invito yo y mientras bebemos me hablas de los misterios de la India —interpela Ozones.

—Bien, todo en ese país es extraño; los animales, la gente, la religión, la comida. Aunque lo que más me cautivó fue lo que pude ver en el gran puerto de Surate. Allí coincidían navíos y mercaderes de todos los lugares del mundo. De la Arabia Félix acudían a vender unas bolitas negras, pequeñas, que llamaban “café”. Barcos chinos alcanzaban también la costa de la India, portando loza, hierbas de té que luego vendían a los ingleses y, sobre todo, una gran cantidad de seda. De la isla de Ceilán llegaba la canela fina tan apreciada, de un aroma indescriptible. Del lejano Maluco, nuez moscada. De la costa del Coromandel, pimienta y clavo. El puerto, sin duda, es uno de los más y mejor surtidos de todo el mundo, pero ello tiene un precio. Ingleses, holandeses y portugueses están prácticamente en guerra constante y navegar hacia Surate se ha convertido en un peligro. Las aguas del mar Arábigo están infestadas de piratas que no solo acometen los barcos que navegan por el océano, sino que de tanto en tanto atacan algunos puertos ribereños. En esa zona morir en el mar es demasiado habitual.

—Por lo que cuentas debe ser una experiencia absolutamente fantástica, para recordar el resto de la vida.

—Pues esto no es nada. Si sales del puerto y entras en la ciudad te sorprenderán los animales que circulan por sus calles. De todos ellos el más espectacular es, sin duda alguna, el elefante, un animal gigantesco que lo emplean como aquí nosotros usamos los burros.

—Los conozco, he visto algunos dibujos.

Ozones está maravillado. El discurso de su amigo lo ha transportado a esas playas lejanas. Entonces realiza la pregunta que lo cambió todo, que trocó su vida por completo, sus deseos, sus ansias.

—¿Has visto magos en esas tierras?

—No. No he visto magos en la India. Pero aquí, en el mismo Livorno sí que conozco a uno. ¿Tienes deseos de conocer a un hechicero local?

—Sí, por supuesto. Me encantaría.

—Bien, paga y sígueme.

Joao Barroso conduce a Ozones por callejas oscuras, tenebrosas. Es noche cerrada, no hay nadie a parte de ellos dos por la solitaria Liorna. Hasta que llegan a una robusta puerta de madera. Llaman. Desde el interior una voz femenina y gastada les pide que se identifiquen.

—Barroso, acompañado de un amigo que quiere conocer al maestro.

Es una casa muy grande. Detrás de la puerta de entrada se abre una gran sala, vacía. Enfrente un arco da paso a un pequeño salón. A la derecha de la entrada se puede atisbar un pequeño cuarto, y a mano izquierda una escalera que da acceso a los pisos superiores, que ellos nunca conocerán. Pasan a ese salón pequeño, a su derecha se encuentra la cocina, con una gran chimenea y unas picas de cerámica para hacer la colada. Pero lo que más les llama la atención es que al final de ese pequeño salón hay una escalera, muy pequeña, de tan solo tres escalones, que conduce a un cuarto minúsculo, repleto de pequeños tarros de cristal, todo un variopinto conjunto de botellas y frascos que contienen líquidos y objetos extraños, desconocidos. Esa visión les perturba. Están intranquilos. Una mujer anciana, encorvada, vestida toda de negro, les mira atentamente. No dice nada. Los observa y luego, al cabo de un largo minuto, les dice que el maestro les recibirá en breve.

—Esperen aquí y bajará enseguida.

Giovanni Fiorentino fue un alumno aventajado de Tommaso Campanella en tiempos en que el igualitarismo hacía mella en su ya anciano profesor. Pero Fiorentino tuvo el valor de adentrarse en otro tipo de conocimientos, como los de Jonás el Egipcio de su obra “De Magia”; o la que publicó su maestro, Campanella, “De sensu rerum et magia”. Todo ello le abrió nuevos horizontes, nuevas formas de percibir todo lo que le rodeaba. Y por ello cambió de ciudad para poder estudiar con Galileo, el viejo maestro, siempre recordado, con el cual experimentó novedades inimaginables. Eran tiempos de sombra, de inmensos peligros, cuando el conocimiento se convirtió en el enemigo de la Iglesia. Pero aprendieron a ser cautos. A ser comedidos con sus exposiciones en público, pero jamás lo fueron en privado.

Al cabo de unos segundos, que se hacen eternos, del piso superior baja un hombre mayor, de unos sesenta años, moreno, de ojos alargados, elegantemente vestido, aunque de negro riguroso, salvo una pequeña cruz roja de metal que lleva colgada del cuello.

—Saludos don Giovanni.

—Saludos Barroso. ¿De nuevo en Livorno?

—Sí maestro, recién llegado de Oriente.

—Larga travesía. Me tendrás que contar lo que has visto.

—Por supuesto, perdón, le presento a Antonio Ozones, mallorquín, estudiante de Teología. Se dirige a Pavía.

—Vaya con los mallorquines. Hay bastantes en Livorno. Tengo algunos buenos amigos de la isla. ¿Ampliando estudios?

—Sí, me dirijo a Pavía, allí espero profundizar en distintas materias, especialmente en Filosofía y Teología.

—Ah, la Filosofía querido amigo. ¿Cuál de ellas?

—Quería especializarme en la razón y mecánica de la Naturaleza, en el sino del hombre.

—Buena cuestión. Un problema digno para un buen pensador y con difícil solución. En tu formación te encontrarás con libros atrevidos y otros absurdos. De ti depende la selección. ¿Una copa de vino de la Toscana? Dicen que es el mejor que hay bajo todos los cielos.

—Aceptamos. In vino veritas, o eso dicen.

—Cierto.

Don Giovanni se acerca a una pequeña alacena, la abre y saca tres vasos. Luego los llena de vino.

—Tomad. Bienvenidos a esta mi humilde morada.

—¡Por la Ciencia y el Mundo! —brinda Ozones.

—Por ella —responden Fiorentino y Barroso.

Cada noche, durante quince días, Ozones visita a maese Giovanni Fiorentino. Poco a poco entre maestro y alumno se entabla una buena amistad. Tienen algo en común. Deseos de conocer, de saber más, de cruzar límites. Fiorentino explica a Ozones los principios básicos de un nuevo conocimiento, de una nueva fórmula de comprender los secretos de la Naturaleza que lentamente se va abriendo camino en la vieja Europa.

—Aquí, en Livorno, es posible aprender algunas cosas, y experimentar. En cierta forma la tolerancia abierta en esta materia por los Médici es de agradecer. Lo que hago aquí en otros lugares me acarrearía graves problemas. Amigo, nunca hagas estas cosas en España y, sobre todo, evita entrar en discusiones. Ten siempre presente a Erasmo y lo bien que le fue cuando se le invitó a visitar Castilla y contestó con su histórico “Non placed Hispania”. Aquella descortesía le salvó la vida.

Don Giovanni y Ozones están solos en una habitación, es noche cerrada y conversan a media voz. Discurren sobre la naturaleza y el hombre. De repente don Giovanni se dirige hacia Ozones y le dice que le contará un secreto, que escuche atentamente.

—En el principio de todo, mucho antes del nacimiento del Tiempo, solo

existía el Ser Puro y la Nada Pura. Ambos estaban en conflicto. Giraban uno alrededor del otro. Se vigilaban. Sin embargo, algo cambió pues de repente chocaron. Y de esa inevitable colisión emergió el Universo. Y con él, el triunfo del Ser Puro fue aplastante. Luego, el Ser, al que muchos llaman Dios, creó las letras primordiales, y con ellas a los Primigenios. El Ser Puro entonces, con la ayuda de las letras, creó todas las cosas. Los cielos y las tierras, las estrellas y los soles. Pero parte de los Primigenios, al que muchos hombres llaman equivocadamente ángeles, se rebelaron. Y hubo una guerra entre ellos. Parte huyó con el secreto de algunos símbolos y se refugiaron en la Nada Pura. Y, desde entonces, los cielos están en guerra y los hombres sufren sus consecuencias.

—¿Qué tipo de letras?

—Las del alfabeto hebreo. Cada una tiene un poder, un significado, una utilidad. Solo se pueden usar en momentos adecuados, bajo las condiciones perfectas, y con el ritual que le corresponde a cada una. Hay algunas que son más importantes. Aleph, por el hecho de ser la que se creó en primer lugar, es una de las más versátiles. Conocer sus secretos, sus usos, es fundamental para poder cruzar todas las barreras. Ir más allá de lo conocido, más allá incluso de lo innumerable, poder saltar sobre el gran vacío de la Nada y contemplar su interior. Ten en cuenta que hay pocos hombres que saben ese secreto y el poder que tienen esas letras. Un amigo que reside en Florencia y yo lo aprendimos de un rabino mallorquín, Abraham ben Najjar, formado en las bibliotecas más antiguas del norte de África y con los profesores más excelsos. Él fue nuestro maestro aquí en Livorno.

Fiorentino y Ozones hablan, sueñan en voz alta con increíbles quimeras que se yerguen más allá de los cielos conocidos. Mucho más allá de las estrellas que se perciben a simple vista. Fiorentino, además, explica a Ozones que tiempo atrás habló con un amigo suyo, Galileo. Ambos creían lo mismo. Que las estrellas no son meros cuerpos de minúsculo tamaño que están suspendidas de una semiesfera. El secreto es mucho más grande de lo que jamás nadie haya siquiera soñado. Las estrellas son cuerpos gigantes que están lejos, muy lejos. Cuerpos como nuestro sol. Alrededor de las estrellas giran otros mundos con cierto parecido al que nosotros habitamos, con otro tipo de gentes que tienen sus propios sueños, sus propias metas. Pero esto no lo pueden decir a nadie, explicarlo, hacerlo público significaría una condena, tal vez la muerte. Y más en Italia. Y algo de esto le pasó a Galileo, por mucho menos lo arrestaron en su domicilio. Encerrado en vida sin poder narrar lo que

sabía. A nadie. Jamás.

No solo hablan del Universo, de la Natura y de los mecanismos que los unen con el Hombre, sino también de los grandes secretos de la Creación, de la mecánica utilizada por el Uno, por el principio creador al que los humanos, inseguros, denominamos Dios.

—Cierto —afirma Fiorentino—. Además de las letras se deberían tener en consideración los números, cosa que muchos olvidan, aunque su importancia sea vital. Los números son fundamentales para la percepción del Todo. Cada uno tiene un simbolismo, una función determinada. Uno de los más importantes es el que identifica el motor creador, el 70, al que los judíos identificaron con el mismo Yahvé. Luego están todos los demás. Recuerda, el 8 es el Infinito, su uso permite ver mucho más allá de la misma Eternidad. El 12, el de los primigenios originales; el 3, el de las caras mismas del Uno. Pero sobre todas las cosas se halla el fundamental, el elemento primigenio, el mágico, el creador omnipresente en todos los seres de la Natura y del Cosmos, el número pi. La mayoría de personas que lo hemos utilizado sabemos que su origen se remonta al antiguo Egipto, cuando lo descubrió, por simple azar, Ahmes, el sacerdote de Osiris. Más tarde, el sabio griego Pitágoras lo usó para desarrollar su teoría del Todo y de la Naturaleza. Para él todas las cosas existentes no eran otra cosa que dígitos, pero nosotros, ciegos ante el Universo, los percibimos como objetos. Pitágoras descubrió el secreto de pi en la misma creación. Y por eso mismo supo implantar verdaderas maravillas. Siglos después lo recuperó Fibonacci en su “Practica Geometriae” para el cálculo, aunque lo desvistió de su carácter más profundo para que no fuera utilizada para el mal.

—¿Puedo percibir el Universo en su globalidad utilizándolos? —interroga Ozones un tanto desconcertado.

—Por supuesto, pero debes penetrar en su alma más profunda. Estos, junto con las letras primigenias, posibilitarán visiones que nunca antes habrías imaginado. El Universo es un conglomerado de números y letras que solo es posible contemplar cuando se tiene la mente preparada para ello. La simple visión del Todo podría suponer una experiencia terrible para aquellos que no están formados. Recuerda siempre que junto a ese Todo Universal también está el Vacío. La Nada no ha desaparecido, y siempre está en continuo combate con el Ser. A parte de ello se hallan los guardianes de las nueve puertas que vigilan el paso de los mortales. Hay algunos manuscritos que te permitirán

adquirir las destrezas básicas para poder emplearlos con tranquilidad. Maslama al-Mayriti redactó su obra Picatrix para iluminar a los que perseguían ese conocimiento. Para ello empleó uno de los pilares de la sabiduría de todos los tiempos. El libro mágico que se atribuye al mismo Salomón, del que supongo habrás oído hablar.

—Sí, tengo referencias sobre el mismo.

—Bien, otro de los volúmenes que te permitirán navegar por el Vacío del Cosmos sin enloquecer de terror es el Zohar, de Shimon bar Yohai, aunque de todas sus partes la más interesante, sin duda alguna, es la denominada haMidrash haNe'elam, vulgarmente conocida como Los Comentarios Desaparecidos. Pero la parte original no la hallarás en los que están en circulación, están completamente adulterados, cortados y muy mal traducidos. Deberías leerte los manuscritos originales. Existen algunos de ellos muy buenos, sobre todo en las sinagogas de Praga, Salónica y una aquí, en Livorno, en la de los sefardíes de Mallorca, a la que denominan “De la Isla de los Ladrones”.

—¿Podré consultarla?

—Claro, conozco al rabí. Mañana mismo hablaré con él y concretaremos un encuentro. Espero que no ponga problemas por el hecho de que seas mallorquín. Les tiene cierta ojeriza.

—Fundamentada, por supuesto —contesta Ozones.

Fiorentino, acompañado de Ozones, marchan por las callejuelas de Livorno hacia la sinagoga de los mallorquines. Deambulan tranquilamente, sin prisa pues saben que hallarán la persona que andan buscando. Al cabo de unos minutos la ven, con su fachada repleta de estrellas de David, iluminando la sabiduría de los creyentes y el paisaje urbano. Entran en ella y se dirigen hacia el fondo donde encuentran a una persona ya mayor, que parece meditar, como si pretendiera escuchar los sonidos del Cosmos.

—Salem, amigo, baja a este mundo terrenal, debo pedirte un favor, pequeño pero importante.

—Shalom viejo hereje, tus favores nunca son ni pequeños ni inicuos. Dime en que puedo ayudarte.

—Este joven es un discípulo que necesita conocer las letras y consultar vuestra biblioteca. ¿Puedes introducirlo?

—¿Quién es? Supongo que por el hecho mismo de estar contigo es de toda confianza. ¿No?

—Cierto —responde Fiorentino.

—Bien, joven, acompáñame al salón de lectura.

—Primero te voy a enseñar los cuatro nombres de Dios, poderosos y terribles, Yahvé, Elion, Eloah y Eheieh. Cada uno responde a plegarias distintas. Pero solo debes usarlos en momentos críticos y desesperados, nunca los invoques en vano. Es peligroso. En cuanto a las letras las más importantes son Aleph, Teith, Heith, Zain, Vau, He, Daleh, Ghimel, Beith, Phe, Tau, Phe y Kaf. Memorízalas porque te pueden salvar de muchos peligros y pueden facilitarte visiones que nunca habrías imaginado. Las tres primeras deberás usarlas los lunes para invocar al ángel Sachiél y Anael. Las tres últimas los martes y miércoles, para convocar a Zamael y Cassael.

—¿Existe algún tipo de llamada para conectar con la madre tierra y con el todo universal? —interroga Ozones.

—Sí, existe una. “Yo te conjuro tierra, en nombre de Asher Ehebeth”. Con ella entrarás en comunión con las fuerzas primigenias del Todo — responde Salem mientras toma un viejo manuscrito de un estante y se lo pasa a Ozones.

»Toma, empieza por aquí mismo. He aquí las palabras de Samuel de Toledo, su maravilloso “Templo de Sabiduría”, donde hallarás las conexiones existentes entre los minerales, las plantas, los animales y los hombres. También podrás conocer las distintas edades del mundo y de la vida que surgió en él —acto seguido Ozones abre el libro por la mitad y percibe una ilustración del autor que le llama la atención. Una leyenda al pie del dibujo clarifica cómo y cuándo se realizó, concretamente en un viaje que hizo a Samarcanda. En esa ruta y en pleno desierto halló un cráneo de un animal desconocido, enorme, mediría más de tres varas de largo por una de alto, y lo reprodujo. A Ozones aquello le parece algo increíble, le recuerda vagamente la cabeza de un dragón. Pero no es lo mismo. Debe tratarse de una reliquia de un pasado muy remoto.

Ozones pasa el tiempo en Livorno como nunca lo había pasado en ningún otro lugar. Por la mañana trabaja en los muelles, por la tarde descansa o se acerca a la sinagoga y por la noche estudia con maese Fiorentino. Hace casi un mes que no está con una mujer. Está agotado. Pero ha aprendido muchas cosas. Es hora de partir. Quiere irse a Florencia. Se lo explica a su mentor. Debe partir.

—Debo ir a Florencia, para retomar luego el camino de Pavía, maestro. Ha sido un honor poder aprender de usted. Jamás podré olvidarlo.

—Y para mí poder enseñarte algo que mereciera la pena. Espero que no te vuelvas idiota con tanto Aristóteles y tanto Aquino. Has aprendido los primeros pasos para abrir un camino infinito. Pero no lo sabes todo. Ahora depende de ti. Cuídate mucho. De todas formas si vas a Florencia te daré una carta para mi amigo. Él te guiará durante los primeros días que estés en la ciudad y velará un poco por ti. Aprende de él, te sorprenderá.

7

Florenzia, 1671

La meta de Ozones es Pavía, pero después de su estancia en Livorno debe ir a Florencia. Quiere conocer la vieja y populosa Firenze, siempre lo quiso. Pero además, tiene cosas que hacer. Debe encontrarse con alguien para aprender los secretos del alma, de percibir los últimos rincones incógnitos de un vasto universo sin fin. Tiene una dirección. Tiene un nombre. Su maestro en Livorno le ha proporcionado la información necesaria. Y ese deber le llama. Tendrá que desviarse de su camino, pero vale la pena. Tampoco necesita estar mucho en la ciudad. Con un par de meses espera tener la capacidad suficiente para adentrarse en solitario en el mundo de las sombras y poder dominarlas.

La primera visión que Ozones tiene de Florencia lo deja completamente anonadado. Está asombrado. Del todo. Jamás hubiera imaginado que pudiera existir una ciudad tan bella como aquella. Es hermosa, qué duda cabe. De lejos ha podido ver la gran cúpula que majestuosamente reina sobre toda la urbe. Obra de aquel famoso arquitecto que experimentó con las alturas, con los vacíos y con los materiales. Está maravillado, es increíble. Baja la colina que dominaba la ciudad y penetra en ella. Se pasea por las calles, presta atención a todo lo que ve, a todo lo que oye. Se respira arte por doquier. Por todos los rincones. En todas las esquinas.

La gente compra, vende, discute, se pasea, se exhibe. Y él observa, calladamente. Deberá buscar una posada, o alquilar una habitación para dormir. Sigue la ruta y cruza el río Arno por el puente. Ya lo llaman Vecchio pero él lo ve nuevo. Orfebres que trabajan la joyería más exquisita del mundo dominan las tiendas situadas sobre el río. Cualquiera piedra preciosa se puede comprar, aunque lo que más abunda es el coral rojo del Mediterráneo. Sigue su ruta hacia el centro. Por el camino siente sed, entra en una taberna y pide una jarra de vino. Bebe tranquilamente y mira a su alrededor. Todo el mundo parece tener prisa. Él no, bebe y suspira. Pronto llegará la noche. Sale de la taberna y continúa su búsqueda. Después encuentra una posada y alquila una habitación. La primera noche ha llegado, y con ella el deseo de tener una mujer. Va de taberna en taberna, de calle en calle hasta que al fin, en la plaza de la comuna ve a una joven, bella, alta y rubia. No es italiana. Seguro. Se dirige hacia ella y empiezan a hablar. Ozones la corteja, delicadamente. Luego dan un paseo.

Gertrud está en la plaza con unas amigas charlando animadamente. Es un

momento de tranquilidad, de calma tras un día tempestuoso y agitado de trabajo en el palacio de don Marcelo Castiglione, un rico mercader tratante de especias que la tiene contratada como ayudante de cocina y mujer de limpieza. Gertrud huyó de su Baviera natal empujada por una severa crisis. Abandonó su hogar materno para ir hasta Italia en busca de una vida mejor. Su hermano mayor y su madre quedaron atrás, cultivando un pequeño terreno que apenas los puede mantener. Y esa fue una excusa maravillosa para poder cumplir el sueño de toda su vida. Siempre soñó con viajes lejanos, con ver nuevas tierras y nuevas gentes. Quería conocer el mundo en su totalidad, contemplar las bellezas de las urbes más famosas de la cristiandad. Llegó la primavera y partió dejándolo todo atrás. Sin remordimientos, pero con añoranza. Salió con destino a Venecia y pudo compartir camino con un pequeño grupo que tenía la misma intención. Alemania se estaba vaciando, todo el mundo partía hacia nuevos horizontes. Y ella era una de esas personas. Cuando esa compañía estaba cruzando el paso de Salustio, ya en el mismo Veneto, una cuadrilla de bandoleros italianos los asaltó. Les robaron todo lo que llevaban, todas sus pertenencias, incluso la ropa. Los asaltantes les dejaron en cueros y después, tras atar a los hombres, violaron a todas las mujeres. Afortunadamente a escasas dos leguas había una población relativamente grande, donde fueron atendidos por las autoridades y por el convento de San Francisco, que les proporcionó ropa y comida.

Gertrud nunca olvidará aquellos trágicos momentos, la vida en los caminos no era como ella esperaba y aún siente en su piel el olor fétido de aquellos dos energúmenos que babeaban sobre su cuerpo al tiempo que la embestían repetidamente. Por eso intenta olvidar.

De repente un joven alto y apuesto, de cabello largo, se acerca hasta ella.

—Señorita, permítame decirle que jamás había contemplado semejante belleza. Si no es demasiado atrevimiento me gustaría invitarla a un paseo y a un trago de vino.

Se llama Gertrud Hollenbroad, es de Baviera, en el Imperio. Ozones la deja hablar, primero de la ciudad, de sus encantos, de sus rincones preferidos. Luego llega la nostalgia, explica qué dejó atrás, cómo añora a su familia, a las montañas que la vieron crecer, a sus frondosos bosques, oscuros y negros. Al fin acaban en la casa que la joven tiene alquilada. Ella le invita a beber. Bailan sin música. Se besan. La joven claudica a los encantos de Ozones y

este la toma en distintas posturas, en varios lugares. Luego, para acabar, le come el sexo, tranquilamente, sin prisa, la hace desvariar, casi pierde el sentido. Es el inicio de un romance que durará el tiempo que esté en la ciudad. Al día siguiente deja la posada donde tenía alquilada la habitación y se traslada con Gertrud. Allí podrá descansar y leer tranquilamente. Dos días después, recuperado del viaje y de la pasión de su joven amante, Ozones se dirige a la dirección que ha grabado en su mente. Busca un maestro que lo guíe. Un famoso maestro.

Palestra y Fiorentino trabaron amistad cuando estudiaban los secretos del universo con su maestro Galileo, al que ayudaron a construir un telescopio para vislumbrar la verdadera materia estelar. Observaron la Luna detenidamente, para llegar a la conclusión de que los planetas no eran, ni de lejos, esferas perfectas. No obstante, la gran verdad que Palestra descubrió fue que mucho más allá de lo que ven los ojos de los mortales existían numerosos cuerpos, planetas semejantes al nuestro, aunque de configuraciones distintas. Los había acuosos, formados completamente por agua; gaseosos; ígneos y terrestres. Todos mundos diferentes, unos vivos, otros muertos. Pero mundos al fin y al cabo.

Ozones llama a la puerta de un pequeño palacio florentino. Un hombre mayor le abre.

—¿Qué desea?

—Buscaba a miser Palestra, astrólogo.

—¿De parte de quién?

—Me llamo Ozones y tengo una carta para él —afirma mientras se saca un sobre del interior de la chaqueta y se lo entrega.

—Pasa, ha hallado lo que busca. El hombre lee atentamente la misiva. Vaya, veo que vienes muy bien recomendado. ¿De verdad quiere estudiar? ¿De verdad quieres aprender a conocer secretos que no te enseñarán en Pavía? La carta de mi amigo Giovanni habla muy bien de ti. Cuéntame qué hace el viejo Fiorentino. ¿Cómo se respira en Livorno? Pero sobre todo, cuéntame cosas de tu tierra.

Ozones le explica lo ocurrido en Livorno, su relación con el maestro, las largas tertulias, las letras del rabí, lo que se cuenta en las tabernas de la ciudad. Le descubre partes de su Mallorca natal, pormenores geográficos de su isla, de sus encantos y de sus miserias, y le relaciona los principales

personajes de la política insular. Cuando termina el relato ya es muy tarde, toman otra copa de vino y se despiden hasta el día siguiente.

—¿Dónde te alojas Antonio?

—De momento estoy con una amiga que conocí. Una bávara llamada Gertrud. No sé cómo se llama la calle, pero junto a la esquina hay una pequeña plaza que venden verduras.

—Debe ser la calle del Sol. Es una zona tranquila. Bueno ven mañana por la tarde y empezaremos con algunas lecturas.

—Gracias por todo maestro. Hasta mañana.

Cuando Ozones se va y gira la esquina, Palestra se dirige a la casa que está frente a la suya. Llama y sale un joven moreno, bajito, picado de viruelas.

—Hola Mario. ¿Podrías hacerme un pequeño favor?

—Por supuesto maestro.

—Tú eres un hombre sigiloso y discreto. Acaba de doblar la esquina un joven extranjero que se dirige a la calle del Sol. Síguelo e infórmame de todos sus movimientos, sobre todo si se ha puesto en contacto con alguna autoridad o visitado alguna iglesia.

—Délo por hecho. Voy tras él.

Palestra queda solo, ante su portal, pensativo, intranquilo.

Al día siguiente, Mario le informa.

—El joven al que seguí es un extranjero, nadie sabe nada de él, nadie le conoce. Vive en una pequeña casa con una chica que trabaja para el mercader Castiglione. No tiene más amistades, ni ha visitado a persona alguna, solo ha acudido a varias tabernas.

—Muchas gracias Mario.

Al día siguiente Ozones regresa a la casa del que será su nuevo maestro.

Entra en el viejo caserón florentino que noches atrás conoció levemente. Ahora penetra en los rincones más íntimos del mismo. Es una casa amplia. La entrada está presidida por un pequeño recibidor, rectangular, ornamentado con cuadros de santos y apóstoles. Después se abre un gran comedor, también repleto de diversas pinturas, la mayoría de temática religiosa. Ya se sabe, la apariencia lo es todo. La vertiente izquierda está ocupada por alcobas. Frente al comedor, donde la pasada noche estuvieron bebiendo, una escalera conduce a los pisos superiores. Palestra le indica que suba tras él. Entonces de repente vislumbra una enorme y variada biblioteca. Extensa, repleta de volúmenes. En el centro de la sala hay una gran mesa de madera, muy envejecida, y sobre ella

se apilan docenas y docenas de libros. Mira algunos títulos, algunos autores que están dentro del alcance de su vista. Galileo. Ha oído hablar de él y de sus teorías; Frenético, el sajón, el que afirmaba que el alma pesa y que lo verificó midiendo las onzas de una persona antes y después de fallecer; Van Horn, el sabio que quemaron en Westfalia por brujo después de encontrarlo abriendo cadáveres pues estaba empeñado en conocer la constitución humana; Rogelio, que defendió la teoría de los ángeles, mostrándolos como hombres de carne y hueso, aunque perdió por completo la cabeza cuando afirmó que venían de la Luna; El “Apocalipsis”, de Joaquín de Fiore, el que negaba la propiedad privada, el corpus ideológico de los anabaptistas alemanes; Ibn Hamut, y su “De Umbra”, una obra condenada por todas las religiones pues exploraba la geografía infernal; un volumen, un manuscrito sin título pero con un nombre que lo dice todo, un nombre peligroso para tener así a la vista: Giordano Bruno... Se sientan y Palestra interroga de nuevo a Ozones.

—¿Seguro que quieres estudiar, aprender cosas realmente nuevas, maravillarte con la Naturaleza y todo lo que brinda al hombre?

—Sí, sí, por supuesto. De nada he estado tan seguro en esta vida como de la necesidad de aprender todos y cada uno de los secretos del universo entero.

Palestra se dirige a un estante. Coge un libro y lo retira. Después Ozones ve como oculto tras el primero hay otro. El maestro lo saca, es un manuscrito.

—Toma. Lee, aquí. Todas las preguntas que tengas me las haces. Discutiremos a medida que vayas progresando, aprenderás más en un semana que en diez años en una universidad.

Ozones coge el manuscrito, “Natura e Astrologia”, en italiano. Abre el libro por el primer capítulo que parece prometedor “La anatomía del alma y el universo”. Se sienta y empieza a leer. Página tras página. De tanto en tanto alza la vista, medita y continua, “por los satélites de Júpiter y Saturno que se han descubierto recientemente cabe concluir que no son solo siete los planetas existentes, hay numerosas, tantos como Astros colocados en los Cielos Planetarios”, muchas más que las arenas de los desiertos.

Las mañanas se las pasa leyendo secretos inescrutables, grandes incógnitas del cuerpo humano y de su relación con las estrellas, por las noches la juerga desenfrenada y el sexo es lo que marcan su vida en Florencia. Gertrud lo lleva de taberna en taberna, por los rincones más olvidados de la ciudad. Y una noche, en que no ha faltado el vino, Gerturd le lanza la pregunta.

—¿Has probado las flores malignas?

—No, nunca las he probado pero sí que he leído sobre ellas. Incluso tengo un amigo que me recomendó que las utilizase para percibir nuevas realidades.

—Hoy las probaremos. Sígueme —ordena Gertrud.

Se lo lleva a otro lugar. A otra taberna, más oculta, no tan transitada por viajeros y saltimbanquis. Allí no solo beben vino, sino que compran una pequeña dosis de un líquido espeso, fabricado con polvo de semillas de belladona. La planta de las mujeres. Ríen, bailan y se besan. En el fondo una mujer los mira atentamente. No los pierde de vista. En un momento dado va hacia ellos y besa a Ozones descaradamente, sin pudor alguno.

Jerónima Valdivieso huyó de su pueblo natal al quedar huérfana. Sus padres murieron, al igual que muchos de sus vecinos, víctimas de las fiebres que asolaron su comarca. El pueblo del Pirineo navarro donde residían quedó prácticamente desierto, sin apenas alma alguna. Careciendo de cualquier posibilidad de supervivencia no tuvo más remedio que dirigirse a la ciudad y vender su cuerpo para poder comer, como otras miles de mujeres de esa España depresiva y melancólica. El país vivía una de las épocas más difíciles de su historia, con un rey enfermo y triste al que habían hechizado con cerebro de ahorcado. Tan dramática era la situación que en muchas zonas las monedas habían desaparecido por completo y las gentes utilizaban el trueque para vender y comprar. Así empezó su nueva vida. Estuvo en Pamplona, luego partió hacia Aragón donde pudo ver la extrema pobreza que reinaba en Zaragoza. Y la situación en Barcelona no era mucho mejor. Desde allí se trasladó a la costa francesa e italiana, hasta que llegó a Florencia. Allí comenzó a trabajar en las tabernas. La invitaban a una copa de vino y luego, por una moneda, se dejaba montar por el cliente.

Jerónima está sola en una taberna cualquiera, esperando que alguien le llame. Pero no es un buen día. De repente los ve. Una rubia escultural junto a un joven muy apuesto. Están bailando y bebiendo un líquido extraño. Los observa a distancia un largo rato. Bailan y sus movimientos desenfadados provocan que tiemble de deseo. Esa melena rubia y esos pechos que dan saltos la cautivan. Coge el valor suficiente y se dirige hacia ellos. Primero se acerca a él y le besa, luego se gira y besa a la mujer. Después recorre su cuello con lujuria, excitándola.

De repente están los tres bailando, como posesos. Pero no es un baile, son saltos primitivos, sin sentido. Un par de horas más tarde salen del local y

se marchan, tambaleantes, a casa. Abren la puerta y se desvisten a medida que suben las escaleras y se dirigen a la alcoba. Cuando llegan a la cama ya están desnudos. Ozones acaricia los pechos de las dos mujeres, a la vez. Gertrud se tumba por completo, con las piernas abiertas, ofreciendo todo su sexo a quién quiera. Jerónima empieza a comérselo, al tiempo que Gertrud se muerde los labios y suspira de placer. Ozones, mientras tanto, se sitúa detrás de la joven navarra y la penetra, con violencia, apresuradamente. Una vez, y otra. La joven se contorsiona. Le gusta. Pero Ozones no termina aquí. La toma por detrás. Continúan en ese estado durante toda la noche y buena parte de la mañana. Ha sido cautivador. Al mediodía hay mesa para tres.

Ozones continúa visitando a miser Palestra, aprendiendo, adquiriendo nuevos conocimientos, interrogándole sobre alguna cuestión que no acaba de entender.

—¿Qué es el alma?

—El alma, querido aprendiz, es energía pura. El cuerpo humano vive de esa misma energía. Cuando esta mengua, lo alimentas y te revitalizas. Pero es limitada, con el paso del tiempo disminuye y cuando se agota feneces. Mueres.

—¿Hay alguna forma para recuperarla, para evitar que se diluya del todo?

—Solo una. Antes de que tu alma se funda con el Universo debes guiarla a otro cuerpo. Para ello debes utilizar las Letras del Poder e inscribirlas en el Círculo Divino. Ya sabes a qué me refiero, tu alma transitará y con ella pasarán los recuerdos, la memoria, los deseos, las pesadillas que hubieras tenido a lo largo de toda tu vida. Y entonces será la vida eterna. Aunque hay pocos que se han atrevido a hacerlo. Aquel al que los romanos llamaron el galileo, ayudado por sus doce discípulos, fue uno de ellos. Pero cuando llegas a una determinada edad, cuando tus amigos, hijos y conocidos han muerto, entonces no deseas vivir más, simplemente deseas reunirte con ellos, acabar de una vez por todas.

—¿Y el universo, de verdad es infinito?

—Es infinito, como el deseo humano que nunca languidece. Más allá de cualquier meta razonable, más allá de todo lo conocido, de todo lo asimilable por la mente, aún más allá, el universo continúa, en movimiento constante.

—¿Qué relación existe entre el universo y el hombre?

—Son uno solo. Te explico. El hombre está compuesto por órganos vitales, por átomos como afirmaba el viejo Demócrito. Pues bien. Nosotros

habitamos un universo infinito, inacabable. Los átomos que se unen en una danza frenética crean la energía básica del hombre. Estos átomos, querido alumno, también son universos plagados de estrellas, planetas, hombres y mujeres que aman y mueren, procrean y sufren. A su vez, cada uno de estos hombres y mujeres está compuesto de átomos, que también son universos repletos de seres. Y así infinitamente. En definitiva, el ser del hombre contiene infinitos universos que a la vez contienen otros hombres.

—¿Y Dios? ¿Y los ángeles?

—Bueno, a priori no tiene nada que ver una cosa con la otra, salvo el principio mismo de la creación que, como bien te han enseñado, fue una gran colisión de lo que surgió todo. Surgió el primer ángel y el primer demonio y con ellos los primeros átomos. Y poco a poco la creación se expandió infinitamente. Y continuará eternamente, en un viaje sin fin.

—¿Entonces... el Juicio Final?

—Ah, joven principiante. ¡El Juicio Final! El Juicio Final es una historia para idiotas fomentada por algún cardenal mariquita o por personas dependientes de la dosis diaria de láudano, como el viejo Joaquín de Fiore. No habrá jamás un último día para todos los universos juntos. El último día es individual, uno a uno, carne prieta tras carne prieta. El Apocalipsis es una historia de rebeldes campesinos que no creían en la propiedad privada y necesitaban un discurso para acabar con ella. Lo demás son pamplinas para mentecatos.

—Pero... ¿No hay una contradicción entre ese universo infinito y la nimiedad y finitud de los átomos?

—No, amigo, si lo miras en su conjunto. Y es el Todo el que siempre prevalece. Nunca lo olvides.

Ozones continua leyendo. Termina el manuscrito y hace una pregunta que parece trivial ¿Tienes algún libro sobre la utilización de las plantas, sobre alquimia?

—Sí, por supuesto. Uno básico que además fue escrito por una mujer, una veneciana llamada Isabelle Cortese. Un momento que ahora te lo bajo.

Segundos después Ozones tiene en sus manos “Secretos de Alquimia”. Sabe que necesita. La utilización de hierbas y sus recursos. Ya ha aprendido lo que su alma demandaba, ahora toca satisfacer los deseos del cuerpo. Busca entre las páginas. Utilización de hierbas y flores. Luego lee el secreto de aquella flor que probó, la Belladona. Pero encuentra otras más importantes, mucho mejores, como el beleño y la datura. Memoriza sus efectos, sus

pociones, sus proporciones, sus dosis justas, sus contraindicaciones. Aprende deprisa. Aprende sobre como cocinar las otras, cómo secar el espiro, cómo trabajar las hojas del estramonio, cómo utilizar el nardo.

—Maestro, tengo una última pregunta. Alguien en Roma me comentó que en su día existió un libro, el gran libro de todos los misterios, el libro de “Thot”. ¿Qué hay de cierto en ello?

—En su momento existió. Una verdadera enciclopedia de todos los saberes antiguos, desde la antigua Babilonia a los secretos insondables de los faraones de Egipto. Pero se perdió, o alguien hizo que se perdiera entre las llamas. Ya no queda vestigio alguno.

—¿Nadie lo recuperó jamás?

—No, nadie. Bueno, alguien dijo que lo había hecho, y entonces apareció la obra “Compendium Hermeticum”, que se puede consultar en algunas viejas bibliotecas de conventos olvidados de la mano de Dios, y sobre todo de la Inquisición romana. Pero no es lo mismo, ni mucho menos. El “Compendium” quiere ser algo que en el fondo no es.

—¿Y existe alguna obra, una que sea una alternativa aunque sea parcial del saber perdido?

—Cierto, existe una. Están los escritos del viejo Salomón. El viejo monarca relató la sabiduría divina con que estuvo investido por los mismos arcanos para que no se perdiera de la memoria de los hombres. Su obra se denomina las “Llaves”, traducida incorrectamente por algunos autores como “Clavículas”. No obstante, cabe remarcar que hay un pequeño problema. Existen dos versiones, la íntegra, la original, la cabalística, pura entre las puras, que pocos mortales han podido leer y mucho menos utilizar; y la adulterada, que pasó de mano en mano y todo el mundo añadió algo, ideas, novedades. Cambiaron sentidos, introdujeron nuevos escritos, nuevas religiones, nuevas filosofías. Al final ese volumen está tan machacado que no es ni la sombra del original. Por cierto, es muy famoso en Italia y circulan muchos ejemplares.

Después maestro y aprendiz quedan charlando sobre temas diversos, sobre personas que conocieron, paisajes que percibieron, luces y sombras que aterrizaron en su vida.

Al anochecer Ozones se despide del maestro. Quedará aún unos cuantos días en Florencia pero debe seguir su camino. Se abrazan, entre maestro y discípulo ha nacido una buena amistad.

—Quizás nos volvamos a ver —afirma Ozones.

—Quizás —responde Palestra—, si no es en este mundo será en otro tal vez mejor. Tenlo por seguro.

Ozones llega a casa. Llama y del piso superior lo invitan a subir. Cuando llega arriba encuentra a las dos mujeres en la cama, desnudas. Acabamos de follar. ¿Te unes a nosotras? Ozones no se lo piensa, se quita la ropa y da un salto para subir a la cama, quedando en medio de ambas. Se deja hacer, las mujeres lo acarician hasta que su miembro está erecto. Grande. Voluminoso. Luego lo empiezan a sorber, las dos. Se van alternando. Lo hacen sufrir pues se lo comen poco a poco, lentamente, muy lentamente.

—Hoy probaremos algo nuevo. Una flor. Beleño.

—¿Acaso no es una planta venenosa?

—Bueno, según la dosis mata. Según la dosis abre ventanas a otros mundos, a parajes de ensueño.

Van a por ella. Cuando la tienen regresan a su casa y Ozones empieza a preparar una infusión con fragmentos de una flor. Es algo muy potente y tiene que ir poco a poco, pues es la primera vez que la prueba. Beben los tres. De repente el mundo donde están empieza a cambiar. Los colores y los olores se hacen más intensos. Vislumbran mundos desaparecidos, animales con cuerpos extraños parecen salir de las paredes. Estrellas lejanas se acercan y brillan con una nitidez nunca vista, con unos colores impresionantes. Ven nubes de polvo estelar, de colores donde prima el marrón y del que surgen nuevos soles. Tienen la sensación de que flotan en el espacio, entre mundos. Ríen sin parar. Luego, suavemente, se duermen.

Ozones queda en Florencia un par de días más. Sabe que debe partir. Jerónima también partirá. Incluso Gertrud un día buscará nuevos lugares. Se despiden con un día completo de sexo y beleño. Al día siguiente parte mientras las mujeres aún duermen. Mejor así, detesta los adioses.

8
Pavía, 1672

Ozones ha realizado un largo camino, interminable por las numerosas paradas que ha efectuado. Ha visitado el dinámico puerto de Livorno, conocido en su tierra por Liorna. Ha visto como algunos conversos mallorquines tornaban a abrazar la fe mosaica en esa ciudad portuaria tan libre y permisiva. Ha podido ver las múltiples naves que desembarcan mercancías de todo tipo y condición. Pero lo que más entusiasmo le provocó no fue Livorno, sino Firenze, donde se sintió tan pequeño, tan insignificante. Los restos de un pasado glorioso, que ya no volverá, se dejan ver por todas sus calles, en sus puentes, en sus palacios, en sus estatuas. Es el grito silencioso del pasado. El aullido del ayer que se resiste al olvido. Y cuando ve Florencia sabe que el Tiempo es inmisericorde para todos. Para los Medici, pero también para él. El tiempo todo lo corroe, lo desmenuza hasta que no queda nada, ni nadie. Y con el paso de los años también mueren los recuerdos, las memorias de los que han desaparecido. Los vivos, llega un momento, en que ya no recuerdan a los muertos. La memoria de los difuntos es como una huella en la arena de la playa, solo dura unos instantes, hasta que las olas del mar la borran. Y no queda nada. Ni nadie que recuerde que algún día, allí, en esa fina arena, pasó un amante, un niño, un padre, un viejo... Es el destino del hombre. Y no hay resurrección que valga, salvo el uso del secreto mejor guardado, y que él ya conoce.

Cuando salió de Florencia conoció a una compañía de soldados alemanes que se dirigían a Pavía para servir a las órdenes del rey de España. La amistad fue surgiendo a lo largo del camino. Cuando llegaron a la ciudad tuvieron la suerte de estar alojados en un mismo lugar, en su castillo. Allí Ozones volvió a encontrarse con viejos conocidos, con Domingo Sierra, un compañero de hábito. En la fortaleza, además, se reúne con algunos compatriotas del reino de Mallorca. Dos menorquines, Juan y Alfonso Pons, estudiantes de teología, y Antonio Vallespir, mallorquín, estudiante de medicina. Después de registrarse se le otorga un camastro en el cuarto ocupado por Sierra y los otros. Es una habitación sin personalidad, de gruesos muros, y con una ventana muy pequeña por la que apenas se filtra la luz. Las paredes están encaladas, de un blanco envejecido. La fortificación es vieja pero aún sirve para vigilar el camino del Puente Cubierto que cubre el río y une las dos mitades de la urbe.

Sus primeros días en la ciudad siguen la misma dinámica que ha

mantenido a lo largo de su viaje. Conoce la geografía de sus calles, el jolgorio de sus plazas y sus mercados, el vino y las putas de sus tabernas. Pero ahora sabe muchas más cosas que antaño. Ahora conoce secretos oscuros, las dosis de hierbas mágicas, los recursos de viejos hechiceros olvidados, el nombre de ángeles ocultos, de dioses primigenios, la mecánica de la transición a esferas inconmensurables. Ahora puede sobrevivir mucho mejor, pero sobre todo, divertirse como nunca antes lo había hecho. De tarde en tarde algunos recuerdos le sacuden la memoria como tañidos de campanas lejanas. Amigos y maestros lejanos, amantes lujuriosas y pecaminosas. ¿Qué harán Gertrud y Jerónima? En fin, el hoy es hoy, el ayer ya ha pasado, y mañana está por venir. Dios concederá buena fortuna a aquellos que la buscan. Y él siempre la está persiguiendo. Las tabernas de Pavía son como todas las de las otras ciudades que ha visitado. Buen vino, alegría infinita, bailes y canciones para pasar la noche de una forma más agradable. Y mujeres. Muchas mujeres.

Los días pasan, estudiando, discutiendo con compañeros algunos pormenores de viejas ediciones de Sumas Teológicas, de conceptos equívocos, o cuando menos contradictorios, de grandes afirmaciones que se sostienen inmunes a pesar del paso del tiempo, de dogmas de fe reconvertidos en burdas falacias de borrachos empedernidos. En fin. Teología en estado puro en una universidad católica al gusto de la moda de la época. Aunque más allá de los muros de aquel templo del conocimiento sabe que se esconden otros aprendizajes, otras enseñanzas, otros mundos y universos plagados de gentes, de infinitos, de colores vivos, de nubes creadoras de estrellas, de estallidos de luz multicolor. Pero no lo puede divulgar. Sería un suicidio. En la sala de la biblioteca de la universidad ha podido contemplar otras obras que le acercan más al puro entendimiento. Ha visto los dibujos del cuerpo humano realizados por Marcoantonio della Torre, profesor que fue de esa casa y cuyo busto preside el pasillo principal. Consultó la gran obra ejecutada por d'Acquapendente y sus diáfanas enseñanzas sobre el hombre y sus órganos. Aunque también, junto con sus amigos, han pasado el tiempo divirtiéndose y riéndose del mundo y sus circunstancias. Uno de ellos, mallorquín también, Vallespir, pudo comprar en una librería un viejo volumen catalán, el "Speculum al foder", un verdadero tratado sobre la necesidad de follar continuamente. El autor justifica plenamente que si una persona joven, como ellos mismos, no practica el sexo al menos una vez al día su simiente hace que se congreguen vapores en la cabeza, la cual tiene la tendencia a aumentar de peso y tamaño, lo que motiva la pérdida de apetito y el incremento de la

temperatura corporal. Proceso este que, si no se soluciona, puede empeorar hasta ocasionar la muerte del afectado. Alguien concluye con un discurso lógico.

—Es una prueba científica de que Dios quiere que follemos, a diario. Ir contra este dictamen es pecar. No podemos enfrentarnos a la natura ni a la voluntad del todopoderoso.

—Hereje —les responden sus compañeros entre risas.

Discuten sobre la obra, quizás una copia parcial de los escritos de Constantino el Africano concretamente el “Liber de coitu”. Aunque lo más curioso, el debate más acalorado, es sobre el deseo irrefrenable que sienten las mujeres. Discuten sobre la posibilidad de que el libro invente historias y hechos. Como el que afirma que algunas mujeres tienen tal calentura que les lleva, como bien indica el autor, a fabricar vergas de cuero rellenas de algodón para dar cumplimiento a su insatisfecha lujuria. Para unos esto no es creíble, para otros es el reflejo de lo verdaderamente importante que es el placer para el equilibrio mental de las personas. Pero hay cosas que no se pueden debatir, ni siquiera teorizar. Se tienen que catar, experimentar. Vallespir alude a que hay un prostíbulo en la calle del Corso, junto a la iglesia de San Michelle, a cien metros del río. Al parecer hay un grupo de señoras francesas dispuestas a cualquier cosa, pero se han especializado en sorber miembros con una pasión infinita. Van allí. Antes que desaparezcan en las sombras del tiempo y del olvido.

—No solo son perfectas en sus quehaceres de damas perdidas, su precio es una verdadera bicoca —añade Vallespir. Ozones le responde con una pregunta.

—Ahora que estamos en el Milanésado, ¿sabes cómo se originó esta frase de “es una bicoca”?

—No, la verdad.

—Hace más de cien años un puñado de arcabuceros de los tercios españoles se enfrentaron muy cerca de aquí, en un lugar llamado Bicoca, a más de diez mil mercenarios suizos, piqueros, que cargaron contra las posesiones defensivas que los españoles tenían en una colina. Les dispararon continuamente de tal forma que los piqueros fueron cayendo uno tras otro, hasta que se retiraron sin apenas haberse acercado lo más mínimo al tercio. Murió la mitad de suizos y ningún español. De ahí surgió la idea de Bicoca. Algo que es muy fácil conseguir.

En la puerta del prostíbulo hallan un par de jovencitas, de apenas quince

años. Se les ofrecen. Os la chupamos por un real. Alguien se lo recrimina. No hagáis caso son chiquillas. Pero algunos quedan con ellas, en la misma puerta. Allí mismo, sin contemplaciones, sin rituales. Pago realizado, servicio ejecutado. Ozones mueve la cabeza de un lado a otro. Aquello no es lo que esperaba. Bueno. Mirará dentro. Y dentro sí que halla lo que buscaba. Y va con ellas.

Los días pasan, uno tras otro. El estudio continua y las juergas y saraos también. Ozones sigue con su cotidianeidad. Alternando teología con sexo, plantas con el saber antiguo. De tanto en tanto tiene que batirse con algún desvergonzado que pone en duda la hombría de los estudiantes de Teología. Ellos verán, desde Roma es un ensalmado. Nadie le puede causar el mínimo daño. Está a salvo de cualquier herida, de cualquier incidente.

Una mañana la tranquilidad cambia. Alguien entra corriendo en el aula. El conde d'Avenino quiere colgar una bruja en la plaza de la comuna. Todos abandonan los estudios pese a la inútil protesta de los doctores allí presentes. La muerte de una persona es una tragedia, aunque sea una bruja. Nadie hace caso y todos salen corriendo hasta que llegan a la plaza. Hay mucha expectación. Una compañía, de unos doce soldados suizos conduce a una mujer a empujones. Se acercan a un árbol y pasan una cuerda por una de sus ramas, la más gruesa. Luego acercan a la mujer hasta el tronco. Todo el mundo está en silencio. Algunos creen en brujas, pero no dicen nada por temor a una maldición. Otros sienten pena. Las brujas son cuentos para niños. No existen. ¿Qué habrá hecho realmente esta pobre mujer? Los soldados ríen. Alguno se acerca a ella y le dice que su vida va acabar. Jamás podrás criar hijos. Jamás volverás a ver el sol. La joven, de unos veinte años llora. Está desprotegida. Su único pecado fue el de resistirse a la violación del conde y arañarle la cara. Un soldado se acerca a ella, le rompe el vestido, la desnuda completamente. Es la vergüenza pública de una bruja y ramera. Después coloca la cuerda en su cuello. Da la orden. Dos soldados tiran de ella, hasta que la mujer queda suspendida. Pataleando. Son los últimos movimientos de la vida. Al cabo de unos minutos está inmóvil. Todo ha acabado. Los mercenarios atan el extremo de la cuerda al árbol y dejan a la mujer colgando. Avisan. Que nadie toque el cuerpo hasta que se pudra. Y se van. Todos hacen caso. No quieren seguir el mismo camino. El espectáculo ha acabado. El público, atemorizado, retorna silenciosamente a sus quehaceres diarios. Ozones piensa. Medita sobre las actividades y enseñanzas que ha aprendido y sobre lo que le puede pasar. Tendrá que extremar las precauciones. Junto a él

camina un compañero de estudios, de Colonia, en Alemania, un hombre pequeñito, enjuto, de cabello negro y rizado.

—Compañero, no te aflijas. Esto no es nada comparado con lo que está pasando en toda Alemania. Día y noche queman mujeres, por todos los lugares. Los católicos los que menos, pero los luteranos y calvinistas ya han acabado con más de cien mil brujas. Y el trabajo parece no tener fin. Yo he visto quemar a madre e hijas, a doncellas, criadas, esposas de mercaderes, campesinas... todas ellas quedaron reducidas a cenizas. La brujería muy a menudo se esconde detrás de la belleza femenina. Un viejo dominico me lo confirmó en una ocasión. Belcebú elige las doncellas más bellas para que sean sus servidoras.

—Incierto, compañero, incierto —responde Ozones—. Es una proposición ilógica, propia de luteranos. Dios creó el mundo, en todo su esplendor y en toda su belleza. La voluntad de Dios está en la belleza.

9
Pavía, 1672

Ozones está sentado en una taberna, frente a él algunos compañeros de juergas y saraos de aquella Pavía tan ensimismada en su vida universitaria dan cumplida cuenta de varias jarras de vino. Pero aquella reunión dista mucho de estar vinculada a los estudios. Ni mucho menos. Los congregados andan flacos de monedas, y ahora tienen una posibilidad. Se ha iniciado una leva voluntaria, buscan mercenarios para combatir a los franceses. Se cuenta que el ejército galo que ha invadido Lorena no se contenta con ese territorio. El rey Luis busca más y ha puesto de nuevo sus ojos en Italia. Al parecer los rumores apuntan a que ha enviado un ejército a la pequeña ciudad de Chiavenna, en la Valtelina, al norte del lago Como y pretende invadir todo el Milanesado para continuar luego hacia el sur. Les han ofrecido una buena paga y algo inusual. Si se inscriben les entregarán algunas armas, entre ellas varias pistolas, aunque cuando todo acabe tendrán que devolverlas. Eso sí, espadas, dagas, puñales y demás equipamiento, incluido sombreros, ropa y comida, van a cuenta de los enrolados. Discuten las posibilidades que tienen. Montarán un fondo común para alimentarse, y algo pillarán sobre el terreno. Dios aprieta pero no ahoga. La paga es buena, la experiencia mucho mejor. Hay que parar los pies a los franceses o se enseñorearán de todo el mundo. Los hombres sellan el pacto. Se levantan y brindan. ¡Por la gloria! ¡Por los tercios de España!

Salen de la taberna y caminan hacia el Castello Visconteo, que se ha convertido en el centro de reclutamiento. Caminan por las viejas plazuelas y callejas en silencio hasta que a lo lejos ven la torre. Cada vez se acercan más y cuando llegan pueden percibir como casi un millar de hombres se están congregando debajo de los muros. Algunos están tumbados, aguardando que los llamen y que la marcha se inicie, y esperan que sea lo más pronto posible. Están ansiosos, tienen ganas de luchar, de matar. Unos afilan sus puñales, otros van de aquí para allá, hablando con sus compañeros de armas, imaginando futuros que nunca llegarán, deseando mujeres que nunca tendrán, soñando con quimeras irrealizables, con delitos inconfesables. Luego ven una mesa donde se hallan tres hombres sentados, uno de ellos es un escribano que toma los datos a los que se apuntan. El segundo hace entrega de algún material, el último, el del centro, parece que es el más importante, puesto que es el que hace las preguntas. Hay una pequeña cola de unos cinco hombres. Pronto les tocará el turno a ellos. Pasan unos minutos. Es ahora o nunca. La gloria llama.

—¿Nombre?

—Antonio, de Mallorca.

—¿Oficio?

—Estudiante.

—Pon tu firma o signo debajo de este papel.

Ozones firma un pequeño documento. No lo lee. Sabe lo que pone. Se compromete con el rey para la campaña de la Valtelina y defender Italia. Si deserta lo colgarán del primer árbol que encuentren. A cambio recibirá una buena soldada y unas cuantas armas. La comida, en cambio, por su cuenta y riesgo. Acepta, lo tiene claro. La gloria es eterna, el hambre liviano y pasajero. Dios no los dejará en la estacada, Dios está con él.

Se le hace entrega de un peto, dos pistolas, una bolsa de pólvora y otra de bolas de plomo. Ozones se mete las pistolas en la cintura, y se cuelga las bolsas, una a cada lado del cuerpo. El peto lo devuelve, no lo necesita. Está ensalmado y es un protegido de los ángeles. Nadie le puede causar mal.

El reclutador lo mira asombrado. ¿Seguro?

—Sí, seguro.

Después espera que terminen sus compañeros. Cuando todos se han alistado se dirigen al lugar que les han asignado. Allí les recibe un furriel.

—Esta será su compañía. Estén atentos a la partida, so pena de ser declarados rebeldes y desertores. Aunque no está previsto que salgamos esta noche. Si lo desean pueden ir de putas. Follar los tranquilizará.

Aceptan el reto. Ozones y sus amigos se dirigen de nuevo a la ciudad. Saben que junto al río Ticino se pasean las mejores putas de toda Pavía. Irán hasta allí para celebrarlo y aprovechar el momento. Mientras caminan al encuentro de las mujeres uno de los compañeros de Ozones, Miguel Entuerto, castellano, cristiano viejo y estudiante de medicina, les cuenta algunas anécdotas de la ciudad, de sus gentes y de sus historias.

—Pavía, la famosa, la renombrada, aquí el César Carlos derrotó e hizo prisionero al rey francés. Se lo llevaron hasta la Corte y lo retuvieron como rehén. Cuentan que el franchute firmó las paces con el emperador pero luego se desdijo e incumplió, como un puñetero villano, lo prometido. En la batalla de Pavía se demostró la valentía propia de los tercios españoles, su coraje pero también la gran capacidad de fuego y rapidez que tenían. Pero lo más asombroso, la historia más increíble no fue la victoria en el último momento de una batalla que se daba por perdida. Sino la visita que hizo Da Vinci.

—¿El famoso Leonardo?

—Sí. El mismo.

—¿No era un sabio un poco trastornado? ¿Una especie de mago falto de luces?

—Sí, más o menos era así. Un poco de todo. Pues bien. Al parecer Da Vinci fue invitado por los Sforza para una serie de trabajos. Había dos versiones. La oficial, la que todo el mundo conocía, era que los Sforza habían contratado a Da Vinci para que realizara algunas obras, retratos básicamente. Pero luego existía otra versión, la secreta, la que solo la familia y los más allegados a los Sforza sabían. Habían contratado a Da Vinci por otra cuestión. Querían reforzar su armamento con nuevos inventos. Al parecer aquel maestro era un muy bueno en tales menesteres. Y Da Vinci fue a Milán. Las leyendas cuentan que creó una especie de monstruo metálico en cuyo interior un par de hombres manejaban un cañón que lanzaba fuego. Pero lo más llamativo era que no tenía caballos, desde dentro los hombres hacían que aquella cosa se moviera; también creó un carro recubierto de placas metálicas, tirado por caballos, y que portaba tres pequeños cañones a cada lado y otro detrás. El carro entraba en las líneas enemigas a galope tendido, pegando cañonazos por doquier. Era una de las armas más mortíferas que se inventaron en aquella época. Todo esto fue muy bien. Pero los Sforza querían algo más. Una arma espectacular. Definitiva. Da Vinci ofreció una gran idea. En Pavía residía un viejo artesano de la madera. Un carpintero, tal vez el mejor de Italia, que era un verdadero especialista en realizar uniones sin clavos, y en trabajar la materia de forma verdaderamente espectacular, perfecta. Entre los dos crearían algo maravilloso. Un pájaro para la guerra, conducido por un hombre. Los Sforza aceptaron la propuesta aunque no de una forma demasiado entusiasta. Preferían más cien cañones en tierra que uno volando. Da Vinci vino hasta Pavía y, después de rogar a todos los santos, y tras entregarle una bolsa con monedas de oro pudo convencer al carpintero para que le montase el artilugio que había diseñado. Las gentes contaron que era como un pájaro grande. Cuando estuvo acabado lo cubrieron con telas de lino. Lo sacaron de la ciudad y se dirigieron a un acantilado. Pero no fueron solos. Contrataron a un joven de apenas veinte años para que intentase tomar el vuelo. Nadie sabe como lo convencieron, pero lo cierto es que lo hizo. Fue una mala tarde. El pájaro no voló y el joven se despeñó y murió. Aquello levantó las iras de los vecinos de Pavía y desterraron a Da Vinci a pedradas. Y los Sforza, temiendo una rebelión, lo expulsaron.

Al fin llegan a su destino. Observan las ramerías que exhiben sus cuerpos medio desnudos. Ozones se dirige a una mujer rubia, alta, de pechos macizos,

casi visibles puesto que lleva un gran escote para llamar la atención de los clientes. Y, ciertamente, la llama mucho. Tras pactar el precio bajan unas pequeñas escaleras que conducen al río, ella se desabrocha la blusa, poco a poco. En unos instantes dos pechos robustos, erectos y grandes hacen aparición frente a los atónitos ojos de Ozones, que apenas puede creer lo que ve. Jamás había visto algo semejante. La mujer se levanta la falda y aparece un sexo negro, tremendamente poblado, y Ozones no puede resistirse. La toma allí mismo. Con frenesí. Con ansiedad. Casi desesperado. Su miembro necesita abrirse camino entre las piernas que le brinda aquella mujer. A los pocos minutos acaban. Ozones da unas monedas a la mujer, y tras reunirse con sus amigos retornan al campamento.

Al día siguiente, a media mañana, el tercio parte hacia el norte, hacia las afueras de Milán donde deberán reunirse con el resto del ejército. La ruta hasta su primer destino es breve, ambas ciudades están muy cerca una de la otra. Caminan lento, no tienen prisa. Al segundo día llegan a destino, donde se reagruparan. Partirán ese mismo día hacia Varese, una pequeña localidad situada al noroeste, enfilando el camino hacia Como y al gran lago que deberán bordear. Ya conocen su destino: San Cassiano, a pocas leguas al sur de Chiavenna, donde al parecer está acampado el ejército francés. Ya saben donde será la batalla. Allí mismo, en San Cassiano tronarán los cañones. En San Cassiano hallarán la gloria.

Al cabo de tres días de camino llegan a uno de sus primeros objetivos, Como. Una pequeña aldea, apenas poblada, situada al pie de una escarpada montaña en la ribera del lago del mismo nombre. Desde Como siguen hacia el norte bordeando el lago, pero no demasiado cerca, para evitar que los rodeen y quedar atrapados entre el agua y el enemigo. Pero lo suficientemente para que al atardecer cuando se instala el campamento y los hombres reposan algunos de ellos puedan llegar hasta sus orillas para pescar y poder alimentarse. Y la estrategia funciona. Andan tranquilos, pero no despreocupados, y por la noche tienen pescado fresco para cenar. Pero al quinto día ya están hartos. Querrían comer carne, pero esto no sucederá hasta que no arriben a su destino. Seis días después alcanzan las afueras de San Cassiano. Se esperaban algo más, una ciudad media, pero es un pueblo minúsculo. No encontrarán nada aquí. Solo las impresionantes montañas que se levantan a las espaldas de la villa, como si fueran vigilantes inmóviles, altas, desnudas, frías.

Se oye el sonido de una corneta. Los capitanes reúnen a sus hombres y los sitúan en lugares concretos. Luego desaparecen en una gran tienda que han montado. Allí platican, discuten la estrategia. Pasan las horas y de repente los velos que cubren la entrada de aquella casa de tela mal hecha se abre y emergen soldados satisfechos, listos para la lucha. Uno de ellos llama a unos individuos que están a unos cien metros, aguardando. Saben que esperan y saben que les dirán. Se oye la voz del general tronando. Que oteen todos los rincones, que exploren toda la comarca hasta Chiavenna. Deben localizar al ejército francés, saber dónde se encuentra, cuántos son. Han de averiguar si están en movimiento. Todo lo que puedan. Aquella compañía se levanta, cogen los caballos y parten raudos en busca del enemigo. Si están allí los encontrarán. Son los mejores.

Hace tiempo que ya no pescan, y la comida escasea. Si no la consiguen rápido van a tener problemas. Ozones y sus compañeros se adentran en un pequeño bosque, pero no hay suerte y no han podido cazar nada. Se tendrán que alimentar como las otras noches. Raíces, hierbas y algunos frutos secos que han podido conseguir de un pequeño encinar.

Las horas pasan despacio, las tardes se hacen eternas. Por las noches, en cambio, las canciones levantan el ánimo de los soldados. Son canciones de amor, de guerra, de lugares lejanos, de amantes abandonadas, de vino olvidado.

Ozones llama a sus amigos, deben tener una pequeña reunión, secreta. Tiene algo para ellos. El misterio flota en el aire. Se siente en la piel. Los hombres se acurrucan junto al fuego y Ozones saca tres pequeños papeles, escribe algo en ellos y los reparte a sus amigos. Lo leen. Despacio. En una cara una frase larga, rodeada con cruces “Angelis et Arcangelis ora pro nos”. En la otra, un texto más largo. “Dio Onnipotente, mi protegge dai nemici, mi impedisce di farti del male in nessun modo. San Gabriel, un soldato di Dio, guarda che nessuno può provocare me sbagliato. Stelle della notte, proteggere la mia strada, danno salute rinunciare a tutte le donne vogliono”. Después, debajo del texto Ozones dibuja un largo y estrecho rectángulo que divide en doce casillas, en donde alternan signos extraños y números. Tras este texto, breve, alguien hace un comentario.

—Ozones, tu italiano es más bien malo, aunque se entiende lo que quiere decir. Pero, ¿qué es esto? ¿Una oración?

—No, responde Ozones, es un viejo sortilegio que me enseñaron para

evitar males y obtener el amor de las mujeres. El que me lo enseñó me aseguró que estaremos a salvo de cualquier mal.

—¿No será esto brujería?

—Las brujas no existen. Decidme, ¿habéis visto alguna vez una mujer que vuele sobre una escoba? Las brujas son cuentos de vieja para asustar a jovencitos imberbes. No las hay. Pero hay otras fuerzas; las divinas y las humanas. El demonio siempre nos vigila, y con estos papeles los ángeles nos protegerán de todo y de todos. No lo dudéis. Escondedlo en un bolsillo y olvidaros de ellos.

La mayoría no cree lo que cuenta, pero tampoco les hará mal. Esconden el pequeño papel entre sus ropas y se olvidan del mismo.

El ejército aguarda. Al cuarto día empiezan a llegar los primeros jinetes, los exploradores. A medida que van llegando penetran en la tienda e informan a los capitanes.

Poco a poco corre la noticia por todo el campamento. No hay franceses. No hay ningún ejército ni en Italia ni siquiera cerca de las fronteras. Alguien hizo correr un rumor falso. Alguien con intención de desviar hombres, dineros y fuerzas de los lugares donde si golpean los franceses con fuerza. En Flandes.

Muchos de los soldados se sienten frustrados, les han escamoteado una batalla donde ganar la honra y la fama merecida; otros se sienten estafados, engañados, les han tomado el pelo y les han obligado a realizar una larga y estúpida caminata hacia ninguna parte; los menos están aliviados, no podrán matar, pero también evitarán padecer daños. Ahora tendrán que regresar a su origen de partida. Pero los generales tienen que asegurarse. Ya que están aquí permanecerán en este lugar algunos días más para garantizar que no existe ningún peligro. Los exploradores saldrán cada día para verificar que en la región todo sigue en orden.

10
Pavía, 1672

Después de unos meses en una campaña sin sentido, estéril en cuanto a resultados, sin ni siquiera entrar en combate, Ozones y sus amigos han sido licenciados y han regresado de nuevo al punto de partida, aunque con algunas monedas dentro de la bolsa. Reinicia sus estudios en la universidad, rodeado por otros colegas que persiguen lo mismo: formación. Pero ante todo quieren ver mundo, tener nuevas experiencias, sentir el poder de la vieja Europa, saborear los deleites de la gloriosa Italia y de todos los encantos que amagan sus prostíbulos. Por las mañanas va a la facultad, escucha atentamente los discursos de los doctores en Teología, lee, piensa y recapacita. Al caer el sol acude a las tabernas, a divertirse, a holgar, beber y comer.

Una noche se dirige al río, está cansado de leer, necesita meditar un rato, contemplar el cielo estrellado, estar a solas y perderse entre las sombras de la ciudad sin que nadie le reconozca, sin hacer nada.

Juanilla Casini, una veneciana que recorre Italia buscando la fortuna rápida, sale un momento de la taberna de Pavía donde trabaja de camarera sirviendo a individuos que andan buscando vino y mujeres. Está acalorada, necesita respirar un poco y descansar. Sale a la calle y contempla el cielo estrellado. En las sombras amores mercenarios dan cumplida cuenta del trato alcanzado y buscan el éxtasis momentáneo, efímero. Las putas de la calle hacen un buen negocio, se exhiben, contratan y luego dejan que sus clientes las monten en cualquier lugar que se tercié, a la orilla del río. Camina y se dirige a un gran banco de piedra junto a las escalinatas que bajan a la ribera. Al poco tiempo aparecen dos individuos.

—Tú, morena. ¿Cuánto pides?

—Anda por ahí, no me confundas con tu hermana.

—Maldita ramera. ¡Cógela!

Entre los dos la amarran por los brazos y la conducen escaleras abajo, hacia el río. Juanilla grita pero no acude nadie. Cuando están junto a la orilla la tumban en el suelo, mientras uno le inmoviliza los brazos el otro se sienta encima de ella y le rompe el vestido. El hombre se lanza sobre sus pechos y los empieza a chupar con rabia. Mientras Juanilla se retuerce, el hombre ante la posibilidad de que venga alguien, saca un cuchillo con la intención de matarla. Le quiere cortar la garganta. En esos momentos una sombra que se intuía en la oscuridad hace su aparición. Es un joven que saca su espada y

amenaza a los hombres con atravesarlos de parte a parte. Los delincuentes ante el peligro y tanto ruido optan por escapar antes de que venga la justicia.

—Muchas gracias caballero, creo que me acaba de salvar la vida.

—No ha sido nada. El joven la toma de la mano y la ayuda a levantarse. Me llamo Antonio, Antonio Ozones, a su completo servicio.

—Gracias de nuevo, yo soy Juanilla Casini. Has llegado en el momento justo. Un poco más y no lo cuento.

—Ha sido un honor. Estaba por aquí paseando y contemplando las estrellas y ha sido entonces cuando he oído tus gritos. ¿Te puedo invitar a una jarra de vino y así olvidas el mal trago?

—Sí gracias, lo necesito más que nada en el mundo.

Ozones y Juanilla hablan, se cuentan historias, dramas y sufrimientos, alegrías y esperanzas, devoran con impaciencia el tiempo que les queda para volverse a ver. Se convierten en amantes, y en amigos. Se cuentan secretos, hablan de ángeles y demonios, de dioses antiguos, de rituales ancestrales que se hacían a la luz de la luna. Una noche Juanilla se dirige a Ozones. Tiene algo para él, quiere hacerle un regalo para que nunca la olvide. Se dirige a su alcoba, abre un cofre y de él saca una tela que contiene algo, un secreto celosamente guardado. Después recoge el tejido y aparece un libro, un manuscrito encuadernado en piel, pequeño, de tamaño de un misal. Enigmático.

Bartolomé de Santa Cruz, un armenio bajito, moreno y de ojos alargados, camina por el viejo barrio de Belat, en Estambul. Es mediodía y el sol cae a plomo. No lejos de allí, en el Cuerno de Oro, cientos de navíos recalán en un puerto que ha ido decayendo paulatinamente. La vieja Constantinopla ya no es la que era. Todo fenece. El Tiempo todo lo devora y lo precipita al olvido. Santa Cruz se dirige hacia una pequeña sinagoga que los sefardíes mantienen en Belat, su barrio. Su nuevo hogar desde que fueron expulsados de la vieja y querida Sefarad. Entra sin llamar, sabe que le esperan. Dentro hay dos rabinos, dos hermanos que rigen los destinos de los creyentes de la Ley Mosaica.

—Bienvenido a nuestro humilde templo.

—Gracias.

—Mire, iremos directamente al grano. Sin preámbulos. Quisiéramos pedirle un pequeño favor, por el cual lógicamente será debidamente

recompensado.

—Ustedes dirán.

—Sabemos que en breve parte con su nave para Venecia y que espera volver al poco tiempo.

—Cierto, así es.

—Resulta que un amigo nuestro, un judío sefardí que reside en esa ciudad llamado Juan de Salamanca tiene un volumen, un libro que necesitamos que nos traiga. Pero debe saber que existe un pequeño peligro. Preséntese ante él e indíquele que viene de nuestra parte para buscar el ejemplar que necesitamos. Ello bastará para que se lo entregue.

—¿De qué se trata exactamente?

—Se trata de un libro cabalístico, sin ninguna importancia. Está escrito en latín. Existen algunas copias del mismo pero muy malas. La que tiene nuestro amigo es una de las menos contaminadas, de las más puras. Por eso lo necesitamos, para traducirlo al hebreo y depurarlo de las insensateces que le han añadido, que afortunadamente son pocas. No obstante, la Inquisición no lo ve con los mismos ojos. Creen que es un libro demoníaco. Si lo pillan con esa obra puede tener algún disgusto puesto que está incluida en el Índice de Libros Prohibidos.

—Ya, entiendo el riesgo. Intentaré ser lo más cauto posible. Y no duden que estará en buenas manos hasta que llegue aquí.

—Tome —le dice un rabino al tiempo que le lanza una pequeña bolsa con monedas—. Cuando regrese se cumplimentará el pago total.

—Bueno. Con esto me conformo. En unos meses tendrán el libro, ténganlo por seguro.

—Te lo regalo. Es el libro. No hay más. Es único. Contiene la sabiduría de Salomón. Un amigo mío, un armenio llamado Bartolomé de la Santa Cruz, me lo dio en Venecia para que se lo guardase. Lo conocí en una taberna y entablamos amistad. Alguien en Estambul le había hecho el encargo de encontrarlo. Lo leímos un par de veces e incluso tuvimos tiempo para practicar alguno de sus conjuros. Santa Cruz se metió en algún lío con unos mercaderes que le debían cierta cantidad de dinero y no le querían pagar. Una noche Bartolomé se dio cuenta que le seguían unos hombres, pero no sabía si eran de la Inquisición o bien sicarios a sueldo. Me lo entregó para que lo tuviera a buen recaudo hasta que volviera. Pero ya no volvió. Lo mataron y tiraron su cadáver al canal. Toma, el libro va acompañado de un cuchillo,

especial para hacer los conjuros, forjado en luna nueva un Viernes Santo, con hierro bendecido en el mismo Jerusalén, con aguas del Jordán. No puede cortar nada con él sino perdería todas sus facultades y poderes.

Ozones no se lo puede creer. El libro del que tanto ha oído hablar ahora cae en sus manos. Parece que los mismos ángeles cuidan de él. Dios así lo quiere, sin duda alguna.

—¿Por qué me das este regalo tan hermoso?

—Pronto regresaré a mi hogar, a mi Venecia querida pues ya nada me ata en el Milanesado. He hecho todo cuanto tenía que hacer. Mejor que el libro esté en buenas manos. Creo que eres la persona ideal para tenerlo. Eres discreto, pero a la vez curioso. Sin duda podrás aprovecharlo mejor que yo.

Ozones contempla el libro. Lo abre lentamente, como si fuera a romperse. Lo mira, lo lee. Es lo que andaba buscando. Algo para hacerlo invencible, para acercarlo a Dios y a los ángeles custodios del verdadero poder. Para trascender. Esto es un milagro divino, una señal de que Dios está con él, que pretende guiarlo a las esferas sublimes donde no pueden acceder los simples mortales. Con Juanilla continúan viéndose algunos días más hasta que ella se despide. Se marcha.

Ozones queda en Pavía. Ahora, cuando llega la noche no sale, queda en su cuarto leyendo, devorando aquellas líneas, curioseando la fortuna. Ha comprado un libro cualquiera y le ha arrancado las páginas. Después ha colocado las tapas sobre las del suyo, para poder leerlo en cualquier lugar sin llamar la atención. ¿Quién sospecharía de un libro de teología cualquiera? Nadie. Está a salvo. Lee. Piensa. Medita. Y continúa leyendo. Las noches pasan deprisa y él, poco a poco, va dominando todos los recursos que el libro le ofrece. Ahora conoce los secretos del Tiempo y lo que se oculta en el fondo del Universo. Lo memoriza todo. Lo aprende en su totalidad. Letra por letra, palabra por palabra, figura por figura. Luego, lo esconde mientras se dedica a dibujar en todo momento pentáculos sagrados. Solo con la repetición constante logrará asimilarlos por completo. Sus amigos, con los que comparte el cuarto, se intranquilizan ante los dibujos que ven. Ozones intenta calmarlos, no sin mucho éxito. No pasa nada, son ejercicios de dibujo. Quiere perfeccionar el trazo de su mano, domesticarla. Y por ello ha elegido los emblemas más difíciles. No hay nada peor que intentar hacer un círculo con un cuadrado o una estrella a mano alzada, y que salgan perfectos. Es lo único que pretende, miente. Los amigos se contentan con esta explicación, aunque intuyen que no es cierto, que es una simple excusa para que lo dejen en paz. Menos uno.

Domingo Sierra, un hermano de su propia orden. Detesta a Ozones por su comportamiento. Un religioso que va de putas cada noche merece la hoguera. Y están aquellos dibujos que pinta a cada momento. No parecen que sean obra de ningún santo, sino más bien algo diabólico, inspirado por el mismo Satanás. Pero el gran enfrentamiento entre Ozones y Sierra aún está por llegar.

Una noche Sierra llega al cuarto que comparten los estudiantes y Ozones. Les explica que ha conocido a una chica, una preciosidad. Se ha enamorado por completo. Nunca creía que podría pasarle algo parecido. Les revela cada detalle, les habla de su rostro luminoso, de sus pechos macizos, de sus caderas torneadas, de su piel tostada al sol de la Provenza. Todo el mundo se alegra. Pero la relación va a más. Sierra empieza a visitar asiduamente a la joven. Día tras día Sierra se siente más atraído por ella. Alardea. Ozones ya está harto de esa soberbia que emana de la boca de Sierra. Como continúe así tendrá que darle una lección, piensa.

Una noche de tormenta, los estudiantes están reunidos en su cuarto, esperando que amaine. Sierra les habla, una vez más, de esa joven tan cautivadora, María. Ozones le interrumpe. Si quisiera le quitaría la novia. Se la follaría delante de él para que pudiera saber cómo es en realidad la polla de un hombre, no el pene enano de un chiquillo. Discuten. Ozones se lo dice.

—Me la tiraré. Te la voy a quitar.

—¡Ya veremos! —responde Sierra completamente airado— Maldito demonio, algún día me la vas a pagar.

—¿Tú Sierra me vas a cobrar algo a mí? Si no eres más que un perro cobarde y vanidoso.

Ozones, fiel a sus principios y a su promesa inicia el acercamiento a María. La conoce, la seduce, se la arrebató a Sierra. Pero su venganza no está completa, la convence para que llame a Sierra, para que lo deje entrar en su casa y que espere en la sala. Ellos estarán en la cama, mientras Sierra aguarda los presuntos favores de la que cree su dama. Luego correrán la cortina del pequeño cuarto y follarán ante su rival. Será una buena lección.

María claudica. Le parece algo exagerado pero al menos reirán a costa de ese iluso. Lo llama. Sierra acude al domicilio, y desde la ventana María, sin camisa y con los pechos a la vista, le dice que entre y espere en la sala. Se siente excitado. ¿Habrá llegado el momento de poseerla? Entra, sube las escaleras y aguarda. Cree que esta vez podrá sorber sus pechos, su cuerpo. Oye ruidos en el cuarto, pero no sabe que hace su amada. Luego, de repente, la cortina que separa sendas habitaciones se desplaza. Ozones está de pie,

asiendo a María por las nalgas mientras la toma en el aire. Se lo dice.

—¡Mira como me la follo, medio hombre!

Sierra sale corriendo, llorando. Ha sido humillado. Algún día se lo cobrará todo con intereses. Ese pervertido de Ozones tendrá su justo merecido. Llega corriendo a la posada y se encierra. Lloro como un niño, siente ira, ganas de matar.

Al cabo de unas horas Ozones regresa a su cuarto y se encuentra cara a cara con su rival y se lo dice directamente, sin tapujos.

—Tienes la polla demasiado pequeña. Una mujer necesita algo más duro que un miembro flácido y escuálido como el tuyo. Casi eres una mujer.

Al oír esto Sierra se levanta y se dirige hacia su enemigo. Intenta agredirle pero Ozones lo derriba de un puñetazo. Después siguen algunos más. Uno tras otro, hasta que pierde el sentido. Más tarde, cuando han pasado algunos minutos lo despierta. ¿Y ahora que harás? ¡Eunuco de mierda! Estás a mi merced. Eres una mujercita y como tal necesitas una lección de un verdadero hombre. Te voy a pasear por Pavía desnudo y con una candela en el culo, para que vean lo poco hombre que eres.

—Me las pagarás —grita Sierra.

—No puedes, eres un maldito cobarde. Solo te falta que te crezcan las tetas —luego Ozones sale del cuarto y se dirige a los antros de siempre. Hay que celebrarlo.

Es noche cerrada cuando todos los estudiantes regresan a la habitación. Allí alguien les da la noticia. Sierra ha partido. Ha salido hacia Génova para tomar un barco que lo conduzca a Cataluña pues ha sido llamado con urgencia del convento del Carmen en Lérida. No se ha despedido. Ha partido veloz, como si lo persiguiera el mismo demonio. Mejor así. En el fondo no caía bien a nadie. Era demasiado beato, demasiado recatado.

—Tenía aires de sodomita —añade Ozones.

Pasan los meses y Ozones continua con su vida de siempre, estudiando, aprendiendo del libro. Hace tiempo ya que Juanilla retornó a su Venecia natal, pero aún la recuerda, todavía siente su perfume en la piel. Pero todo acaba. El dinero y la formación también. Ya ha estado en Pavía más de lo necesario y cabe recorrer nuevos caminos, incluso el de regreso. Se despide de sus amigos y emprende la ruta que, con cada paso, lo acerca más a Mallorca. Desde Pavía toma el camino del sur, que le conducirá a Génova, la bella. Allí, en el puerto que se abre a los pies de una gran montaña establece contacto con un mercader

francés que se dispone a partir hacia la isla. Al cabo de unos días Ozones desembarca en la capital del reino de Mallorca. Aburrida como siempre. Grisácea como siempre. Intolerante como siempre. Nada ha cambiado. Todo sigue igual. Todo no. Él ha cambiado. Él ha aprendido el verdadero poder. La auténtica sabiduría.

Se dirige al que será de nuevo su hogar, el convento del Carmen. Un lugar sórdido, tétrico, medio abandonado, medio en ruinas. El convento es el refugio para almas atormentadas, para almas demasiado viejas que necesitan un reposo. Pero no como él. Es el silencio, es la nada lo que prevalece ante todas las cosas entre aquellas cuatro paredes. La calma de la ciudad es absoluta. No hay música en la calle. No hay colores. Aquí parece que la vida discurre sin movimiento, como si estuviera parada en el tiempo, sin vino, sin olores, sin sabores. Sin mujeres.

11

Convento del Carmen, Ciutat de Mallorca, 1673

Fray Antonio Ozones contempla desde la sacristía como dos jóvenes risueñas acaban de entrar en la iglesia, se arrodillan y empiezan a rezar. Las observa en silencio y nota como ellas lo miran, comentan algo en voz baja y ríen. Piensa que ha desencadenado un deseo frenético, las ha enamorado. Aún es un ensalmado, los sortilegios que le hicieron en Italia todavía perduran. Baja los escalones y se dirige pausadamente hacia ellas. Las saluda amablemente, les pide su nombre. Después se inicia una conversación. Ozones les habla de religión, de teología, de la santidad de las mujeres. De las estrategias que usa el demonio para encandilar a las jovencitas, de la maldad de los hombres. Les explica que el amor de un religioso solo es comparable a vivir en el Paraíso. Que Dios los unge a todos con destellos del Espíritu Santo para que velen, de forma especial, por las chicas, sobre todo por las doncellas. El género femenino siempre vive en un peligro constante, su alma está siempre en precario. Les explica que el sabio Cicerón ya lo dijo hace tiempo. Todos los pensamientos del hombre llevan a un solo pecado, mientras que un solo pensamiento de la mujer lleva a todos los pecados. Y en el caso de las jóvenes aún es mucho peor. El mal siempre las acecha. Solo la misión entre infieles puede salvar su alma pecadora y templar su espíritu para resistirse a la presión que ejerce continuamente el demonio. Ozones también les cuenta historias de Italia, de sus gentes, de sus calles, de la multitud de productos que pueden comprar en sus mercados, del agua de rosas que viene de Alemania, de un raro perfume que fabrican los turcos y que se puede adquirir en las plazas, de las sedas de la lejana China... Les habla de Nápoles, la bella, la de cuevas empinadas, la de la montaña de fuego, la de los olores y sabores del Mediterráneo, de sus gentes, de sus fortalezas. De Sicilia, de cómo esta isla es el granero de toda España, de los fértiles campos rebosantes de trigo, de la belleza yerma de sus montañas. De Roma, de San Pedro y del Santo Padre, el centro y capital del mundo católico, de la variedad de personas de todos los lugares que caminan por sus calles buscando la salvación eterna. De Florencia, la gloriosa, donde el aire es arte. Las seduce con sus palabras, con su retórica de buen orador. Insiste. Ellas podrían conocer todo aquello, y mucho más. Podrían ser partícipes de un destino celestial reservado tan solo a unos pocos. Quedan que se verán otros días. Otros atardeceres. Es en esos momentos que el convento está más tranquilo y nadie podrá molestarlos ni interrumpirlos. Deben venir a rezar con él, al caer

el sol. Ozones casi ha seducido a esas dos jóvenes. Ve como abandonan la iglesia del Carmen mucho más alegres de lo que vinieron. En su rostro se dibuja el deseo de ver ciudades lejanas, de convertirse en santas. En el de Ozones también se lee el deseo, pero de otro tipo. No es la ansiedad religiosa la que se intuye en sus pupilas, sino la sexual. Ha abierto una brecha en sus mentes, ha abierto un camino fácil hasta ellas. Un par de días más y serán tuyas. Las dos. A la vez.

Pasan los días, las doncellas vuelven, casi a diario, para entrevistarse de nuevo con él. Sin duda es uno de los frailes más favorecidos de todo el convento. Su éxito, tanto en Mallorca como en Italia, es legendario. No se arrepiente de su elección cuando en su niñez su padre le sugirió los tres caminos que debía seguir un buen español. Lo supo enseguida. Y así ha sido. No tiene fe. No cree en nada salvo en sí mismo, pero la iglesia es una magnífica fuente de provisión, es una buena forma de tener la comida y el techo asegurado. Y, sobre todo, su condición favorece que pueda mantener el contacto con las devotas feligresas. Es suficiente con mantener la discreción. Solo si es astuto podrá evitar que el Santo Oficio lo procese por solicitante, como otros muchos. Como fray Pedro Riera, que se hartó de tocar las tetas a las feligresas que iban a confesarse y que por temor y vergüenza no decían nada. Hasta que dejó preñada a la hija de Pedro Guasp, el herrero que vive junto a la Portella. Luego fue el escándalo mayúsculo. Aprovechando la situación las beatas lo denunciaron por tocamientos y acabó encerrado en un viejo convento de Andalucía, sometido a una férrea disciplina y a un ayuno permanente, de por vida. Pero él es mucho más inteligente. Nadie sabrá nunca nada. Está protegido por algo mucho más poderoso. Por el libro mismo. Y para saberlo necesita hacer una prueba. Les dice a las jóvenes que quiere bendecir sus pechos para que cuando tengan hijos mane la leche suficiente para amamantarlos. La cara de las jóvenes enrojece. Pero acatan la petición del religioso. Crédulas, se desabrochan y enseñan los tiernos pechos hasta entonces immaculados. Ozones se los toca, les marca con el dedo la señal de la cruz y los bendice. Todo ha ido bien. El poder es esto.

A mediodía se oye el repicar de una pequeña campana en el interior del convento. Es hora de la comida. Camina hacia el refectorio, la sala más grande, donde se reúne con sus compañeros. Se trata de un espacio enorme, rectangular, con tres mesas, las dos más largas discurren paralelas, para que los religiosos puedan verse las caras y otra más corta que las cierra. En esta

última, la que preside, se sienta el prior y sus ayudantes. En uno de los ángulos se levanta un gran atril con una Biblia majestuosa, de gran tamaño, tan antigua como el mismo edificio. Un monje se dirige hacia ella y empieza a leer pasajes en voz alta mientras sus hermanos, por orden de antigüedad, se sientan en la mesa, dispuestos a tomar una de las dos raciones que se les sirven diariamente. Son comidas livianas, para mantener el alma siempre a disposición del Altísimo.

La mesa está puesta, es una comida frugal, verduras cocidas, un poco de pan, agua y fruta en abundancia. Los cubiertos son todos de madera, algo toscos. No hay lujo en esa mesa. No hay ostentación. Nada más. Pero Ozones ya está cansado de comer lo mismo día tras día, noche tras noche. Está harto. Se rebela. Se levanta y protesta ante el prior.

—Los frailes mayores necesitan hacer penitencia, especialmente con la comida, porque a lo largo de su vida han acumulado muchos pecados, pero los jóvenes no. Los jóvenes aún no han pecado lo suficiente para purgarlo en la mesa. Empieza a ser hora de que sirvan más carne. En esta época la lechona abunda por doquier y su precio es bastante bajo. No estamos en la maldita Cuaresma como para comer hierbajos todos los días. Parecemos conejos. Nos va a salir rabo.

—Estas no son las palabras que deberían salir de la boca de un hermano de nuestra orden —le amonesta el prior—. Eres un mal cristiano y peor carmelita. Dios te castigará desde las alturas. Eres un desvergonzado y por ello debes permanecer encerrado en la torre durante siete días, rezando el rosario continuamente, como penitencia a tu pecado de gula.

—No me da la gana viejo enclenque. No solo de pan vive el hombre. Vete tú a la torre, no pienso ir.

—Si no vas de grado el castigo será mayor.

Ozones se vuelve loco. Coge un cayado que estaba apoyado en un rincón, y rápidamente se dirige al prior y le empieza a golpear.

—Maldito viejo idiota. Así te encule un mulo.

Ante esa explosión de violencia sus compañeros intervienen. Lo amarran y lo llevan a la torre mientras el prior se recupera del susto. Ha sido uno de los escándalos más grandes que se han visto nunca en toda la orden del Carmen. Todos los frailes cuchichean y comentan lo sucedido. Algunos se santiguan. Otros se dirigen a la iglesia, se tumban en el suelo con las manos en cruz y rezan, creen que el mismo demonio ha entrado en el cuerpo de fray Ozones. Está perdido. Deberían hacerle un exorcismo.

Unos cuantos novicios, de los más grandes y robustos, lo reducen y se lo llevan, aunque Ozones no para de chillar, de patalear y de protestar todo el tiempo. Poco a poco, a medida que se alejan, sus gritos se van amortiguando entre las paredes del convento.

Ozones queda en la torre, solo, hambriento. Tiene unos deseos locos de comer carne, de hartarse, también de estar con una mujer, es una necesidad imperiosa, teme perder el juicio entre aquellos muros, en aquel silencio. Mallorca no es como Italia. Aquí no hay bullicio. Uno tiene la sensación de que la felicidad ha desaparecido de estas islas. Las personas caminan por la calle con la cabeza agachada, temerosas quién sabe de qué. Vencidas, derrotadas. Pero él no está vencido, ni mucho menos. Es un triunfador, pese a su situación actual de retiro forzado en esta mazmorra. Tiene un secreto que nadie más conoce. Lo tiene escondido en su celda. Cuando regrese a ella lo leerá de nuevo. Buscará el remedio ideal para satisfacer sus necesidades. Todas. Incluso para vengarse de aquellos hipócritas que le rodean y que lo han metido aquí dentro como a una alimaña.

La pequeña mazmorra de la torre está completamente vacía. No hay nada, ni siquiera un mal catre para dormir. Solo una minúscula ventana por donde entra un poco de aire fresco, pero no puede mirar por ella porque está muy alta. A más de seis varas de altura. No alcanza. Pero si pudiera llegar a ella solo podría ver el castillo de Bellver que parece vigilar la ciudad desde lejos, como un guardián silencioso. Siempre se ha preguntado por qué Bellver tiene la forma que tiene. Una vez, en Pavía, fue a la biblioteca de la universidad y encontró un viejo manuscrito de los edificios más importantes de Tierra Santa, de Judea. Entonces vio algo que le recordó la forma de esa fortaleza: el gran mausoleo que Herodes el Grande se hizo construir en Herodión, en pleno desierto. Una tumba que a la vez era un gran palacio y que costó la vida a muchísimas personas, a demasiadas. Bellver tiene un cierto aire a Herodión, un leve parecido. Son demasiadas las coincidencias entre uno y otro para que no exista una secreta relación.

Pavía, allí fue feliz, allí conoció a muchas mujeres. Entre todas las de aquella ciudad recuerda a Juanilla, a su sexo siempre caliente, dispuesta en cualquier momento y situación. A la enamorada de un compañero suyo, Domingo Sierra. Una mujer de una pieza. Su piel era suave, tierna. Tenía un sabor dulce y era preciosa. Disfrutó quitándosela. Y él no hizo nada. Huyó como un miserable cobarde. Los villanos italianos tienen más honor que ese Sierra. Que Dios lo confunda esté donde esté, piensa. Pero ella, ella era otra

cosa. Unos pechos que manaban miel, un sexo muy poblado, sabía a bosque, a aire fresco. Cada vez que la recuerda rememora su sexo abierto, ofreciéndoselo para que se lo comiese entero, para que la tomase, tiene una erección. Cabrá aliviar el recuerdo.

Al cabo de una semana los hermanos de la orden liberan a Ozones de su cautiverio en la torre. Bajan todos y se dirigen, en pequeña comitiva, a entrevistarse con el prior que los aguarda.

—¿Está arrepentido de sus pecados, hermano Antonio?

—Sí, por supuesto, mucho. Fue un ataque de locura, transitoria. No volverá a pasar, lo prometo.

Regresa a su celda. Ha estado una semana en la torre, a pan y agua. Sin vino, sin mujeres, sin canciones, sin alegría. Solo con ese martirio que provoca ciertos recuerdos. Pero esto tiene remedio. El libro lo ayudará. Siempre lo hace. Solicitará de nuevo su socorro.

Cae la noche, todo el mundo duerme en el convento. Menos Ozones. Tiene algo que hacer, muy importante. Se levanta del catre, lo mueve y se agacha. Detrás del lecho hay una piedra. La saca y encuentra lo que busca, un pequeño hueco en el que esconde un libro. Lo abre y lee. Es el libro de los libros. Las palabras mágicas que aprendió el sabio Salomón en su lucha contra los demonios. Busca entre sus capítulos uno en especial. El del amor de las mujeres, el que usó para seducir a la reina de Saba. Empieza a leer, con voz apagada pero firme. Luego, cuando termina de realizar las invocaciones se levanta, coge una tiza y dibuja debajo de la cama un pentagrama para conseguir sus deseos más lujuriosos, sus apetitos más inconfesables. Dibuja un doble círculo, y dentro una mano abierta rodeada de las palabras hebreas indicadas en el volumen, entre ellas la más emblemática de todas, la representación del Infinito, lo primigenio, el poder, Aleph, la primera palabra que pronunció Dios para empezar la creación y que Satán, hábilmente, aprendió. La necesitaba para alzarse en su rebelión. Luego, se prepara para continuar con el conjuro. Se coloca dentro del círculo y reza la oración de la Estrella:

“Padre, dios de todos los mundos, de todos los tiempos, que a partir de hoy mi vida cambie, que mi estrella brille, y que todas las mujeres deseen mi cuerpo. Padre protégame y sálvame de mis enemigos. Con esta mano yo te conjuro estrella, la más alta y la más bella que en el cielo está, como conjuro uno conjuro dos, como conjuro tres conjuro cuatro, como conjuro cinco

conjuro seis, como conjuro siete conjuro ocho y nueve. Todos los nueve os juntaréis, y por el río Jordán pasaréis, por el monte de los Olivos entraréis, y con las muelas de Barrabás y Satanás los moleréis. Así sea cumplido y el amor a mí sea ofrecido”.

Al finalizar el discurso con una pequeña navaja se hace un pequeño corte en un dedo, derrama una gota de sangre en el círculo y abre las manos, en cruz, como muestra de sumisión. Con esto ha terminado el conjuro. A partir de ahora todas se rendirán a sus pies. Generará hijos como Adán y llenarán la tierra. Sale del círculo, lo borra y lo vuelve a dejar todo en su sitio. Escondido. Está contento, todo ha salido bien. Luego se tumba en la cama, cierra los ojos y duerme, duerme tranquilo.

A la mañana siguiente Ozones se levanta temprano, acude al refectorio donde toma un ligero y frugal almuerzo. Se levanta, se inclina ante el prior y le pide permiso para ir a pedir las limosnas acostumbradas por las casas de la ciudad. El prior se lo concede, no sin antes advertirlo que su comportamiento no debe empañar para nada el buen nombre ni de la orden ni del convento.

—Así será. No se preocupe, estoy arrepentido de todos los pecados. Le aseguro que no se arrepentirá.

Ozones sale del convento del Carmen con una amplia sonrisa en los labios. Cuando está en la calle respira hondo, profundo. Se siente libre, afortunado. A su espalda la puerta de Jesús ya está abierta y por ella empiezan a entrar carros cargados de todas aquellas mercancías que vienen de las villas que rodean la ciudad y que esta necesita para su sustento. Se dirige hacia la calle de Sant Miquel, donde residen algunos ciudadanos que generalmente aportan pequeñas limosnas. Al doblar la esquina, justo enfrente, tiene el horno de Gaspar Melis, un creyente convencido donde los haya.

Melis es un hombre muy devoto, piensa Ozones, y su mujer es muy hermosa, con solo mirarla uno se siente en el mismo Paraíso. Seguro que su marido no la satisface lo suficiente, por eso tiene las tetas pequeñas.

—Ave María Purísima. Buenos días nos de Dios. ¿Tendría una limosna para los pobres mendicantes del Carmen hermano Gaspar?

—Concebida sin pecado. Pase, pase fray Ozones. Dios nos ilumine. Margarita, da dos monedas a fray Ozones y dos panes recién hechos. La mujer se dirige hacia Ozones, que la contempla con una amplia sonrisa en los labios.

—Tome hermano, y no se olvide de los panes. Le da las monedas mientras le roza suavemente las manos.

Ozones se siente halagado. La tiene enamorada, solo hace falta un golpe

de suerte, que venga sola al convento, la tomaré y podrá ver a Dios en las alturas. Sentirá estar en la gloria.

—Gracias, muchas gracias, que Dios les premie por esta gran labor que realizan en favor de los pobres.

Luego sigue por la misma calle visitando algunas tiendas más. Al final de su recorrido, cuando ha llegado frente a Cort se para, abre su zurrón y realiza el recuento de lo recaudado. No ha ido nada mal. Una libra, cuatro sueldos y tres dineros. Además, dos panes, una libra de bacalao y un tarrito, aunque muy pequeño, de la valiosa pimienta. Con este botín sabe qué hacer. Irá a visitar a Antonina Garau, una joven soltera pero madre de dos hijos que vive en la calle de la iglesia del Socorro. Es una de estas pobres que, de tanto en tanto, visita para ofrecerle un poco de comida, generalmente pan. Pero Ozones no acude simplemente para cumplir con la devoción cristiana. La joven en cuestión para poder mantener a sus hijos se dedica a la prostitución y él, en ocasiones, le da algunas monedas a cambio de sus servicios. Hoy será uno de esos días. Ozones sale de la plaza de Cort y se dirige a la calle del convento de Sant Francesc, caminando junto a la pared que lo delimita. Frente a él se alzan las torres del Temple como vigías inmóviles, reliquias del pasado musulmán de Mallorca. Gira a la izquierda y alcanza la calle Socorro, y justo a diez pasos el domicilio que anda buscando.

Ozones sale discretamente de la casa de la joven madre a la que ha visitado, y a la que ha comprado los favores sexuales. De regreso al convento tiene la gran idea. Está harto de Mallorca. Retornará a Italia. Buscará un barco e intentará convencer a esas dos jóvenes que tiene enamoradas del barrio del Carmen para que viajen con él hasta Nápoles. Tiene que salir. Las convencerá. Les hará creer que van a misionar entre infieles, que el Papa los recibirá, que serán santas y famosas. Ello será suficiente para que embarquen conmigo. Las tomaré a las dos y me venerarán como a su guía y mentor. Mañana iré al barrio de Santa Cruz, debo intentar contactar con algún capitán que zarpe en breve. Cuanto antes mejor.

Fray Antonio Seguí es uno de los carmelitas con menos vocación del convento del Carmen. Nació en Menorca, hijo de padres catalanes que llegaron a la isla huyendo de la guerra, entró en la orden de los carmelitas como muchos otros, para huir del hambre y de la miseria, para tener el futuro asegurado. Sin embargo, Seguí no es un personaje normal. Tiene una sola

virtud, y muchos defectos. Su virtud es su simpatía inicial, en un primer momento aparenta una gran cordialidad con todos los recién llegados, puede obtener la amistad de una persona generalmente de forma rápida, cosa que logró con Ozones. Sus defectos, un gran cobarde que, ante el menor peligro, es capaz de delatar a cualquiera, siempre y cuando aquello le reporte algún tipo de beneficio. Además, últimamente se ha dado al vicio de la bebida y es más que frecuente verlo medio borracho.

En los primeros días que Ozones retornó al convento del Carmen Seguí se tornó su principal amigo y aliado. Hábilmente se acercó a él hasta el punto que se convirtió en un confidente de deseos, de ansiedades, de penurias. Ozones siempre había sido muy discreto, jamás había otorgado la confianza a personas que le hubieran despertado la más mínima sospecha. Y ese no era el caso de Seguí, que se mostraba muy abierto, comprensivo. Incluso en ocasiones le comentaba sus propios deseos, sobre todo con las mujeres. Por eso Ozones confía en él. Por eso cuando Seguí le manifiesta que no puede aguantar más en aquella prisión religiosa Ozones le comprende perfectamente. En ese sentido parece ser una alma gemela. Por eso cuando decidió irse a Italia acompañado de las dos jóvenes Ozones se lo explicó, lo invitó a acompañarlos para que pudiera gozar de más libertad. Y Seguí aceptó. Sabía que de aquella aventura solo podría obtener placeres, que era una gran oportunidad. Y también sabía que si algo salía mal la culpa sería únicamente para Ozones. A lo largo de todo aquel tiempo había descubierto muchas cosas de su compañero, muchos de sus más ocultos secretos. Secretos que nadie en el convento podía siquiera intuir. Pero él lo sabía todo. Era una ventaja que se guardaba por si llegaban malos tiempos.

12

Tribunal de la Inquisición, Mallorca, 1674

El fiscal Fontamar y el inquisidor Baltasar de Prado discuten en un pequeño cuarto anexo a la sala de vistas del tribunal. El discurso de cada uno los mantiene enfrentados en la resolución que han de tomar. Fontamar quiere dar tormento a los reos, especialmente a los dos principales protagonistas de aquel escándalo, Ozones y Seguí. Prado, por su parte, acusa a Fontamar de pedir siempre lo mismo, de no ser una persona equilibrada, sino sedienta de sangre, que no es capaz de discernir lo importante de lo accesorio. Su constante petición de atormentar durante los interrogatorios lo convierte en un indeseable.

—Solo el dolor puede conducirnos por los caminos de la verdad, y más en la situación en que nos encontramos. Las cuentas del Santo Oficio no cuadran, estamos viviendo una crisis tremenda. Hace cinco años que no hemos cobrado el sueldo íntegro y la caja real no aporta nada desde hace décadas. La situación es delicadísima y si sigue así pronto empezarán las deserciones entre el personal de la casa —argumenta Fontamar.

—No es una actuación propia del Santo Oficio ni mucho menos está fundamentada en las Sagradas Escrituras. Lo que pretende el fiscal es una perversión de la justicia, de los mismos objetivos del tribunal. No obstante, reconozco los graves problemas financieros que nos oprimen. Por ello mismo tengo una idea que nos puede sacar del atolladero, al menos durante algunos años. No en el caso que vemos ahora puesto que no podemos condenar a toda la orden del Carmen por los desafueros de dos de sus religiosos, ni tampoco hay ninguna persona entre los acusados o testigos que tenga patrimonio suficiente. Hay gente e instituciones que son intocables, y el fiscal ha perdido el norte con estas ideas. Pero existen otros colectivos de grandes herejes y pecadores que sí nos pueden aportar soluciones. Y estos sí que están a nuestro alcance, solo basta con pulir algunas cuestiones y caerán todos.

Los dos callan y se miran. Ambos saben de qué comunidad se trata, quienes son y en qué barrio habitan. El silencio, en este caso, es cómplice. Las palabras mudas se entienden perfectamente. La gente del Segell generalmente es pobre, pero entre ellos hay una docena de mercaderes y asentistas que poseen grandes fortunas. Y son criptojudíos. Pero, tanto el fiscal como el inquisidor son conscientes de algo fundamental: necesitan información. Es la idea de Prado. Fontamar está de acuerdo.

—Tengo el hombre ideal. Un agente que nos hizo un gran servicio en

Argel. Es discreto, tremendamente eficiente y un gran especialista en infiltraciones —afirma Fontamar.

—Bien. Que se instale en el barrio, que preste atención a todo lo que vea y oiga y, sobre todo, que busque algún confidente. Algo por dónde empezar a tirar. Necesitamos un delator para penetrar en su hermetismo. Dicho esto, vámonos, nos aguardan. Después llame a su hombre y déle las instrucciones oportunas. Pero que sea todo muy discreto.

Acuden a la sala de vistas, aún vacía, y se sientan en sus lugares correspondientes. Toman sus papeles y esperan. A los pocos minutos entra el resto del personal, el notario y el otro inquisidor que asiste a Prado, dado el carácter religioso del acusado. El fiscal llama a la guardia para que bajen a las cárceles secretas y traigan a fray Antonio Seguí, de la orden del Carmen de esta ciudad.

Al poco tiempo los guardias conducen a empujones a Seguí a la sala de vistas, está atado de manos y con una cadena en los pies. No quería ir, ha sido menester la fuerza para sacarle de la cárcel y traerlo hasta allí. Tiene la nariz aplastada y de la comisura de los labios le sale un hilillo de sangre. Los dos guardias le han dado un par de golpes para que entrase en razón. Pero ni por estas. Lo han arrastrado a la fuerza, por eso se ha lesionado y está sangrando.

Seguí se defiende. Es una injusticia. No pueden hacerle esto a un hombre santo como él. Solo ha hecho lo que el Santo Oficio quería que hiciese. Fue él quien denunció en primer lugar a Ozones. Es Ozones el hereje, el brujo.

El fiscal interviene, le ordena callar. Debe responder únicamente a las preguntas que se le hagan, nada más. Si no se aviene a lo que diga el tribunal lo llevarán a la sala del tormento y harán que responda a las preguntas de otra manera. Seguí calla. Conoce las actuaciones del fiscal y sabe que es un hombre sediento de sangre, que el tormento lo excita.

—Bien —añade el fiscal—, puesto que veo que ha entrado en razón explique a este tribunal lo que declaró en la denuncia que interpuso y lo que añadió al alguacil referente a que Ozones es un brujo y que lo tiene amenazado con que le enviará a ciertos demonios para que lo maten.

—Si señorías, Ozones es un brujo. En el convento tiene papeles con ciertos conjuros que afirma que lo hacen invulnerable a las heridas, e incluso presume de ser un “ensalmado”. Siempre dice que ni aunque le pegasen un tiro lo podrían dañar. Pero lo más grave es que tiene un libro diabólico. Un libro lleno de símbolos y dibujos enigmáticos que utiliza para lograr el amor de las mujeres. Es el hijo del mismo Satanás.

—¿Sabe usted dónde guarda Ozones el libro en cuestión?

—Sí, sí que lo sé. Lo escondió bien aunque descubrí su secreto. Está en su celda. Justo debajo de la cama. El brujo rebajó una piedra hasta que la pudo sacar de su sitio. Luego quitó un poco de argamasa para que el libro pudiera caber dentro. Es fácil de localizar. Basta con mover su catre y enseguida se ve una piedra sin juntas como las otras. Se saca y dentro hallarán el libro. El libro de los demonios. El libro de Salomón.

—Bien, por ahora vemos que el preso colabora para que la verdad aflore y nos ilumine. Díganos ahora qué relación tiene con las mujeres con las que intentó embarcarse hacia Italia.

—No tengo ninguna relación. El que la tenía era Ozones. Ozones se las tiraba a todas. En el mismo barco desnudó a una de ellas y se la benefició allí mismo. Delante de mis propios ojos. Es un criminal, un solicitante y un hereje. No merece vivir. Habría que quemarlo.

—¿Y qué hacía usted en el barco? ¿Acaso no tomó a ninguna mujer allí?

—No, una de ellas se me insinuaba, incluso llegó a tocar mis partes pero pude apartar sus manos de mi cuerpo. Entonces yo le dije que era una puta y ella me dijo que no, que solo era una puta de frailes y que me deseaba, aunque sus palabras fueron mucho más soeces y vulgares. Todos lo sabemos, las mujeres son pecadoras por naturaleza y servidoras del Infierno.

—¿Ha utilizado usted alguna vez el libro junto con Ozones?

—No, nunca. Jamás se me ocurriría jugar con elementos peligrosos que son obra del mismo demonio. Pero Ozones sí, él sí. Es un maldito descreído.

—Bien, por ahora este tribunal no tiene más preguntas —afirma categórico el inquisidor—. Llamen a los guardias para que retornen al preso a su celda y para que extremen la vigilancia a fin de que no pueda mantener relaciones ni conversaciones con nadie.

El notario sale de la sala y avisa a los centinelas, que entran y se llevan a Seguí de nuevo hacia los sótanos, hacia la cárcel secreta.

—¿Qué les ha parecido la declaración de este personaje? ¿Es creíble? —pregunta el inquisidor.

—Este fiscal es de la opinión que se debe enviar un cuerpo de guardia de familiares de este Santo Oficio, de los más destacados, al convento del Carmen para que registren la celda de Ozones.

—Bien, creo que en esto estamos todos de acuerdo.

—Que el señor notario emita una orden dirigida a los caballeros familiares de este Santo Oficio, los señores de Veri, Puigdorfila y Rosselló,

junto a tres más de su total confianza, para que acudan al convento del Carmen acompañados de un secretario y registren la celda de los acusados, y con más atención la de fray Antonio Ozones.

Tres horas después la comisión del tribunal llega al convento del Carmen. Lllaman a la puerta, con fuerza. El prior los recibe. Le enseñan la orden y aquel los acompaña directamente a la celda de Ozones. Cuando entran parece que todo está en orden, es una celda como todas, como otra cualquiera. Sin distinción, sin lujos, sin ornamentos. Veri y Puigdorfila mueven el pequeño catre. Y de repente la ven. Una piedra sin argamasa en las juntas. Tiran de ella y dentro hallan lo que andaban buscando. Un libro, de pequeño tamaño, como un misal. Dentro se ve que asoma un pequeño papel. Lo toman todo y lo meten en un zurrón. Después revisan a fondo todas y cada una de las paredes. Todas las piedras de esa habitación, todos los rincones. Quieren asegurarse de que no hay más sorpresas. De que no existen más rincones secretos donde ocultar objetos o libros prohibidos. Pero no hallan nada más. Después entran en la de Seguí pero no localizan nada extraño. Al cabo de una hora abandonan rápidamente el convento y se dirigen al tribunal para hacer entrega de lo que han encontrado.

En un pequeño cuarto anexo a la sala de vistas se reúnen el inquisidor, el fiscal, el notario y dos consultores llamados a tal efecto para revisar lo que han descubierto en la celda de Ozones. En primer lugar toman el papel que emerge de entre las páginas del libro. Lo abren y leen. Está en italiano. Tiene símbolos extraños, palabras hebreas y números que se van alternando sin que parezca que tengan ni orden ni concierto. Pero el inquisidor conoce algo de arameo. Distingue algunas letras. Alguna palabra con sentido, como Yahvé. Algunos dibujos parecen representar el sol y la luna. Luego viene el discurso. En italiano. Lo reproducen. El que posea este papel recibirá la bendición de Dios, la protección de los ángeles y de los arcángeles. Podrá obtener el amor de todas las mujeres y estará protegido ante todo mal. Dios misericordioso protégeme del mal. Arcángel Gabriel, ayúdame en los momentos de necesidad. Jesús de Nazaret rey de los Judíos, favorecedme en el amor de las mujeres y auxiliadme de mis enemigos.

Luego abren el libro y lo ojean. La primera página ya lo identifica plenamente “Clavicula Salomonis” y debajo del mismo su equivalencia en hebreo “Mafteah Shelomoh”. En la parte superior izquierda de los títulos hay

dibujado un sol y en la derecha una luna. Luego revisan el índice. Sortilegios para apoderarse del amor de las mujeres, para buscar tesoros, para curar males, para ahuyentar demonios... Todos y cada uno son de la misma catadura. Herejías, hechos diabólicos inspirados por el mismísimo príncipe de las tinieblas. Abren el libro por la mitad y de repente los ven. Todos se santiguan y empiezan a rezar el credo. Han abierto el libro por los pentáculos. Lo cierran. Ya han visto lo suficiente, no hace falta ver nada más. Esto acaba de sentenciar a Ozones.

El fiscal se dirige al inquisidor, le mira atentamente a los ojos y afirma.

—Son culpables. Los dos. Hay que ponerles una sentencia ejemplar, dura. Unas actitudes como estas no se pueden tolerar dentro de la iglesia.

—Sin duda eso parece —contesta el inquisidor Prado—. Pero antes me gustaría clarificar cual de los dos es peor. Es mi deseo interrogar a una serie de testigos. Tengo la sensación de que vamos a tener sorpresas. Ozones es culpable. Pero el comportamiento y la actitud de Seguí son mucho peores. Es un personaje sin moral, sin escrúpulos. Utiliza la iglesia, se esconde tras los cortinajes para poder tener relaciones carnales con beatas y devotas que creen que con un coito con un fraile pueden engendrar un santo.

—Bueno, pues interroguemos a los testigos que haga falta, en especial a las mujeres que subieron al barco con estos dos tipos y ya veremos que nos cuentan.

—Así sea —confirma el inquisidor. Acto seguido se dirigen al guardia y le requieren para que avise al alguacil a fin que mañana, a primera hora comparezcan ante la sala de la audiencia de este Santo Oficio las demás mujeres presas y que también se cite a Manuela Calafat, que vive en la misma calle del Carmen.

Juan Belmonte, castellano, hijodalgo venido a menos y cristiano viejo, ferviente creyente en la palabra de Dios, y siempre a las órdenes de la corona. Estudió en Salamanca pero pronto abandonó su formación para ofrecer sus servicios a la causa divina y a sus máximos representantes en la tierra, el Santo Oficio. Su baja estatura y su rostro moreno le otorgan el aspecto ideal para infiltrarse en las zonas que daban refugio a muchos renegados: el norte de África. En la última década estuvo en varios puertos, en Túnez, en Trípoli, pero sobre todo en Argel, proporcionando datos a la Inquisición sobre las naves que se dirigían hacia las costas españolas, sobre los hombres que habían renegado de su religión y ahora retornaban a casa donde tendrían que

purgar su pecado. Era un cazador. Pero su labor más importante fue la de averiguar quiénes eran los comerciantes que vendían armas a los corsarios argelinos. Sus aportaciones fueron vitales puesto que la Corte anuló una amplia red que abastecía de artículos militares de última generación a los piratas. Una red que se tuvo amplias ramificaciones que iban desde la misma Corte a Bilbao, Barcelona, Alicante y, por supuesto, Mallorca. Ahora había regresado a la isla con una nave de un mercader genovés entre cuyos marineros había dos jóvenes ingleses, luteranos, que habían confiado en él. Jóvenes que ahora estaban encerrados en los calabozos del Santo Oficio. Cuando llegaron a puerto Belmonte los entregó. Fue un trabajo rápido, un trabajo que nadie le había encargado pero que realizó con el orgullo propio de un hombre de la Inquisición. Siempre dispuesto.

Tras desembarcar y realizar las gestiones oportunas con las autoridades se dirigió a la sede del tribunal, para dejar constancia de su estancia en la isla. Después se dirigió al hostel donde siempre se refugiaba para descansar, para sosegar, meditar y dar las gracias a Dios.

El fiscal Fontamar sale de la sala de la Audiencia y se dirige a su despacho. Allí llama a un familiar que aguarda ante su puerta.

—Tengo un encargo. Vete al hostel de Rosselló y avisa, muy discretamente, a Juan Belmonte para que venga a verme esta noche, tarde, pero que extreme las precauciones y que acuda con el máximo secreto.

Pasan las horas. A medianoche, cuando las calles de la ciudad están completamente desiertas y a oscuras, cuando el silencio y el temor invaden cada uno de sus rincones, una sombra camina furtivamente por la calle de San Miquel. Se dirige cautelosamente hacia la casa del Santo Oficio que se encuentra al final de la calle. Llega hasta su puerta lateral, que sabe que está abierta y entra. Sube las escaleras hasta el primer piso, gira a la derecha y se para frente a la primera puerta. No es la primera vez que está aquí.

—Buenas noches Belmonte.

—A la paz de Dios hermano.

—Tengo un trabajo para ti, fácil, y en esta misma ciudad, muy cerca de aquí, sin riesgo y bien remunerado.

—Estoy a sus órdenes. A mandar.

—Debes infiltrarte en el barrio del Segell. Sabemos que muchos de los que lo habitan practican el judaísmo de forma clandestina. Pero necesitamos pruebas. Algo por dónde empezar a tirar del hilo. Necesitamos información y

sobre todo un delator dentro de la misma comunidad. Tu misión será esa. Buscar información, recabar pruebas, nombres y sobre todo, buscar a algún desencantado, aunque sea un idiota o falto de luces, para que sirva de acusación. Para ello tendrás los fondos necesarios, incluso la recompensa para los que te ayuden en tu tarea.

—Comprendido. Empezaré mañana mismo. No me será difícil. En mi última estancia en el norte de África tuve contactos con hebreos que residían allí. Conozco nombres y ceremonias que me facilitarán poder entrar en un círculo tan cerrado como este. Délo por hecho, será cuestión de un par de semanas.

—Eso espero, la supervivencia del tribunal inquisitorial de Mallorca depende de tu trabajo.

13

Tribunal de la Inquisición, Mallorca, 1674

Es un día frío, las nubes cubren la capital del reino de Mallorca como un manto de tela grisácea, amenazadora. En las calles adyacentes a la Casa Negra, como se conoce a la sede de la Inquisición, las gentes que pasean huelen la lluvia cercana. Un olor particular, a humedad, a tormenta. Se está acercando un diluvio sobre la isla y la mayoría de transeúntes se disponen a buscar cobijo. En la vecina calle del Segell los tenderos se apresuran, entran las mercancías en las boticas. Todo el mundo tiene prisa, corren y trajinan productos de un lugar a otro. Frenesí, ansiedad, cabe recoger todo aquello que se pueda estropear con el agua. En la plaza de la Pescateria Vella las mujeres también se inquietan. El cielo ha pasado de tener un color gris a tomar una tonalidad negra. Se oyen gritos, carreras. Empiezan a caer las primeras gotas. De repente un gran relámpago y un trueno acallan todos los ruidos. Por un segundo, por un leve instante de tiempo el silencio se torna tangible. Lluve a raudales. En un instante las calles antes pobladas de una variopinta multitud han quedado del todo desiertas y ahora el agua corre por el empedrado rumbo al mar, en un viaje circular que nunca termina.

La sede del tribunal de la Inquisición en Mallorca está abierta. En la puerta tres familiares del Santo Oficio, vestidos de negro, velan por la seguridad del lugar. Dos de ellos tienen la mano sobre la empuñadura de la espada. El otro sostiene un mosquete dispuesto a utilizarlo si hiciera falta. Es una amenaza que no pasa desapercibida para nadie. Miran con desconfianza a todos los que pasan corriendo para refugiarse de la lluvia. Están tensos, hoy hay una vista y cabe estar alerta. Más alerta que nunca porque la rea es una bruja seductora de frailes, y el mal siempre tiene muchos seguidores.

Mientras tanto, en la sala se respira la tensión. Hoy ha sido convocada a declarar una de las testigos de cargo contra fray Ozones. Una de las principales, Antonia Comas. Hace quince días que se encuentra en las cárceles secretas, aislada e incomunicada. Este tiempo habrá servido para que recapacite, para que hable y cuente todo lo que sabe, todos los detalles, uno por uno. Es necesario determinar cuántas personas han tenido acceso al libro. Es una obra demasiado peligrosa. Y el diablo, como todo el mundo sabe, siempre encuentra adeptos, y de una forma especial entre las mujeres. La Inquisición necesita saber quiénes lo han usado y para qué. Sin duda hay señales que en la ciudad hay una plaga de brujas, endemoniados, hechiceras y buscadores de tesoros que han roto la paz pública. Y la misión de la

Inquisición es restablecerla, velar para que nada altere el sosiego de los buenos cristianos, de los creyentes devotos. En menos de doce meses el Santo Oficio ha abierto catorce expedientes, condenando nada más ni nada menos que a doce mujeres, con dos exorcismos que provocaron una ola de terror ciudadano jamás vista. También se procesaron a dos hombres, entre ellos Antoni Rosselló, escribano del verger que, con un esclavo moro, buscaba tesoros en una casa abandonada, junto a la Catedral y a un maestro de escuela que andaba leyendo el futuro en las líneas de las manos y que además afirmaba, sin ningún tipo de vergüenza, que en el cielo hay más de mil estrellas. Sin duda la herejía se ha alojado en el reino como un quiste. Y como un quiste se tiene que extirpar. Y para acabar el juicio de Ozones ha terminado de aterrorizar a la población. El asunto del libro se ha hecho público, y no hay manera de que la paz vuelva a reinar. El miedo domina la noche de lo que antaño fue una plácida población. Nadie sale de su casa.

Los miembros del tribunal están a punto, listos para empezar. En el centro el inquisidor, a la derecha el notario, preparado para levantar el acta; a la izquierda hoy se sienta otro juez, un doctor en ambos derechos, y teólogo acreditado, del mismo Santo Oficio puesto que el tema que se tiene que juzgar es importante, está en juego la credibilidad misma de la Iglesia de Mallorca. A un lado de la mesa principal, se erige la que preside el fiscal Fontamar.

El tribunal hace pasar a la mujer que estaba en el pasillo, junto a dos guardias. Una joven de unos veinte años, de cabello oscuro, de tez lechosa, vestida con una larga camisa blanca, la que comúnmente llevan las presas. Entra y se coloca frente a los jueces. Se le pide la filiación, el discurso de la vida y la genealogía que recuerde y se realiza la prueba de costumbre. Que rece el Credo.

La testigo empieza por la oración. La sabe de memoria, no tiene ningún problema. Creo en Dios Padre Todopoderoso creador del cielo y la tierra. Cuando termina se identifica.

—Me llamo Antonia Comas, de estado soltera, vivo en la calle del Carmen, junto al convento, en el domicilio de mis padres. Mi padre se llama Juan Comas, es natural y vecino de esta ciudad, de oficio tendero; mi madre es María Comas, natural de Alaró. No me acuerdo de mis abuelos, murieron antes de que yo naciera. Mi padre no tiene hermanos. Mi madre tiene una hermana que vive en el mismo pueblo de Alaró, Catalina, casada y con tres hijos. Solo sé que uno de ellos se llama Miguel. He olvidado el nombre de los demás, entre otras cosas porque no los he visto nunca ni he tratado con ellos.

Todos mis parientes son cristianos viejos, sin que hayan estado procesados por causa alguna. Siempre hemos presumido que durante el caos de las germanías permanecimos fieles al emperador. Nací en esta capital, y siempre he vivido en la calle del Carmen. Nunca he salido del reino y mi comportamiento siempre ha sido la de una fiel y devota cristiana, como pueden atestiguarlo los religiosos de dicho convento, que frecuentaba muy a menudo. He participado activamente de todos los actos litúrgicos, ritos y procesiones que se hacían en mi parroquia como puede acreditarlo el párroco de San Miguel. A parte de lo dicho no tengo nada más que añadir respecto a mi persona o a la de mi familia. Solo pedir la misericordia del tribunal para que perdone mis pecados que pudiera haber cometido y de los cuales estoy completamente arrepentida.

El juez se da por enterado, mientras que el fiscal la observa con un cierto aire de incredulidad, de desconfianza. De repente se levanta, se dirige hacia ella y la interroga.

—¿Tiene usted algo que decir sobre el viaje que pretendían realizar cuando fueron interceptados por hombres del virrey?

—Ante todo quiero afirmar para que el tribunal lo tenga en cuenta que los actos que he realizado a lo largo de mi vida siempre respondieron a una gran devoción religiosa y que soy una buena feligresa. Por eso hace unos meses empezamos a mantener contacto con fray Ozones. Este carmelita siempre fue muy atento y simpático con nosotras, nunca hubiéramos creído que era un lujurioso y un hereje. Nos asesoraba en múltiples cuestiones, y nos explicó que el camino de la santidad pasaba por predicar misiones entre los infieles, que las mujeres podían evangelizar y convertir mucho mejor que los hombres, y nos puso como ejemplo a la misma Virgen. Nos advertía de lo fácil que es para una mujer pecar, que sus cuerpos siempre estaban dispuestos a ello y que por esto mismo debíamos sacrificarnos para merecer la gloria. Era un discurso que repetía de forma constante. Hasta que al final nos convenció. Nos indicó que la salvación pasaba por la conversión de infieles y que por ello debíamos viajar a Roma para pedir autorización al Santo Padre. Le explicamos que era algo que nosotras no podíamos hacer, porque debíamos pedir permiso a nuestras familias, a las autoridades civiles y religiosas. Pero él nos repetía constantemente que para este menester no era necesaria la autorización de nadie, ni del prior del convento ni del virrey, puesto que solo respondemos ante Dios. Simplemente se trataba de entrar en contacto con alguna nave que partiera hacia Italia y desde allí el resto sería muy fácil. Se

veía a fray Ozones bastante interesado en la conversión de infieles, y mucho más respeto a la salvación de nuestra alma. Nos dijo que él conocía muy bien aquella tierra. Que había estado allí y que no tendríamos ningún problema. La presión constante, los relatos de la maravillosa vida de los santos y de lo hermosa que era Roma nos convencieron. Así que quedamos todos de acuerdo. Fray Ozones se encargó de los pormenores del viaje y de contactar con un capitán. Al cabo de unas semanas nos comunicó que lo tuviéramos todo preparado. Que saldríamos a la noche siguiente con destino a Porto Colom, donde nos esperaba una nave que partía hacia Nápoles. Ese mismo día nos animó, nos contó cosas de Italia, cosas hermosas de las que nosotras nunca habíamos oído hablar. Nos habló de colores, de sabores y de olores. Estoy convencida de que esas palabras nos hechizaron y nos hicieron perder el sentido común, puesto que aceptamos la locura de partir.

»Y así fue, antes de que cerrasen las puertas de la ciudad nos reunimos en la plaza de San Antonio, sigilosamente, pues temíamos la reacción de nuestras familias, y salimos toda la comitiva, una amiga, yo y dos carmelitas. Tomamos el camino de Porto Colom. La primera noche andamos muy aprisa y recorrimos un largo trayecto descansando solo lo justo. Al alba habíamos recorrido parte de nuestro camino y alcanzamos el puerto al atardecer. Ciertamente, allí nos esperaba una nave que se disponía a partir hacia Nápoles. Fray Ozones inició una conversación con el capitán y después de cruzar algunas palabras subimos a bordo. Después se acercaron unos marineros y nos dispusieron en la misma cubierta. Estaba oscureciendo y la gente preparaba los últimos detalles para poder marchar a la mañana siguiente, a primera hora.

»Pronto cayó la noche. Entonces cuando todo el mundo estaba durmiendo fray Ozones se dirigió hacia mí, se sentó a mi lado y me empezó a tocar, a besar en el cuello. Luego me masajé los pechos mientras me decía que aquello era normal, que san José hacía lo mismo con la Virgen. Tomó uno de mis pechos y empezó a chupar mi pezón. Mientras tanto su compañero levantó las faldas a mi amiga, se arrodilló frente a ella y, sacando sus partes pudendas, la tomó allí mismo mientras invocaba a los santos y a los arcángeles. Ozones continuó haciéndome cosas, lamía mi oreja y me decía que para hacer el bien primero había que hacer el mal. Que eso no era fornicar, que Adán y Eva lo hicieron y tampoco estaban casados. Era la voluntad de Dios que nos empujaba a ello. Era natural, y por eso divino.

»Yo no quería, me negaba a realizar aquel pecado, me resistí pero fray

Ozones continuaba insistiendo, chupándome los pezones, estrujándome los con sus manos mientras rezaba, creo que en italiano pero no estoy segura de ello. Me sentía aturdida, no entendía qué estaba pasando. Fue entonces cuando oímos el galope de caballos y voces. Eran hombres armados, guardias del virrey. Todos los que estábamos en el barco nos asustamos. Después subieron a la nave y dieron el alto a todo el mundo, llevaban una orden de las autoridades para registrar la nave y aplicar la fuerza, si era necesario, para detener a unos prófugos de la capital. Luego nos vieron, nos arrestaron primero a nosotras y después a los dos carmelitas. Nos bajaron del barco y nos llevaron a tierra. Nos ataron las manos a la espalda y nos obligaron a sentarnos en el suelo. El furriel que comandaba la compañía nos miró, luego se dirigió a los carmelitas y comprobó que sus ataduras estuvieran fuertes. Nos dejó vigilados estrechamente por los soldados mientras iba a buscar un transporte. Al cabo de un par de horas llegó con un carro y una mula, nos subieron y empezamos el camino de regreso. Cuando estábamos en ruta fray Ozones se acercó y me dijo con voz débil y preocupada que si contaba algo a alguien me mataría, que tenía una serie de conjuros para acabar con sus enemigos, y que haría lo posible para que el demonio se llevara mi alma y destruyera mi cuerpo de la forma más horrible posible. De Porto Colom fuimos hacia Felanitx, y cuando cruzamos la villa todo el mundo salió a la calle para mirarnos. Nos señalaban, muchas personas se santiguaban cuando nos veían. Nos insultaron, nos llamaron brujas, hijas de Satanás, luteranas, putas... Algunos pedían a los guardias que nos quemasen en la hoguera, que no nos querían en el pueblo. Yo estaba muy avergonzada y arrepentida de todo lo que había pasado, de haberme fugado de casa, de pretender alcanzar la santidad. Salimos de Felanitx. Parecía que nunca llegaríamos a nuestro destino. Al final vimos los muros de la ciudad y nos dirigimos hacia la puerta Pintada. Entramos, y después, a pie, nos condujeron por la calle de Sant Miquel hasta la casa del Santo Oficio. Allí se nos registró, y el alguacil junto con dos guardias nos condujo hasta las cárceles. Primero se llevaron a los carmelitas. Al cabo de un rato vino el alguacil y nos dio dos vestidos blancos, nos dijo que entráramos en la celda, que nos quitásemos nuestra indumentaria y nos pusiésemos los atuendos que nos había entregado. Inmediatamente nos quitaron todas nuestras pertenencias y nos metieron en las cárceles secretas donde permanecemos incomunicadas.

El fiscal mira fijamente a la joven. No la cree, duda de lo que ha dicho. No puede ser que toda la culpa revierta sobre dos religiosos. Todo el mundo

sabe que las mujeres son pecadoras por naturaleza y que tienen la habilidad de pervertir a los hombres, y también a los monjes. Esta historia no tiene ni pies ni cabeza. Necesita conocer toda la verdad por el bien de todos. Tiene una pregunta más. Necesita saber algo muy importante para la causa. El fiscal se levanta, en sus ojos se puede ver el odio, se acerca amenazador y le pregunta.

—¿Sabe usted leer? ¿Aprendió las letras en alguna escuela o con algún maestro?

Antonia Comas lo mira, con miedo. Sabe que este hombre es peligroso, lo intuye. Se lo han dicho muchas veces. Toda la ciudad conoce que le gusta atormentar a la gente, que disfruta con ello.

—No. Nunca aprendí a leer. Mi aprendizaje únicamente se centró en las labores del hogar.

El fiscal no se inmuta. Acerca su cara a la de la rea, la mira fijamente y le lanza una pregunta.

—¿Le enseñó fray Ozones algún libro?

—No, nunca he visto que fray Ozones tuviera un libro.

—Ilustres señores inquisidores, es el parecer de este fiscal que la testigo no ha dicho toda la verdad, ni comunicado al santo tribunal todos los cómplices que participaron en los hechos que se están investigando. Dado, pues, que la testigo no parece tener intenciones de colaborar, dado que se presume pacto implícito y explícito con el demonio, este fiscal pide que se le aplique tormento, todas las veces que hiciera falta, hasta que cuente toda la verdad.

Los inquisidores comprueban que el notario ha tomado nota de todo. Luego se miran y el inquisidor se dirige al fiscal, con un rostro un tanto burlón, sarcástico. Conoce su afán por averiguar la verdad con todo tipo de torturas. Le gusta, lo sabe. Pero también sabe que en muchas ocasiones se ha dejado comprar.

—Reconocerá el señor fiscal que siempre pide lo mismo, el tormento para poder esclarecer la verdad. Y sabrá de sobra que este tribunal siempre ha rehusado su uso. No creemos conveniente en esta, y en otras ocasiones, la aplicación de la tortura. Así pues, se le deniega en parte. Por lo que se refiere a la acusación y al pacto con el diablo entendemos que no existen pruebas, al menos de momento, para mantener semejante afirmación. No obstante, y para el bien del alma de la testigo y por el de la misma Iglesia, consideramos oportuno que sea devuelta a las cárceles secretas hasta que hayan declarado los demás informadores. Tras todas estas diligencias el tribunal proveerá.

El fiscal asiente con la cabeza, sin decir palabra alguna. Cree que este inquisidor hace caso omiso a todo lo que él sostiene. Cada vez está más convencido que esos actos son merecedores de una censura, pues no obra con la diligencia necesaria ni con la autoridad suficiente propios de su cargo. Con esta actitud el tribunal no podrá frenar el incremento de acólitos del maligno. En poco más de doce meses ha habido muchos casos de brujería que el inquisidor trata siempre como casos menores, embaucadoras llama a las brujas. Y por supuesto son brujas, no embaucadoras. Empieza a ser hora de enviar una carta de protesta a la Suprema. Teme que el inquisidor Prado actúa contra los dictámenes de la fiscalía por celos y animadversión, o quizás las sombras que el demonio proyecta sobre el reino también le han alcanzado.

Los guardias conducen a Antonia Comas de regreso a su celda, pero la testigo tiene miedo. Las palabras del fiscal la han aterrorizado. Ya ha dicho todo lo que sabía pero no la creen. Piensan que sabe mucho más. Pero... ¿De qué? ¿Qué quieren que les cuente? Los dos familiares del Santo Oficio la empujan dentro de su celda y cierran la puerta. Ella queda en silencio, se coloca en un rincón y empieza a llorar. Siente la soledad, el temor, el abandono, la indefensión. No sabe qué hacer, solo depositar su futuro en las manos de Dios. Él la salvará.

Ante el tribunal de la Inquisición está una mujer, sola, vestida únicamente con una larga túnica blanca, medio roída, la que generalmente llevan las presas en las cárceles secretas para que no puedan ocultar nada. Debajo está desnuda y se puede entrever parte de su cuerpo, especialmente sus pechos. El inquisidor Baltasar de Prado se siente un tanto incómodo por la casi desnudez de la mujer, casi a disgusto. El fiscal, por su parte, tiene la cara roja y los ojos ávidos, la observa detalladamente, no pierde ocasión para fijarse en los senos duros de esa joven, en sus caderas. Los demás no prestan atención. Están acostumbrados. El fiscal se dirige a ella y le pide que explique, con todo detalle, lo que pasó en el barco, cuando querían salir junto con los dos frailes y su amiga hacia Italia. La joven titubea, luego empieza a hablar. Lentamente, avergonzada por lo que va a explicar. Temerosa.

—Subimos al barco todos los que nos dirigíamos a Italia. Nuestros guías eran el padre Ozones y el padre Seguí. Confiábamos en ellos. Nos habían asegurado que ganaríamos la gloria, la santidad. Que iríamos a predicar entre infieles y crearíamos una misión que sería reconocida en toda la cristiandad. Que el Santo Padre de Roma nos recibiría y nos bendeciría con agua del Jordán. Los creímos. No teníamos porqué dudar de sus palabras. Después se hizo de noche. Y entonces empezó a cambiar todo. Ozones sacó los pechos de mi amiga y los empezó a chupar mientras la tocaba por todas partes, le alzó la falda y su sexo quedó al descubierto. Ozones la contemplaba, nervioso. La manoseaba y le aseguraba que aquello estaba bien, que era voluntad de Dios. Luego, el padre Seguí se acercó a mí, también me empezó a manosear los pechos. Me resistí pero luego él me dijo que si no satisfacía sus deseos el demonio me poseería y me llevaría al infierno. Acto seguido me levantó todo el vestido, sacó sus partes y las clavó dentro de mí. Intenté contener mi miedo y mi angustia, intenté no chillar para no provocar un alboroto entre los marineros. Seguí continuó forzándome. Me arrebató la pureza. Entonces, de repente, puso su semilla dentro de mí. Cuando estaba retirándose oímos voces y gritos. Era la guardia del virrey que subió a la nave y nos detuvo a todos, luego nos trasladaron a la capital, y nos pusieron en prisiones.

—¿Le dijo algo más fray Seguí?

—En el barco, mientras me poseía, no paraba de susurrarme que aquello era lo justo. Que era un mensaje divino y que san José también lo hacía a diario con la Virgen. Solo repetía cosas de estas. Sin parar. Pero luego,

estando en prisión a través de unas mujeres me llegó un mensaje suyo. Me comunicó que si decía alguna palabra de esto me iba a matar. Que yo era una bruja que lo contaría al tribunal y que lo creerían a él y no a una puta como yo.

—¿Y fray Ozones? ¿Dijo algo?

—No, no me dijo nada. En absoluto. Solo nos convenció para ir a Italia.

—¿Alguna vez habló de un libro especial?

—No, nunca.

—¿Está segura de que nunca comentó nada de un libro, ni de un sortilegio o encantamiento?

— Estoy segura.

—Requiero a este tribunal para que se haga una prueba de fe y de conciencia aquí mismo con la acusada, que a mi entender es necesario para averiguar toda la verdad, sin que ello implique tormento alguno, solo una pequeña advertencia, un recordatorio que en el dolor se halla la verdad.

—Bien, sea concedida la prueba demandada por el fiscal —manifiesta Prado que nunca le han gustado este tipo de interrogatorios.

Fontamar se dirige a los guardias para que procedan a la prueba testifical. Estos cogen a la acusada, le quitan la túnica y queda totalmente desnuda. Luego le atan las manos a la espalda. Mientras uno de ellos la inmoviliza por detrás, el otro se planta frente a ella y con unas pequeñas tenazas le coge un pezón, apretando fuerte y tirando del mismo. La rea grita y se retuerce de dolor. Jura por Dios que no sabe nada, que ha dicho todo lo que sabía.

El fiscal la mira, insiste. ¿Seguro que fray Ozones no dijo nunca que tenía un libro mágico escrito por el mismo demonio y que podía lograr cualquier cosa?

—Seguro, seguro, nunca habló de libro alguno.

Fontamar mira a los guardias y agacha la cabeza, es una señal que ellos comprenden perfectamente para que continúen con el ritual de la prueba. El guardia toma otra vez las tenazas y al tiempo que aprieta fuertemente el pezón la gira un par de veces. Es un dolor insoportable. La mujer lanza un grito y se desmaya. Por su pecho corre un pequeño hilillo de sangre. Esperan unos segundos hasta que recupera el sentido. Luego el fiscal se dirige de nueva a ella. Insiste.

—¿Seguro que nunca dijo nada?

—Sí —responde con voz entrecortada y titubeando—, una vez dijo que tenía... un libro hecho por brujas... y que lo... usaba continuamente... para...

hacer aquello... que quería.

—¿Y el padre Seguí?

—Este era... peor... que Ozones. Seguí... me dijo... que sabía... convocar a brujas y demonios, y... qu...e lo hacía de ordinario... que... podía... vo...lar.

—Bien, por fin este tribunal ha podido conocer la catadura moral de Seguí y de Ozones. ¿Ha visto el señor inquisidor que con un poco de presión y buen hacer se logran confesiones que nunca se darían en otras circunstancias? Si hubiéramos aplicado el tormento a todos en el día de hoy ya habríamos concluido todas y cada una de las diligencias y llegado al conocimiento de la verdad.

—Sí, ya veo —responde Prado, con cierto desagrado por lo que ha pasado y por lo que ha oído—. Bien —continúa Prado—, vista la declaración y si el fiscal no tiene más preguntas que la presa sea devuelta a su celda y que se llame a la testigo de cargo siguiente.

Los guardias se llevan a la mujer arrastrándola, apenas puede caminar, está mareada y todo el cuerpo le tiembla, como si realizase un baile macabro, una danza del horror. Luego, al cabo de unos minutos entra en la sala, también acompañada de dos familiares del Santo Oficio, Manuela Calafat, una vecina del convento del Carmen que ha sido citada.

La mujer se coloca delante del tribunal. El fiscal empieza el interrogatorio.

—Diga la testigo su filiación y genealogía.

—Me llamo Manuela Calafat, soy viuda de Joan Calafat, carpintero. Tuvimos un hijo, Juan, que murió a la temprana edad de doce años, y resido en esta ciudad, en la calle del convento del Carmen. Mis padres eran de este reino y ciudad, todos ellos ya han muerto. Presumo de ser cristiana vieja, sin mácula y nunca contaminada por sangre impura. Siempre he cumplido con los deberes de una fiel devota, participando de todos los actos litúrgicos, procesiones y trabajos religiosos que se realizan en el convento del Carmen y en mi parroquia. Mi confesor es el padre Francisco Crespí, de la parroquia de San Miguel.

—¿Conoce usted a fray Ozones?

—Sí, es un religioso que estaba en el convento. Siempre andaba rodeado de muchachitas. Nunca me gustó su comportamiento, era demasiado alegre. Pero a mí nunca me dijo nada y nunca se me insinuó.

—¿Y conoce a fray Seguí?

—Sí, también. Como Ozones es un fraile del convento del Carmen. Es un bravucón, siempre está molestando a las feligresas. En una ocasión se atrevió a tocar mis partes, pero le recriminé su osadía aunque, en un principio, no dije nada por temor puesto que me amenazó con enviarme un demonio a mi casa para que me torturase por las noches. Se situó delante de mí. Mirándome fijamente a los ojos. Entonces levantó las manos y las colocó sobre mi cabeza mientras recitaba palabras extrañas y enigmáticas. Solo pude entender dos de ellas “Belcebú” y “Lucifer”. Aquello me trastornó por completo. Esa misma noche, cuando estaba en la cama, un animal grande, negro, de larga cola entró en mi cuarto y se puso a los pies del lecho. Entonces invoqué a Jesús, María y José, recé y aquel animal desapareció, se esfumó en el aire como por arte maléfica.

—¿Se lo contó a alguien?

—Sí, al día siguiente fui directamente a confesarme y expliqué al sacerdote lo que me había pasado la noche anterior. Él me tranquilizó y me aconsejó que, antes de irme a dormir, rezase el rosario en mi habitación. Desde entonces siempre lo he hecho y nunca más se repitió la aparición.

—¿Alguien le contó o ha oído contar algo sobre fray Seguí y sus invocaciones diabólicas? ¿Ha visto, percibido o notado algún conjuro realizado por Seguí realizado con artes oscuras?

—Bueno, sobre invocaciones no. Pero una vez oí a unos hombres que pasaban por la calle del Carmen, sin que pudiera saber quiénes eran y de dónde venían, que fray Seguí estaba loco, que le habían oído defender a Lutero. Al parecer Seguí afirmó que el obispo era un necio y que sus palabras dominicales tenían menos crédito que las de Lutero.

El fiscal mira atentamente al inquisidor Prado, que mantiene una leve sonrisa en los labios. Prado está enemistado con el obispo por una cuestión de protocolo. El domingo de resurrección del año pasado, en el oficio de la mañana, el obispo hizo que un carpintero rebajase dos pulgadas las patas de la silla del Inquisidor, para que estuviese por debajo de él. Aquello acabó en un gran enfrentamiento entre los dos, y se decretó la prisión del carpintero que hizo el trabajo. Prado quería excomulgar al obispo, incluso llegó a publicar algunos edictos sobre esta materia, pero desde la Corte se lo impidieron. Desde entonces las relaciones entre ambos son más que tensas. No se pueden ver. Por eso las palabras de la mujer le han arrancado una sonrisa cínica.

—Bien. ¿El fiscal tiene alguna pregunta más para la testigo?

—No, ninguna otra eminencia.

—Pues se puede marchar a su casa.

Con esta vista las declaraciones han finalizado. Ya no hay más testigos. Las pruebas acumuladas, las confesiones, todo parece indicar que los dos frailes son culpables. Y que merecen un castigo ejemplar.

El inquisidor se dirige al fiscal y le pide que se reúna con él, en cuarto aparte, para dictar sentencia. Ambos se levantan y salen de la audiencia. Van con paso rápido al pequeño cuarto que está junto a la sala de vistas. Se sientan y empiezan a discutir. No cabe duda de que todos son responsables de varios delitos heréticos. Prado, como inquisidor, es el que establece las pautas. Son culpables, pero en grados diferentes y bajo circunstancias también diferentes. Fontamar, como fiscal, debe ser más duro, más implacable. Todas las faltas son muy graves. Ha quedado demostrado que todos y cada uno de los participantes en los actos enjuiciados han realizado pactos explícitos e implícitos con el demonio, son herejes, y de costumbres insanas para la Santa Madre Iglesia. Quedan perfilando la sentencia y al fin llegan a un acuerdo. Se les leerá ante la asistencia de doce frailes, seis de la orden del Carmen, y otros seis de las distintas órdenes de esta ciudad, asimismo acudirán doce religiosos de distintas parroquias y doce familiares del Santo Oficio. A Ozones, el rebelde, se le imponen cuatro años de destierro de este reino, y también de la Corte, debiendo estar recluido en un convento en Cataluña, con severas penitencias, a tenor de sus pecados, que se dejan al arbitrio del prior. Una vez concluido el destierro Ozones perderá todos sus privilegios dentro de su orden, carecerá de voz y voto durante el resto de su vida, y siempre será el último en todos los actos ordinarios, extraordinarios y cotidianos. A Seguí se le imponen diez años de destierro, los cinco primeros de ellos deberá cumplirlos como galeote al servicio del rey, sin sueldo y sin privilegio alguno, remando como uno más de la chusma. Los otros cinco los pasará recluido en un convento de Andalucía, con severas mortificaciones y ayuno permanente. Al acabar perderá la voz y el voto, y en todos los actos que se realizaren será el último. Las dos mujeres, Antonia Comas y su amiga María Ginés, serán paseadas por las calles de costumbre de la ciudad en pública vergüenza, desnudas de cintura para arriba, se les darán cien azotes a cada una y después serán desterradas del reino, pero también de Barcelona y de la Corte, durante un periodo de dos años.

15

Convento del Carmen, Lérida, 1676

Fray Antonio Ozones está en su celda, una para los frailes díscolos, rebeldes. Para aquellos que han infringido alguna norma y necesitan ser reconducidos hacia el camino de la Salvación. Una para pecadores. A él le da igual. Sabe que se salvará, conoce su destino. El destino que el libro le ha proporcionado y que viene del más allá. La fama, la santidad, la gloria, el reconocimiento de todos los hombres, pero en especial de las mujeres. No hay nada en el mundo que le guste más que una mujer. Ha tenido problemas en otras ocasiones con la iglesia y con la justicia pero siempre ha salido bien parado. El libro lo ha salvado. Desde que se lo entregaron en Pavía su mundo ha cambiado por completo. Y todo le ha ido bien. Especialmente en Italia. Si no hubiera sido por la delación de sus malditos compañeros mallorquines ahora estaría lejos. Estaría de nuevo en Roma, divirtiéndose como antaño. Aunque dentro de lo que cabe no ha quedado tan mal parado como muchos pretendían. De hecho la sentencia que le aplicó el tribunal de la Inquisición de Mallorca ha sido leve. Creía que sería peor, mucho peor. Aunque también estaba seguro que el libro lo protegería de sus enemigos. Y así ha sido. Es un ensalmado, un protegido de los ángeles. Ahora solo cabe esperar que termine la sentencia impuesta por el tribunal. Un castigo suave que le obliga a un retiro de meditación y recogimiento en Cataluña y a una penitencia que aún desconoce. Será poca cosa. ¿Un mes a pan y agua? ¿Rezar el rosario dos veces al día, tres? ¿Asistir a misa diaria? Nada. Podrá con ella, seguro. Será leve, llevadera. Después podrá retornar a su vida normal. Quiere regresar a Italia donde la vida sale al encuentro de las personas. A la Italia de los olores, de los colores, de la vida en la calle.

Su celda del monasterio es pobre, está desnuda y es fría, pero podrá aguantar. Está descansando en su camastro mientras recuerda sus días en Cerdeña y en Italia. Cáller fue lo peor, pero Nápoles. Dios mío, Nápoles fue la gloria y cató el sabor de muchas mujeres, el aroma de sus sexos abiertos. De tantas que ya ni si acuerda. Dios, eso era vida, la de Nápoles. En Roma también se divirtió, pero no tanto como en Nápoles. Luego vino Liorna, Florencia, Pavía, Milán... Pero volverá algún día y la retomará de nuevo. Vivir en libertad completa, dueño de su destino. De repente oye pasos en el corredor que se dirigen hacia su habitación. Son pasos pesados, hay más de una persona. A los pocos segundos oye como retiran el pestillo de la gruesa puerta que cierra su cuarto y entra su viejo rival en Pavía, Domingo Sierra y

cuatro religiosos más de su orden, altos y fornidos. Parece su guardia pretoriana. Su escolta personal. Piensa que Sierra siempre le ha gustado demasiado presumir. Es un maldito titiritero, un saltimbanqui que alardea constantemente de su poder. ¡Qué sabrá él del poder verdadero! No sabe qué quieren, pero intuye problemas. Los rostros risueños de sus carceleros no auguran nada bueno.

—Bienvenido a esta mi humilde posada, mi querido amigo —saluda burlonamente Ozones—. ¿Acaso puedo servirte en algún menester? ¿Has olvidado alguna cosa que no puedes recordar y necesitas ayuda? ¿Necesitas algún consejo amoroso o teológico? —añade cínicamente.

—Mira por donde, nuestro buen amigo Ozones está a nuestra disposición. Te advertí en Pavía, después que me levantarás la mujer, que un día u otro me lo ibas a pagar con creces. Y creo que ha llegado el momento de saldar viejas cuentas.

Sierra se dirige a los hombres que lo acompañan y les ordena que inmovilicen a Ozones. Es una tarea fácil, Ozones no se resiste. Cree que lo quieren azotar. Que lo golpearán un poco y que luego se irán. Aunque tenga un poco de temor se siente seguro. La influencia del libro aún llega hasta allí. Diga lo que diga Sierra no le puede pasar nada. Continúa siendo un ensalmado. Protegido por multitud de sortilegios. Sus compañeros de orden lo atan con las manos a la espalda. Luego cogen una vara, larga, y la colocan en medio de sus pies, atándolos fuertemente de tal forma que sus piernas quedan totalmente abiertas.

—Bueno, supongo que conoces la sentencia que se te impuso. En ella se disponía y se dejaba totalmente claro, que era el convento de tu destino quién debería aplicarte la penitencia que considerara más oportuna, a tenor de los pecados que has realizado a lo largo de tu miserable y escandalosa vida. Castigo que estaba únicamente a discreción del prior.

—¿Crees que golpeándome o atándome conseguirás algo, amigo Sierra?

—No, ya sé que los golpes no servirían para nada. Pero mira por donde que el prior y yo tuvimos una larga conversación sobre cuál debía ser tu destino. Y como te conozco muy bien sé qué tipo de problemas podemos esperar de ti en el futuro. Pero como lo sabemos lo vamos a remediar. El prior, lógicamente asesorado por mi buen criterio, llegó a una conclusión. Una conclusión que yo, muy hábilmente, le sugerí o para ser más exactos, le ayudé en su elección, lo dirigí. Una cosa estaba clara. Tus pecados los podemos resumir en dos. Sin duda lo que más te importa, lo que más anhelas en esta

vida. La comida y las mujeres. El primero, como bien sabrás por el tiempo que llevas aquí, ya se está aplicando. Desde que llegaste estás a pan y agua, y así seguirás hasta que concluya tu arresto. Te hacía falta una devota dieta de buen cristiano. No comerás nada más. Ni por supuesto beberás vino. Sé que esto será muy duro para ti. Y por ello mismo me alegro. Supongo que una personalidad como la tuya, aunque apesadumbrado por la falta de comida, sabrá sobrellevarlo. Contarás los días que faltan para la remisión de tu condena, anhelando disfrutar de un banquete de carne asada y de buen vino. Pero esto será dentro de unos cuantos años. Despidete de ello por ahora y por una larga temporada.

—Sobreviviré a ello Sierra. Cuando salga de aquí, ten por seguro que voy a salir, me beberé una jarra de vino a tu salud, y por los viejos tiempos de Italia cuando me follé mil veces a tu querida. En un día le ensanché el coño más de lo que tú hubieras hecho en toda tu vida. Eres un mal amante Sierra, siempre lo serás.

—Bueno Ozones, no deberías utilizar este lenguaje. Y más cuando estás a mi plena disposición. Podría matarte, ¿sabes? Te podríamos quemar vivo. Pero esto sería demasiado suave para ti. Tienes que probar una medicina que aliviará todos tus pesares. Y es aquí cuando te explico cómo solucionaremos el segundo de tus pecados más comunes, y el que más te gusta. Las mujeres.

Ozones, con una sonrisa en los labios, se queda mirando a Sierra. ¿Qué le pueden hacer para que no piense en mujeres? ¿Le sugerirán a caso que lea las obras de los místicos? ¿Le harán leer pasajes de la Biblia diez veces al día? Sonríe porque todo ello será inútil.

—Hemos estado pensando muy detenidamente, para tu información, cómo remediar una vileza como esta y hemos llegado a una solución definitiva —continúa Sierra—, la única posible pero permanente. Para siempre. Esta noche, mi querido Ozones, dejarás de ser hombre. Te castraremos. Te vamos a cortar los huevos. Es la única solución. A partir de hoy serás una persona nueva, tranquila, sosegada, calmada, muy calmada y no volverás a crear ningún otro problema con mujer alguna. Dejarás de pensar en las mujeres y de desearlas. Serás un maldito eunuco que engordará como un cerdo.

El rostro de Ozones se ha vuelto blanco. Ya no sonríe, la cara de burla ha pasado a ser una cara de tremendo pavor.

—No serás capaz de hacer una salvajada como esta Sierra. Te conozco, no puedes hacerlo. No puedes, me oyes. ¡No puedes! —afirma gritando.

—Claro que puedo. Puedo hacerte esto y mucho más. Mira si puedo

hacerlo que además, cuando te haya cortado los huevos los voy a poner en un pequeño tarro y los voy a conservar como recuerdo. Cada día pasaré a enseñártelos por la mirilla de tu celda, para recordarte que no volverás a tener mujer alguna, para martirizarte. Y tú no podrás hacer nada —Sierra se dirige a sus compañeros para que amarren fuerte a Ozones.

Ozones grita, pide clemencia, pero Sierra no le hace el menor caso. El rostro de Ozones solo refleja terror. Sus gritos se convierten en aullidos y pide auxilio, pero sabe que nadie en el convento responderá a su llamada. Que se ha tomado una decisión casi colectiva. Intenta liberarse de sus ataduras, pero no puede, está totalmente indefenso. Empieza a llorar, a pedir perdón, a suplicar a su enemigo que tenga misericordia. Pero nada interrumpe el proceso que se ha iniciado.

Sierra se arrodilla frente a su enemigo y le levanta el hábito. Ha castrado a multitud de cerdos y este es uno más. No habrá diferencia alguna. Luego saca una navaja, con una mano coge los testículos y tira de ellos, con mucha fuerza, con rabia. Ozones intenta resistirse, intenta romper las ligaduras que lo atan a la espalda y hace presión con los pies, pero no puede hacer nada. Lloro desconsoladamente, chilla como un animal, pero su compañero no lo oye. La ira y la venganza pueden más. Cuando ha estirado suficientemente los testículos, provocándole un dolor insoportable, Sierra para. Luego los comprime fuertemente.

—Sientes como duelen, verdad amigo. Pues será la última vez. Después coge un testículo, con la navaja corta el escroto, poco a poco, metódicamente, y con los dedos saca una bola azulada, la extrae fuera y cercena la pequeña vena con la que estaba unido a la bolsa. Luego la ata con un pequeño hilo. A continuación hace la misma operación con el otro. Después, mientras Ozones ruge como un poseso, cose tranquilamente el escroto. La operación ha terminado, ha concluido felizmente. Se acabó presumir de hombría. Ahora solo será un maniquí. Coge los huevos de Ozones, los coloca en un pequeño tarro de cristal y los observa.

—Se terminó tu problema —afirma Sierra.

Ozones, pierde el sentido, se ha convertido en un castrado. Sierra ordena a uno de los monjes que lo curen para que pueda vivir con su penitencia de una forma permanente, para el resto de su vida. Nunca más podrá volver a follar. Nunca más levantará la mujer a otro hombre. Se la tenía jurada. Es el precio que se tiene que pagar por enfrentársele, por provocarle y hacerle quedar en ridículo ante todo el Milanesado. Pero Sierra también está

convencido que este acto, esta amputación, evitará muchos más problemas a la iglesia y sobre todo a su orden. Ozones era demasiado rebelde, su falta de vocación se manifestaba demasiado con su relación con las mujeres. Ahora esto ha terminado, definitivamente.

Sierra da unas palmaditas a la cara de Ozones, que poco a poco empieza a recobrar el sentido. Entre tinieblas ve el rostro risueño de Sierra y oye cómo se dirige a él, se agacha y de su boca salen unas palabras que le hieren en lo más profundo, que lo atormentan mucho más que cualquier otra tortura que le hubieran podido aplicar.

—Serás la puta de todos los leprosos que vengan al convento. Nunca más podrás follar viejo amigo. No eres ni un monje ni un hombre. No eres nada. Y aún te quedan casi cuatro años con nosotros, conmigo. Sin huevos estarás más tranquilo. Pero no te preocupes, yo velaré para que tu vida no sea aburrida. Esto aún no ha acabado. Desearás estar en el Infierno con todos tus pecados.

Los monjes liberan a Ozones de sus ataduras y lo depositan en la cama, luego salen todos de la celda, atrancándola tras de sí, para evitar fugas. Tras ellos oyen como aquel inquilino llora desconsoladamente y grita mientras ellos se alejan riéndose a carcajadas.

—Maldito seas para el resto de la eternidad Sierra. Qué Satanás sea testigo de tu crimen. Ojalá te pudras en vida. Maldito para siempre jamás. Me oyes, Sierra estás condenado al fuego eterno, repite mientras se retuerce de dolor y rabia.

Cuando la cuadrilla de monjes se aleja por el pasillo del convento oyen los gritos de Ozones, berridos más que gritos. Piensan que se está volviendo loco. Aprenderá a vivir así. Se lo tenía merecido. Con esta acción han ganado la paz, el sosiego y la tranquilidad para todos.

En los pasillos no hay nadie más. Al llegar a la altura del claustro los cuatro monjes dejan solo a Sierra y este se dirige a su celda. Deja el tarro con los testículos de Ozones en una repisa, al lado de algunos libros antiguos. Luego sale de su habitación y tranquilamente se dirige a entrevistarse de nuevo con el prior para tenerlo informado.

Al cabo de unos minutos Sierra llama suavemente a un despacho. Una voz le indica que pase. Dentro se halla el prior, leyendo un gran volumen; cuando lo cierra se puede ver el título “Vida de Elías y método para la contemplación y meditación, del doctor en ambos derechos Juan Carrión”, una de las obras de referencia de los carmelitas hispanos.

—¿Ha ido todo bien fray Domingo?

—Sí, perfecto. Todo ha salido según lo previsto. Le hemos realizado las primeras curas. Mañana se le visitará de nuevo y lo tendremos en observación algunos días, hasta que la herida cicatrice totalmente y no exista ningún peligro. Ha sido la mejor opción. Tal vez la única que teníamos. Era de prever que nos ocasionase muchos problemas. De esta forma todo estará mucho más tranquilo, en especial él y evitará más pecados. La orden ha ganado en tranquilidad, la iglesia en paz espiritual y nuestro convento en quietud.

—Así lo espero. Con una persona de la catadura moral de Ozones no se puede esperar nada bueno. En fin. Cabrá estar pendiente de él algún tiempo. Tampoco nos interesa que se muera de las heridas y que todo esto no haya servido para nada. Hay que estar más vigilantes que nunca.

—No se preocupe. Todo saldrá bien.

—Así lo espero, fray Domingo, así lo espero.

—Bien, lo dejo con su lectura. A la paz de Dios, prior.

—Que el Señor este contigo, fray Domingo. Buenas noches.

Mientras camina de regreso a su celda Sierra sonrío, tiene ganas de reírse a carcajadas pero se reprime. Tampoco hay que demostrar a todos que más que un asunto del gobierno interno del convento ha sido una venganza personal. Mientras camina recuerda los versos de un viejo romance castellano. “Tiempo era doña Urraca de cumplir lo prometido”. Pues eso, era tiempo Ozones de cumplir lo que te prometí en Pavía. Y hecho está. Pero la deuda aún no está saldada.

—Tengo muchas más sorpresas para ti. Estos cuatro años que estarás a mi cargo los vas a sufrir de veras. No te lo puedes ni imaginar —afirma Sierra a media voz mientras se dirige a su cuarto.

16

Convento del Carmen, Lérida, 1676

Ozones está acurrucado en un rincón. No se mueve. Quieto. Pensando. Domingo Sierra lo ha castrado como a un animal. Ahora ya no es un hombre. Es un muerto en vida. Sierra, un maldito puerco hijo de cien padres. Lo odiaba desde su pequeño altercado en Pavía. Pensaba que lo había olvidado pero su venganza ha sido cruel. Está desesperado. Se siente impotente ante la adversidad, aquí encerrado, aislado. Pero sabe cómo salir de esta situación. Sus enemigos creen que han vencido, pero él aún no ha dicho su última palabra. No saben a quién tienen enfrente. No estará aquí mucho tiempo. Lo han castrado, sí, pero esta guerra aún no ha terminado. Vendrán noches oscuras a este convento, las tinieblas se apoderarán de todos los rincones de este maldito lugar. Jura que se acordarán de él por el resto de sus asquerosas y miserables vidas. Aunque le han quitado el libro no le han quitado la memoria. Lo memorizó, casi por completo, del todo. Y sabe conjuros y sortilegios para remediar situaciones como esta, para salvarse, pero también para condenar, para que nadie jamás lo olvide. Alcanzará la gloria y la fama, trascenderá mucho más allá de lo que estos pobres infelices de frailes sin vocación habrían soñado nunca. Malditos puercos de mierda, lo pagarán caro. Irá más allá de lo conocido, a las esferas que Salomón predijo que serían el portal para la resurrección. Ese sabio, tras vencer a todo un ejército de demonios, pudo descubrir el secreto de la inmortalidad, las palabras mágicas que conducían a un nuevo renacer, a la verdadera Eternidad y no a esas milongas sin sentido de curas insatisfechos. Un sabio que además, como él mismo, supo valorar la belleza de las mujeres, y así lo plasmó en sus “Cantares”. Una resurrección no de la carne, sino del alma. Su alma ocupará otro cuerpo, donde pervivirán sus recuerdos, sus ideas y con él llevará a cabo su venganza contra todos los que habitan este convento.

Ozones se levanta, camina lentamente, con las piernas ligeramente abiertas, todavía siente el dolor de los puntos de sutura del escroto y mientras camina se le escapan un par de lágrimas. Un breve instante del tiempo le ha servido para recordar a todas las mujeres que amó, ha recordado el placer de poder penetrarlas, de hacerlas suyas. De empalarlas con su poderoso miembro, ahora flácido e inútil. Un placer que nunca más podrá sentir, al menos de momento, transmutarse en otro hombre. Vive en el interior de una tormenta permanente desde que Sierra le hizo aquello. Por un lado se siente humillado, vencido y derrotado. Pero por otra parte está contento porque ahora

podrá emprender la que sin duda será la última aventura de su cuerpo mutilado. La más dramática. La que abre el portal del infierno para obtener la llave de la vida eterna. Transcenderá hacia portales poco transitados por los humanos. El antiguo camino de los dioses. Solo cabe burlar a la muerte. Y él, desde los maravillosos días de Pavía, es un ensalmado, un protegido de los ángeles al que ni los demonios pueden tocar.

Se dirige a su catre y busca un hueco que hizo en la madera, debajo de la cama. Al fin lo encuentra. Pudo esconder un trozo de un clavo que arrancó de su cama. Con esto será suficiente. Lo coge firmemente y se corta una vena del antebrazo. Acto seguido se sitúa en medio de la celda y empieza a pintar un gran círculo de sangre. Un gran círculo rojo. La representación del infinito, de la misma rueda del tiempo, que va y viene, que siempre se repite. Eternamente. Vida tras vida. En medio dibuja un cuadrado y dentro de este una estrella. Alrededor del cuadrado algunas letras hebreas. El principio y el final. Dios creó el mundo, y el orden dentro del mundo con solo diez letras. Las primigenias, las que enseñó a los ángeles. Ángeles que trabajaron en la misma creación hasta que algunos de ellos se rebelaron e intentaron aplicar sus propios diseños. Hurtaron algunos símbolos, y fueron castigados. Pero se llevaron el secreto y desde entonces hay una guerra abierta entre unos y otros. No hay arriba y abajo. No hay ni cielo ni infierno. Es una guerra, como todas. Y ellos están en medio. Pero él se aparta, es neutral.

Utilizará algunas para realizar el sortilegio. La primera, el símbolo mismo de Dios, Aleph. El principio creador, el organizador del Caos y del Cosmos, la representación del infinito, de Dios. El símbolo único. Aleph siempre le ha llamado la atención, desde que Giovanni Fiorentino, el más grande de los magos después de Salomón, la utilizó para desterrar una sombra maléfica que se había instalado en el domicilio de una antigua amante. Pudo ver maravillado, después de ingerir un brebaje realizado con semillas de belladona, como brillaban las paredes y de ellas salió esa sombra oscura. El mal puro. Fiorentino liberó la casa, la purificó.

La otra, Bet, la que inducirá la bendición y posibilitará la creación de su nuevo yo. Bet, la preferida por el arcángel Gabriel puesto que con ella perdonó a Adán y lo bendijo con nuevos hijos de Eva, tras perder a Caín y a Abel. Pero la lujuria de Adán lo perdió por completo al engendrar vástagos con Lilith, la de cara de serpiente, la maldita.

Vay, la que lo transformará en alguien nuevo, que lo resucitará de entre los muertos y posibilitará que su mente entre dentro de otra. Fiorentino afirmó

que el galileo utilizó la Vav para resucitar a Lázaro.

Het que impulsará su trascendencia de lo físico a lo mental. Het que induce a la transubstanciación, que posibilitará que su sangre, coagulada y esparcida por toda la habitación, se convierta en espíritu puro y pueda invadir otra mente, dominar otro cuerpo. Het, la que fue recuperada de entre el fango por Elías, que la purificó de nuevo.

Luego otra, una de las más poderosas. La letra mágica, la letra de las letras, la que Salomón utilizó para arrebatarse al mismo demonio Abdiel, señor de la esclavitud, todos los siervos que tenía encadenados a las puertas del infierno, Mem Sofit. Mem Sofit, la letra que amaga todas las posibilidades que brinda lo oculto. Según los sabios que residían en la cima de la montaña de los Hashischins, Salomón en persona se la arrebató al demonio. También fue su arma contra el diablo Azazel que la usaba, junto con Abdiel, para apoderarse de las almas de los humanos. Luego inscribe todas las demás y se prepara para realizar el ritual mágico, el que lo convertirá en un transeúnte de la inmortalidad.

Acaba de escribir las letras hebreas, todo o casi todo está listo para los dos últimos pasos. Pero ante todo necesita realizar la invocación. Se arrodilla, abre las manos en cruz y recita:

—Ánima sola que fuiste ajusticiada y sentenciada al limbo, no me dejes morir eternamente, despiértame de mi largo sueño. Te conjuro y te reconjuro, te privo, te ato, la sangre te veo y te la arrebato. Cúmplase esta mi voluntad.

Después vuelve a cortarse las venas en ambos brazos, con cortes más profundos. Luego, tranquilamente, recorre su habitación regándola por todas partes con su sangre al tiempo que repite y reta a la corte de demonios del averno.

—Amón, señor del pasado y del futuro, amo de los tiempos convulsos, de las épocas de penurias; Af, el de la cabeza de carnero, devorador de hígados de ahorcado, fornicador de brujas y hechiceras, sodomizador de buscadores de tesoros; Agares, gran duque de los ejércitos infernales, general de las legiones de los ángeles negros y de la Guardia Ciega del mismo Satanás. Agrat-Bat, esposa de Satán, el colérico, incitadora de iras y venganzas; Alouqua, súcuba agotadora de hombres, la gran fornicadora, la gran puta del infierno, la gran maestra de Babilonia que logró que todas las mujeres de Babel se prostituyeran un par de veces al año para recaudar monedas para una diosa innombrable; Arioc, conde de todos los demonios, auspiciador de venganzas, bebedor de sangre; Behemot, el príncipe del mal

que conducirá los ejércitos de los infiernos el día de la última batalla que se celebrará en los campos de Armagedón; Drauga, lugarteniente de Behemot, señor de la peste; Gadrel y Gamaliel, señores de la obscenidad y de la lujuria, arrebatadores de moral. Pero sobre todo a ti, Nergal, señor de los muertos, demonio insaciable, guardián del portal de hierro del tercer círculo. A todos vosotros os reto y en nombre de Salomón os convoco para que me dejéis pasar, para que no toquéis mi alma inmortal. Os conjuro para que os retiréis. Dadme paso y dejadme ocupar otro cuerpo. Cededme el camino para un nuevo tránsito, para un nuevo comienzo.

Poco a poco va perdiendo las fuerzas y antes de que su fin se acerque se sitúa en medio del círculo, abre los brazos en forma de cruz y cierra los ojos. Espera la muerte que llegará a no mucho tardar.

Toda su vida pasa frente a él, como si fuera una cortina que alguien ha corrido rápidamente. De niño, jugando a la guerra con sus amigos en la plaza de Cort; apedreando esclavos moros en la Font de Na Xona, cuando iban a por agua; insultando a las prostitutas que desfilaban desafiantes por las calles del Temple; oliendo el intenso aroma que surgía de las almazaras y que invadía las calles de su ciudad natal, ese aroma intenso, olor a tierra, a vegetal; pescando en la ribera bajo la misma sombra de la catedral de Mallorca; subiendo al campanario de la iglesia de Santa Eulalia para buscar nidos de palomas. De adolescente, huyendo de hurtadillas del convento para ir con las prostitutas del burdel que la ciudad regentaba en la Porta Pintada; cuando por unas monedas jovencitas sin recursos se la mamaban en extramuros; de aquel noviembre de juventud cuando conoció por primera vez a una mujer por detrás, un placer griego, propio de dioses. De adulto, cuando por primera vez en su vida subió a una nave que lo alejó de su isla natal; en los campos de viña de su Italia tan querida, tan añorada; en Nápoles, ungiendo con su semilla a todas las mujeres que pudo; en las tabernas de Roma, con los franceses, jugando a cartas, batiéndose en duelos, alquilando sus servicios de sicario por unas cuantas monedas; en Liorna, aprendiendo las letras hebreas de un viejo sabio florentino asentado en ese magnífico puerto, descubriendo los secretos del hombre y su conexión con la natura; en Florencia, probando todos los placeres prohibidos, las hierbas de la risa, las flores del pecado; aprendiendo los secretos del universo de un entrañable amigo; en las batallas del Milanesado que nunca se dieron, que no pudo conocer, cuando oficiaba de mercenario contra los franceses y los deseos de matar y violar era un pensamiento general y lícito, con un salario no muy alto que lo gastó en mujeres complacientes y

vino de tabernas.

Cada vez se siente más débil, mucho más débil. Lentamente los recuerdos van menguando. Se disuelven en una niebla que poco a poco cubre su visión. Cada vez hay más distancia entre uno y otro. Hasta que se apagan. Ya no pude ni recordar. La mente empieza a estar vacía. Sus pensamientos se han ido, sus recuerdos también. Es como si flotara. Como si estuviera suspendido de hilos invisibles que aún lo conectan con un mundo que queda atrás.

A los lejos oye el tañido de una vieja campana, es el último sonido que le alcanza, después, casi inmediatamente, muere.